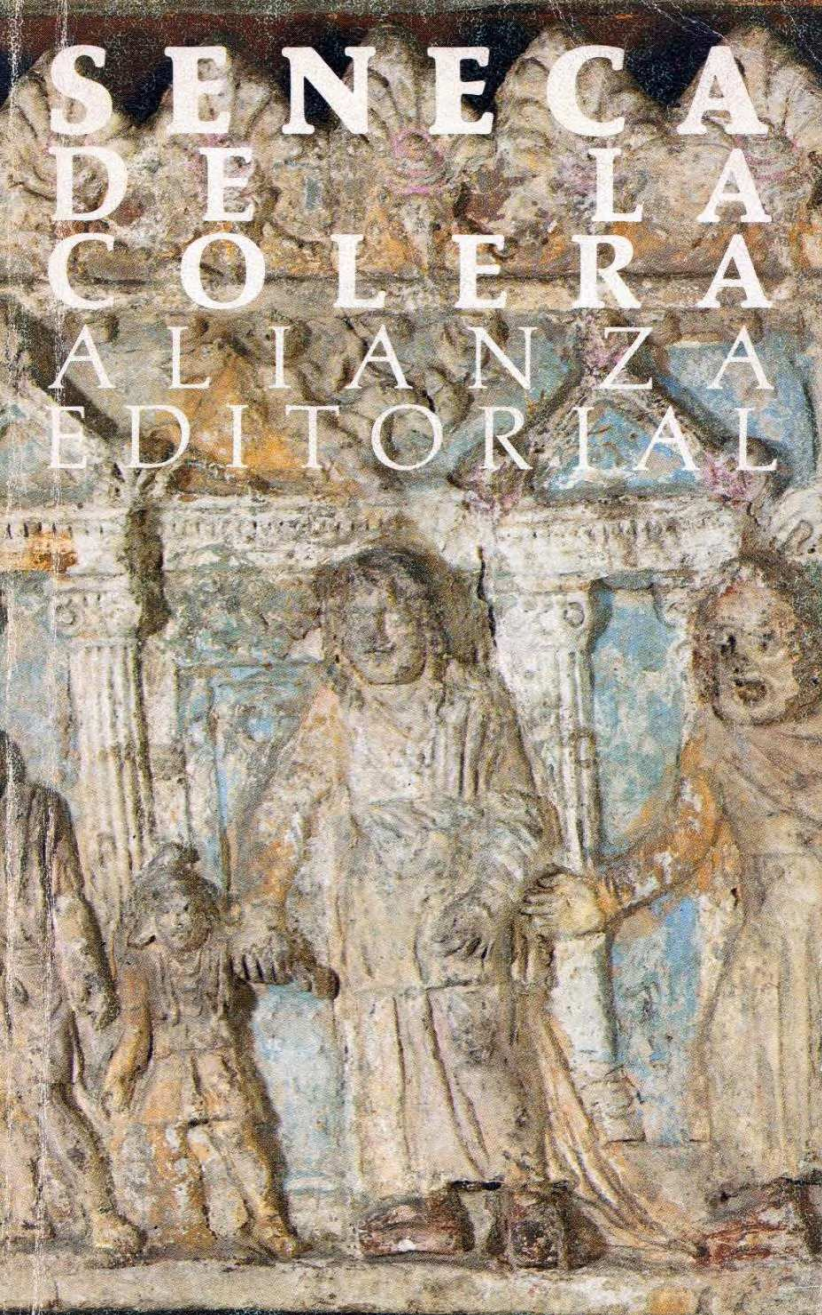
# SENECA
# DE LA COLERA

ALIANZA EDITORIAL



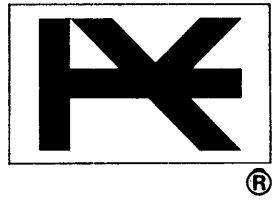
# De la cólera

Sección: Clásicos

# Séneca:
# De la cólera

Introducción, traducción y notas de
Enrique Otón Sobrino

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



®

Título original: *De ira*
Traductor: Enrique Otón Sobrino

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986
Calle Millán, 38; 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
ISBN: 84-206-0202-7
Depósito legal: M. 29.998-1986
Papel fabricado por Sniace, S. A.
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Lavel, S. A. Polígono Los Llanos
Humanes (Madrid)
Printed in Spain

*A Don Sebastián Mariner Bigorra*
*con todo mi agradecimiento*

¿Es posible que, bajo tan bello dosel, vivan seres llenos de cólera y de veleidad?

DOSTOYEVSKI, *Las noches blancas. Primera noche.*

# Introducción

## 1. *Vida y obra.*

Nosotros, hijos del positivismo histórico, podemos sorprendernos de la ausencia de seguridad en los datos cronológicos que suele presidir la biografía de los autores antiguos. Séneca no constituye una excepción. A mitad de camino del convencionalismo literario en virtud del cual la persona del autor no debe ser materia de la propia obra escrita, a lo más alguna vaga referencia puede permitirse, y de la finalidad ejemplar que se propone la historia antigua, la cual de acuerdo con esta intención selecciona, ordena y ensambla los datos, el investigador moderno, con otras perspectivas y otras urgencias, otros intereses y otros cánones, ha de echar mano de la conjetura, y mediante el uso de los logros de la disciplina filológica (en el más amplio sentido del término), acercarse lo más posible a la realidad que fue, tal y como la sensibilidad contemporánea le exige. Por ello, el estudioso sabe de la precariedad de su propio logro, que alguna ulterior corrección, algún hallazgo

posterior pueden modificar. Es verdad, no obstante, que no todo es obscuridad e incertidumbre. Aquí y allá, entreverado en la obra del autor, aflora algún rasgo personal, si bien no siempre sea tan nítido como en la Elegía, y el historiador de otros tiempos ha sido más fiel al dato fehaciente de lo que estaríamos dispuestos a conceder: sólo que, por así decirlo, lo ha hecho vibrar en un tono distinto del nuestro.

Desde esta precariedad se comprenden bien las vacilaciones e inseguridades respecto de fechas, que fueron cruciales en la vida del autor antiguo, en la ordenación cronológica del «corpus» escrito, cosas todas ellas familiares al estudioso, quien a falta de algo mejor pone su esfuerzo en la búsqueda del *terminus ante quem* y del *terminus post quem,* que, al menos, permiten fijar unos datos en un ámbito de tiempo, sin exactitud, en muchos casos, implacable, pero con un cierto grado de probabilidad. Y gracias a esto puede presentar lo esencial de una vida y una obra con cierto orden verosímil.

De Séneca se sabe que nace en el seno de una familia ecuestre en Hispania, concretamente en Córdoba. Los autores vacilan en la fecha [1]. Su padre es Séneca llamado el Retor, individuo que ha pasado por su producción de *Controversiae* y *Suasoriae* a la historia de la Literatura Latina. De su madre sabemos también el nombre, Helvia y ella será, andando el tiempo, destinataria de una obra de su hijo [2]. También ha quedado bien sentado que va a Roma cuando pequeño. De joven marcha a Egipto junto con su tía, casada con el prefecto G. Galerio, destinado en aquella zona africana. El motivo de este viaje ha de hallarse en el temor del padre a una condena de su hijo por parte de la autoridad a causa de las prácticas de corte pitagórico (absten-

---

[1] Los partidarios de datar su nacimiento antes de Cristo proponen el 5, 4, 3 y 1; los que piensan que nació en la Era Cristiana propugnan el 1, 4 o 7.

[2] *Consolatio ad Helviam matrem.*

ción de carnes) que podían hacerlo sospechoso en un momento en que dichas prácticas están perseguidas.

Para entonces Séneca ha recibido la instrucción usual. Conoce la Gramática y la Retórica y en Filosofía ha recibido las enseñanzas del pitagórico Soción, de Fabiano (de la influyente escuela de los Sextios) y Atalo [3]. De regreso a Roma, empieza su carrera pública por el cargo de cuestor, como era de rigor. En este momento Calígula es quien se sienta en el trono y una discrepancia en torno a la oratoria enfrenta al emperador con Séneca. Quiere Dión Casio [4] haya existido incluso una conminación al suicidio [5]. Durante este período fallece su padre y él pierde a su hijo. Las calamidades no paran aquí: en aplicación de la *Lex Julia de adulteriis* Séneca es confinado en la isla de Córcega, bajo la acusación, probablemente amañada por intereses políticos y calumniosa, de haber cometido adulterio con la hija de Germánico, Julia Livila. Ocho años dura la amarga experiencia del destierro, al que pone fin Agripina, quien lo llama a Roma encargándole la educación de Nerón, que habrá de empuñar el cetro imperial a la muerte de Claudio. Séneca, tras los monstruosos acontecimientos que culminan con el asesinato de la propia Agripina, busca retirarse del trajín de la corte. Nerón le exigirá darse muerte cuando lo supone implicado en la conjuración de Pisón. En abril del año 65 Séneca muere, poniendo en práctica el suicidio ético de los estoicos, tras larga agonía.

Tácito y Dión Casio [6] nos han dejado en latín y griego el relato de este hecho. Es de justicia señalar que aquél

---

[3] Sextio fue uno de los más importantes filósofos de la época de Augusto y se le considera el fundador de la filosofía romana. Su orientación fue ética especialmente. Soción fue maestro de Séneca y le preocupó sobremanera la psicología. Fabiano es un retor que evita el exceso y Atalo fue maestro estoico en la época de Tiberio.

[4] Dión Casio, LIX, 19.

[5] ¿Triste sino del filósofo? ¿Arte del historiador para dejar este amago como presentimiento de lo venidero?

[6] Dión Casio, LXII, 25; Tácito, *Anales,* XV, 52-63.

refiere sin reticencia ninguna el suceso, lo que da prueba de la ejemplaridad del filósofo en su circunstancia postrera, dada la escasa simpatía que Tácito demuestra respecto de las personas que se suicidan.

De lo dicho hasta ahora se desprende que la vida de Séneca ha estado marcada por la impronta de una curiosidad, influida, de manera notable, según nosotros podemos comprobar en los escritos que nos han llegado, por una determinada orientación filosófica, por un cierto protagonismo político y por el dolor. Por todas estas vertientes ha sido juzgado con diversa fortuna, pero un hombre grande lo es por lo humano que de él emerge en medio de las sombras y de las luces, de sus logros y de sus deficiencias, de sus congruencias y de sus contradicciones. Es verdad que nadie puede ocultar los puntos obscuros de la biografía, las deficiencias de sus actitudes, la crueldad innecesesaria en algunos momentos de su biografía, pero también resulta cierto que todos, precisamente por ser ciudadanos de nuestras contradicciones, porque comulgamos en nuestra contemporaneidad idénticas o parecidas penumbras, podemos y debemos aprender de su sabiduría. En alguna ocasión él mismo se defendió, afirmando que en sus escritos expresaba no lo que era, sino lo que debía ser. Y, en última instancia, ¿no se comportaba aquí como un estoico de ley, consciente de lo imposible de una doctrina que tiene como modelo, lejano e inalcanzable, a Hércules? [7].

Mas volviendo a los desnudos datos de la cronología, hay que decir que sí se pueden insertar algunos acontecimientos de la vida de Séneca con cierta precisión entre las fechas límites de su nacimiento y de su muerte. Sabemos, por ejemplo, la cronología de los Emperadores: Tiberio gobierna del 14 al 37 ya de Nuestra

[7] Lucrecio en el prólogo del libro quinto de su *De rerum natura* arremete violentamente contra la figura de Hércules. Compaginando esto con otras discrepancias respecto de los estoicos a lo largo de la obra, nos parece un ataque deliberado contra el estoicismo lo que se dice en el citado prólogo.

Era; Calígula va del 37 al 41 y Claudio del 41 al 54, año en que empieza su mandato Nerón, siendo el 69, cuatro años después de la muerte de su maestro y víctima, el último de su vida. De otra parte, la fecha de la iniciación de su carrera política es la del 31. Por tanto, contamos con datos cronológicos de cierto crédito a la hora de ordenar vida y obra.

La obra escrita del filósofo es amplia e interesa distintos campos del saber y de la literatura. Los textos llegados hasta nosotros no constituyen toda su producción, pues parte se ha perdido y el conocimiento que de ella tenemos es dolorosamente escaso. De la que ha vencido el paso del tiempo, destaca el conjunto de su obra filosófica, tanto de los denominados *Dialogi,* como de las *Consolationes,* a lo largo de los cuales el autor va madurando su peculiar filosofía, reelaborando el material estoico de acuerdo con la realidad circundante y su propia experiencia personal en la que Séneca halla tantas veces el hontanar de su disquisición. Culmina su proceso en la larga colección epistolar dirigida a Lucilio, en la que puede comprobarse el equilibrio alcanzado por el pensador que tiende a una síntesis de doctrinas, mediante la cual la filosofía estoica rebasa el ámbito de una escuela para convertirse en una experiencia humana, dicho esto en todo su alcance. Esta vertiente filosófica se completa con la producción dramática, ilustración plástica de sus ideas filosóficas, al margen de la cuestión de su posible representación en el teatro convencional[8]. Pero su curiosidad ha alcanzado también al saber que nosotros hoy denominaríamos científico, con cierta cautela. La investigación acerca de la Naturaleza queda reflejada en *Quaestiones Naturales.* Finalmente hay que reseñar la *Apocolocyntosis,* una dura crítica política que no rehúye la sátira panfletaria. En esta introducción sólo hemos hecho alusión a lo que nos

[8] Sin embargo, que yo sepa, no se han aplicado al teatro de Séneca procedimientos de representación tan sugestivos como los del teatro radiofónico.

ha parecido más imprescindible a la hora de una rápida aproximación al autor. Afortunadamente el lector cuenta con muchas obras en torno del filósofo de Córdoba donde puede encontrar abundante y documentada información. En esta línea y en aras de la urgencia cerramos este apartado dando con toda prudencia un breve cuadro cronológico de la producción literaria[9]: 37-41, *Consolatio ad Marciam;* 41 *De ira;* 42-43, *Consolatio ad Helviam matrem* y *Consolatio ad Polybium;* 44, el tercer libro de *De ira;* 49-54, *De constantia sapientis;* 54-59, *De tranquillitate animi;* 55-56, *De clementia;* 58-59, *De vita beata;* 58-64, *De beneficiis;* 60-61, *De otio;* 62, *De brevitate vitae;* 62-63, *Quaestiones Naturales;* 62-64, *De providentia.* La producción dramática de Séneca se fija en el período de la educación de Nerón y al final de la vida del filósofo. Por razones obvias, la *Apocolocyntosis* tras la desaparición de Claudio. El epistolario data de los últimos años.

## 2. *Breve panorámica de la filosofía.*

En líneas generales, los escritores filosóficos de Roma no fueron tan dados a la especulación y a la teoría de sus maestros griegos, de los cuales, es evidente, dependían, al igual que hoy nosotros. Y es éste el rasgo que va a marcar indeleblemente la posterior investigación, dando al pensar romano un perfil hasta cierto punto singular, que se propaga en el tiempo sucesivo como se echa de ver cuando se contrasta la Patrística griega con la latina, reavivando ésta lo más propio del pensar romano, cuya esencia particular quizás estemos nosotros en mejor disposición de captar que otras generaciones.

Efectivamente, hay en los romanos una preocupación por lo cercano y lo inmediato, por la pauta humana y

---

[9] Los datos están extraídos de la *Storia della letteratura latina* de Paladini y Castorina.

humanizadora que se libra no tanto en las altas esferas de la sublime especulación, sino en la proximidad de las situaciones cotidianas. Y este sentir se hace acendrado en la época de Séneca. Platonismo y aristotelismo dejaban de apasionar, a causa de la menor talla de los discípulos, pero también porque los motivos angustiosos que han originado (y por ello son originales) las preguntas de los mejores escritores romanos han encontrado acogida y respuesta en otros ambientes. Un cansancio de la racionalidad y la comprobación meridiana de la insuficiencia de tal conocimiento es algo palpable en este largo período de la vida de la Antigüedad. De otra parte, un platonismo exagerado podría llevar a la extravagancia, como de hecho aconteció, y la corriente peripatética corría el riesgo de quedar atrapada en su excesivo puntillismo, presa de su mismo rigor. Y en ambos casos una formalización del pensamiento que sólo debía ajustarse a la falsilla, cuando no a un olvido del progreso del conocimiento que alejaba el interés teñido de cierto latido «existencial» del escritor latino. De este agotamiento de las grandes escuelas no eran culpables ni Platón ni Aristóteles, sino los remedos sin vida y hasta cierto punto el exceso de ortodoxia.

Para ilustrar lo que se ha dicho en el párrafo anterior, es bueno llamar la atención hacia el esfuerzo de Séneca en este mismo tratado *De ira* por desligarse del excesivo afán de precisión en la definición y caracteriología de la pasión estudiada. Basta que el lector compare la *Etica a Nicómaco* de Aristóteles con la relativa parquedad de este escrito para valorar en su justa medida el ensayo del autor latino. De ahí la necesidad sentida por Séneca de encarnar la discusión en el modelo de actuación de algún personaje conocido. Desde luego el éxito no acompaña siempre y si bien rehúye la discusión pormenorizada de extremos y puntos intermedios, hay aspectos en los que se deja enredar por la marcha misma de la exposición.

Sentado queda que nuevas perspectivas, nuevos interrogantes que asaltan al hombre de cada época, pue-

den poner en entredicho las soluciones del pensamiento del tiempo precedente, soluciones que fueron válidas en su tiempo propio, que cobraron verosimilitud al ser dictadas y formuladas en un horizonte hermenéutico y entonces también real. Pero que en la nueva situación, descubriendo lo efímero de toda tarea humana, revelan carecer de aquella universalidad y atemporalidad que se les supuso. Esto se pone en evidencia en la época en el aflorar de las corrientes místicas que desean romper, sin el equilibrio que es de desear, con los datos que les preceden, cronológicamente hablando.

El estoicismo parece querer ocupar una posición intermedia en su formulación romana, y más concretamente la senequiana: no desea una sistematización que acaba disolviéndose en una logomaquia, tampoco un misticismo desbarrado que culmina en un hermetismo. Hay una cautela, pues, frente a la excesiva teorización, pero también frente a la tentación de cualquier iluminismo. De ahí su apuesta por la moral y, por ende, su aproximación, se quiera o no, a la escuela epicúrea, de la que es buen testimonio la colección de Cartas a Lucilio. Pese a las diferencias innegables [10], el puente se tiende en la cuestión que podríamos denominar del «hombre moral».

El epicureísmo había tenido su portavoz más destacado en las letras latinas en Lucrecio, quien había mantenido durísimas polémicas con las otras escuelas, el estoicismo incluido [11], y que había apostado decididamente por la ortodoxia propinada por el maestro. Pero al lado de esta decisión, Lucrecio ve crecer a lo largo de su *De rerum Natura,* un cierto rasgo de insuficiencia de la doctrina creída ante la realidad insoslayable, al comprobar el fracaso del «cuadrifármaco» [12] cuando éste

---

[10] Un buen ejemplo de lo que venimos diciendo, lo constituye la polémica abordada por Séneca en *De otio.*

[11] Por ejemplo, el canto III.

[12] Los cuatro puntos esenciales de la escuela y que venían a enseñar que no se debía tener miedo a los dioses, tampoco a la muerte y que el dolor y la alegría eran pasajeros.

quiere aplicarse en la circunstancia exacta e insoslayable del individuo concreto, cuyo dolor llega hasta los oídos del filósofo que se encuentra impotente. Lejos de la anhelada comprobación, sólo queda el hombre doliente que parece situar en primer plano el aspecto menos tranquilizador de la existencia y que pone en cuarentena la propia «ataraxia», imposible de encarnar ya que el *horror* sobrepuja la *voluptas,* precisamente en este momento crítico encaminado a la disgregación de la actual combinación, sin presencia ninguna de Providencia. Así de la tramoya epicúrea únicamente queda el arrojo de quien afronta su instante, sin la esperanza como evasión, permaneciendo fiel, pese a las evidencias, al principio moral. De ahí que sea este rasgo de la escuela el que perviva cuando ya los presupuestos de la doctrina están desmentidos por el propio conocimiento astronómico.

El estoico romano, desde otros cuarteles, va a sintonizar con su rival en este punto decisivo y cordial a un tiempo: el hombre en medio de los avatares debe alcanzar la «apatia». Todo individuo puede ser superior a su circunstancia. Los epicúreos creían sinceramente que la «ataraxia» llegaría por la aplicación mecánica del «cuadrifármaco». El estoico no era, en primera instancia, tan optimista: su modelo heroico, Hércules, hablaba ya de la desmedida y de la dificultad de su logro: el logro ético quedaba siempre como algo posible, pero un poco más allá de las fuerzas del individuo. Existía, por tanto, un lazo cordial que podía unir a ambas escuelas. Las dos, gracias a su ideal ético, obligaban a la alta especulación a tomar tierra. A decir verdad, poco o nada tienen que ver con el hombre las ideas enclaustradas en algún punto de la esfera celeste o la taxonomía oscura por precisa, si últimamente no se refieren a la inquietud humana del hombre que en definitiva es quien las piensa, las inaugura y en cierta medida las autoriza. Dicho de otra forma, el hombre está en el origen de su propio pensar y de ninguna manera puede ser la víctima de su más noble tarea. Con

esto también queremos decir que si bien la filosofía romana (si es que se puede hablar así) no alcanzará el alto nivel de la griega, nadie tampoco podrá regatearle su aliento humano y humanizador y su cercanía que le otorga una más fácil comprensión y a causa de ello tal vez una más acertada ubicación del hombre, posiblemente de cada hombre, en el cosmos, pues una filosofía que a la postre nada diga a cada hombre, desde su precariedad y la limitación de su horizonte problemático, corre el riesgo de trocarse en huera disquisición de principios y relaciones que ahormen una rigurosa construcción, admirable en su secuencia pero inerte, objeto de fría investigación, pero en su exactitud incapaz de dar albergue a la duda de los hombres; de otra parte si el pensar no puede acoger la palabra dubitativa que es la que lo origina, de qué sirve entonces el sistema filosófico. Este aspecto se agrava si de la filosofía se pasa a la teología. Nunca se calibrará lo suficiente el peligro que hay en tenerlo todo fallado de antemano.

Porque la gran especulación se mostraba incapaz ya de situar al hombre acuciado por su misma inaplazable existencia, es especialmente el siglo primero después de Cristo el que ve converger epicureísmo y estoicismo en ciertos aspectos vitales de aquel entonces. ¿Sería posible mantener una discusión tan viva con Aristóteles, como la que se propone Séneca en este tratado, si el propio aristotelismo no hubiera ya experimentado el embate del epicureísmo? Queremos decir que Estoicismo y Epicureísmo, probablemente cada uno por su camino, participaban de cierta hostilidad contra una sistematización excesiva, que podía coartar hasta un punto la formulación de una filosofía que dentro aún de límites determinados reclamará una mayor independencia de los presupuestos para pensar al hombre y el mundo. Es cierto que esto no está consignado de manera tan rotunda en los textos contemporáneos, pero *in nuce* sí acontece lo que mucho tiempo después sucederá y que hoy experimentamos como la más urgente tarea de nues-

tra hora. De otro lado, la justificación del propio pensar, por ejemplo en Séneca, cobra cada vez más fuerza en el plano de la moral que se caracteriza por su nota de verificable. El comportamiento del individuo es la prueba irrefragable de sí mismo. Séneca gusta de pintar situaciones que no son tan anecdóticas como podría pensarse en primera instancia y que además de servir de contrabalanza a un excesivo protagonismo, en la discusión filosófica, del tipo, traen a la cotidianidad y a la experiencia inmediata la verdad de la que se trata. Pero aquí habrá de señalarse que el carácter irreemplazable del comportamiento humano, del cual derivan siempre actuaciones que escapan en ocasiones de la propia voluntad del sujeto, puede modificar y cambiar las cosas. Cierto es que de aquí se desprende una polémica con cualquier visión fatalista de la existencia humana. Pero esto no parece ser reconocido por Séneca en toda su envergadura. Pero para nosotros lo importante es que despunta en estos momentos y por tanto cualquier planteamiento de nuestra hora debe remitirse a aquella penumbra. El comportamiento de los hombres (de manera parecida a como la biografía de Tibulo hacía fidedignos de existencia para Ovidio los Campos Elíseos) puede también indicar un rumbo a la Historia. Estamos ante el umbral de esta comprobación cardinal para la humanidad, aunque todavía no se divisen sus últimas consecuencias, pero pese a la distancia este pasado nuestro se nos perfila como el objeto de una mirada dirigida desde el agradecimiento por sus herederos.

Pero hay que decir a su vez que si la especulación en ella ensimismada, olvidada del hombre concreto, sacrificado en aras de un universal ilocalizable y fuera de lo humano, podía resultar huera, cierta insistencia ética puede entrañar un formalismo y un legalismo a ultranza que desembocaría igualmente en una catástrofe semejante a la que se quería evitar. Por ello este presupuesto debe aceptar la crítica si no desea convertirse en algo inexpresivo. Un desarrollo parcial de la moral de Séneca, cuando son ya otras las circunstancias, pue-

de derivar hasta una meditación del todo ajena al innegable aliento del filósofo que atisba, pero todavía queda sujeto al dato de la tradición de la cual aún no ha cobrado cierta perspectiva. El hombre desde su precariedad, que por humana se hace en cada decisión, experimenta la contradicción. De ahí que el replanteamiento de nosotros mismos ante cada circunstancia marque un hito que nos constituye: cada decisión debe ser tomada responsablemente desde la singularidad que soy: en esto radica la originalidad de San Pablo frente a la disquisición antigua y una gran parte de la moderna.

Si el estoico de acuerdo con su ideal de naturaleza, su inevitable ecuación de microcosmos y macrocosmos, no tiene más remedio que identificar sabio y norma y su preocupación constante es la de comprobar su mutua adecuación, la célebre cuestión de «si es natural...», algún tiempo después, ya más maduras las cosas, un ensayista como Minucio Félix podrá plantearse desde las letras latinas, y con una relativa continuidad de pensamiento paulino sesgado, el carácter de mediación de la sabiduría, lo cual, además, revela, la vitalidad del pensar romano dentro de sus posibilidades.

El estoico romano que hay en Séneca pretendía con la desesperación del corazón sufriente en la mano cumplir la misión no siempre reconocida de recordarnos que las decisiones definitivas, las que hacen al hombre un ser humano, se toman y se aplican aquí. Que muchas veces guarde silencio o se muestre ambivalente respecto de la escasa libertad frente al destino o al ideal de naturaleza y sabiduría no debe desorientarnos acerca del alcance del giro que se está dando insensiblemente a la par que de su dificultad.

Recapitulando apuntes precedentes debemos indicar que Séneca puede ser la primera víctima de su mismo pensar y si su conducta se falla tan sólo a la luz de la ética, como tantas veces se ha hecho, poniendo de relieve las contradicciones, meridianas desde luego, puede que no se emita un juicio baldío ni injusto acaso, pero desde luego del todo insuficiente, y por esto mis-

mo inhumano. De la limitación de ayer surge la experiencia viva de hoy y así queda posibilitada para cada generación la peregrinación, como definitivo acto de libertad que se encuadra en la protagonización de la hora de su existencia, efímera pero única, en pos de la verdad y la aceptación de la común herencia de todos y cada uno de los hombres que fueron en la sombra, esperanzada de luces, de la larga tradición, de la que cada época es punto de encuentro y despedida. Porque para decir la verdad la insuficiencia de cualquier planteamiento apela en definitiva a la libertad y a la perfectibilidad, si es que ambas cosas no se constituyen en la única dimensión humana de la vida del hombre. Dicho de otra manera, nadie puede escabullirse de sí mismo en cada decisión, sea ésta acertada, legítima, errónea o culpable de culpa verdadera. Séneca vacila en la contradicción, hay o no hay providencia, hay o no hay destino, pero a veces parece insinuarse que no todo comportamiento estaba fijado de antemano, al menos al hombre se le quiere entregar un cierto margen de maniobra y esto ya es mucho cuando desde otras orillas ese mismo hombre de aquel entonces se sabe dependiente de las fuerzas intermedias. Séneca nada sabe de una creación nueva ínsita en cada decisión nuestra que al ponerse en práctica la inaugura: todavía la inmovilidad tiene su peso específico, pero una nueva orientación, penosamente como todo lo que es valioso, se va abriendo paso en la zozobra del pensar.

Con todo esto queremos poner en primer plano que las limitaciones y contradicciones de estas filosofías (y de cualesquiera otras), encajonadas como su más excelente carta de presentación en el horizonte limitado de su contemporaneidad no deben ofuscar nuestra inteligencia de ellas, sino hallar en medio de sus precariedades, estos atisbos, estos presentimientos y estas visiones inacabadas que salen como a hurtadillas. De esta manera Epicureísmo y Estoicismo planteaban, dentro de las propias posibilidades de su interpretación y de sus lealtades doctrinales (más dogmáticas, parece, en el

primero) el único humanismo posible propugnando un modelo ejemplar de comportamiento, perfectamente suscribible por todo hombre de bien de cualquier época, sin hacer ahora mención de la necesidad de apelar a una ley natural. Dentro, pues, de esta convergencia de hallazgos y de sombras, dependencias y tímidos despegues, creemos encontrar el rasgo distintivo de Séneca filósofo estoico romano y hombre de su hora, por tanto signo de veleidades y firmezas.

## 3. *El tratado* De ira.

Es un tratado extenso, compuesto por tres libros, de los cuales el tercero ha sido el último en ser redactado tras un cierto plazo después de escritos los dos primeros. La materia resulta relativamente larga y algo reiterativa, al menos para el gusto moderno que ve prolongarse la disquisición sin mantener constante la altura filosófica. Desde luego esta obra de juventud no debe medirse con el mismo grado de exigencia que la del Séneca maduro el cual se muestra partidario de la concisión, eso sí sin que la tensión entre el *vir doctus* y el *bonus* pierda de vista, dentro del molde de la retórica, la verdad.

En *De ira* parece existir ya un intento de despegue respecto de la imposición retórica. Los estudiosos han discutido mucho acerca de si hay un plan establecido de antemano o no en la redacción del escrito. No poca iluminación sobre la estructura y trama de la obra proyecta la luz que viene del foco de la Estilística [13]. Pero debe decirse que los grandes genios son aquellos que dan estructuras o que cuando usan las existentes las minimizan hasta hacerlas imperceptibles e irreconocibles. No pretendemos decir que el tratado sea en este aspecto un modelo, pero tampoco esclavizarnos a una

[13] Cf. en primera instancia, M. Coccia, *I problemi del «De ira» di Seneca alla luce dell'analisis stilistica,* Roma, 1958.

disputa previa: de todas maneras una buena piedra de toque es la apoyatura más intensa o menos intensa en las fórmulas de transición, en los ecos del discurso, en la propia fluidez de la expresión.

La obra pretende ser una reflexión acerca de la cólera, abiertamente polémica y con una intención ejemplar. El escrito vacila en su forma entre el diálogo (de ahí verbos de «decir» en segunda persona) y la exposición magistral que es lo que a nuestro parecer predomina. No hay interlocutores reales, tampoco la conversación queda situada en escenario que se describa. Se trata de una disquisición a la que acuden más los textos y las opiniones vertidas en los escritos que los mismos portavoces de las ideas. Sólo es real el pensador que suscribe la meditación. Las dificultades planteadas pueden cobrar un aire libresco, pero en cualquier caso todas ellas apuntan a poner de relieve la excelencia estoica. La crítica más dura se dirige contra Aristóteles, buscando apoyos en otros filósofos y en otros pareceres, con lo cual parece iniciar ya a las primeras de cambio el largo viaje que lo llevará hasta las Cartas a Lucilio, y que empieza ahora con las indecisiones propias del momento. Conviene recordar que también el pensador antiguo está expuesto a las vicisitudes de un pensamiento que presiente y atisba, pero que no acaba de dar forma rotunda a su intuición que trae como corolario una expresión inacabada de su reflexión que queda susceptible de ser revisada. No olvida Séneca en ésta su investigación acerca de la ira el elemento que parece fundamental en la literatura filosófica latina: el criterio de verosimilitud. De ahí que las actitudes y comportamientos propiciados o atribuidos a los grandes personajes, aparezcan corroborando los asertos de la inquisición. También, podríamos decir, esta filosofía «práctica» se invita a ella misma a tomar tierra y a no despegarse demasiado del suelo. Desde luego los ejemplos aducidos acabarán por tener cierto sabor escolar (¿había otros, por lo menos tan notorios?) y de esta suerte

los prototipos entran en la tradición que los convierte en hereditarios y así se repiten, por ejemplo, por los historiadores, fraguándose la literatura moralizante subsiguiente. De manera que poco a poco estos ejemplos tomados ya de una fuente, que apenas si se reconoce, se convierten en arquetipos capaces de asumir cualquier comportamiento o decir no importa qué palabra, aunque ya su verificación histórica y su exactitud sean precarias [14]. Séneca, pues, escribe un tratado moral y el comportamiento de cada individuo le preocupa sobremanera aunque no desconozca, antes bien señale con cierto énfasis, las repercusiones en la colectividad de la ira. Sería interesante comprobar cómo Veleyo Patérculo depende de ciertos preceptos estoicos al incardinar en el *continuum* de la historia de Roma la alternancia «ira» «tranquilidad» como la que da sentido y comprensión a cada uno de los avatares de la Ciudad. Ya Tito Livio conoce, desde otra perspectiva, la posibilidad de elevar a ley histórica lo moral [15]. Desde luego nada de esto hay de forma expresa en el tratado *De ira.*

Interesa a Séneca el delinear un comportamiento cabal. Leal al Estoicismo, plantea en seguida la cuestión ya antes mencionada del carácter natural o no de la cólera, lo cual le permite medir las armas con Aristóteles y procurar una defensa apasionada de los criterios de su escuela. El rasgo moral prevalece en el conjunto de los tres libros, acompañado del parenético no exento de cierta repercusión estética, si bien muy desperdigada y siempre subordinada a la pretensión capital de extirpar esta pasión.

---

[14] Por poner un ejemplo, compárese Valerio Máximo, VII, 2, 2: «Escipión... el Africano decía que en el ámbito militar era afrentoso el decir, "no había contado con ello" con *De ira* II, XXXI, 4, donde esta afirmación está puesta en boca de Fabio. Anónimo y más bien como recomendación de la sabiduría general en *Formulae vitae honestae,* 2, 21-23 de San Martín de Braga.

[15] En el prólogo de su *Ab urbe condita* cita *mores* como uno de los factores explicativos de la historia, junto a *vita, viri* y *artes domi/militiae.*

Ahora bien, si el ideal del sabio es la «apatia», este tratado viene a ser el revés del tapiz. No parece haya nada más oportuno que el que un filósofo primerizo de simpatías estoicas haya ensayado su primer bosquejo filosófico por este punto culminante de su propia doctrina. Es como aquilatar lo contrario a fin de que la prueba de contraste resulte más diáfana y de rechazo quede así afianzada la elección personal. Vendrá luego con el transcurso del tiempo y el afinamiento en la especulación la hora de la serenidad y podrá escribirse el lado favorable de la cuestión [16]. Parece que Séneca ha querido para esta hora servirse, empleando sus propias palabras, de la materia más asequible y que de otra parte podía impresionar de forma más viva al lector de aquella contemporaneidad [17].

Un acierto del autor es el perfecto ensamblaje entre la disquisición especulativa y el criterio de verosimilitud: ambos se imbrican con tal proporción que el lector no experimenta la sobrecarga a la que pronto deberá acostumbrarse. Desde luego Séneca no busca la exhaustividad, pero se explayan los ejemplos cuando el autor cree menester, o sea no quedan sacrificados a la tiranía de la especulación y no por otro motivo sino el de que los ejemplos son la comprobación de la especulación pero, en cierta medida, son también los que la autorizan.

A mitad de camino entre la herencia que todo escritor recibe y la aportación original que se pretende, Séneca nos propicia aquí y allá apuntes de lo que luego será: la insuficiencia de la norma legal a favor de la decisión última del sujeto, si bien dentro del calzo de la ecuación ya aludida de naturaleza-hombre, y la meditación acerca de la muerte que da sentido y urgencia al elemento parenético.

---

16 Pensamos en *De tranquillitate animi,* IX, 2, por ej.

17 «La ira era la pasión a la cual los Romanos por su carácter estaban más expuestos», tal afirmación la sustenta Pohlenz en *La Stoa,* vol. II, pág. 73 (citada según la traducción italiana de Otón de Gregorio, Florencia, 1967).

También debe señalarse la constante de la falta interior, el aspecto de la desilusión ante el comportamiento de las gentes como rasgos llenos de interés para el investigador. De todas ellas, quizás la que más huella haya dejado sea la meditación de la muerte, apuntada en el párrafo anterior. Más que encontrarnos con una reflexión, nos encontramos en los pasajes finales de este tratado con una aproximación que tiende más bien a la autoedificación, tal y como es el tenor ejemplarizante de esta obra moral. De otra parte, tampoco hay que silenciar las consecuencias que se pueden extraer acerca de la verificación del propio Séneca en torno a la discordancia del comportamiento humano del hombre en la comunidad y en su propio interior, si bien conoce las posibilidades de desviación en las dos facetas, no cabe duda que la posterior evolución del autor irá acentuando más la repugnancia hacia la falta pública; aunque nunca apueste en definitiva por un misantropismo, sí que el ideal del retiro y apartamiento se le aparece como el único al que merece llegarse como sabio. Puede que en el fondo se detecte una cierta incapacidad o insuficiencia del planteamiento del hombre en clave de naturaleza humana, pero todo esto es muy prematuro, si bien el lector contemporáneo deberá sacar consecuencias al respecto ya que su horizonte de interpretación así se lo permite; además un respeto a la palabra antigua que ahora le llega, le obliga a entender ésta como portadora de preguntas que piden a su manera también el coraje de nuestra respuesta. Pero volviendo a Séneca, hay que manifestar que al filósofo le queda tras este escrito un período largo de maduración en la oficina del sufrimiento y del pesar que provoca, y que le ha de llevar en última instancia a definirse entre la serenidad y la amargura. Estamos con *De ira* en el umbral y no es malo seguir su peregrinación y cómo en el trayecto el pensador ve ocuparse su mente de nuevas inquietudes que se van entrelazando en su discurso. Y así las preocupaciones de *De elementia* están en el libro III de *De ira,* pero

a su vez ya se han insinuado en algún que otro momento anterior. Séneca se nos manifiesta así como logro primero sin afianzar dentro de la tortura de sus presentimientos entre tinieblas en su calidad de peregrino de la verdad. Tampoco, es bueno insistir, el filósofo antiguo tuvo su obra tan acabada, como cierta distancia nos sugiere con notoria injusticia para su particular temor y temblor. El también lucha por la aprehensión de una verdad o de la verdad, aprehensión tantas veces momentánea, parcial, fugitiva. Lo hace con la dificultad inherente a su propia finitud, pero en esa misma medida lo hace desde él mismo asumiendo la tarea irreemplazable que le toca. La verdad filosófica queda así como una llama cuyo resplandor se enciende iluminando nuestro horizonte, sin ser tampoco él, sin quedar confinada dentro de él. En la precariedad de toda filosofía, antigua o moderna, radica nuestra necesidad y nuestra obligación ineludibles de seguir pensando, o, dicho de otro modo, la ubicación realmente humana, por menesterosa que sea, de cada uno de nosotros en el mundo y en la existencia y desde la orilla de la esperanza el tender el puente hacia la fiesta del mundo y de la existencia.

Para finalizar, sólo unas breves notas acerca de las influencias del tratado en el pensamiento posterior. Notable ha sido su presencia en la polémica que se va a desencadenar en el Cristianismo en torno al «teologoumenos» de la «ira de Dios». Tertuliano y Lactancio van a recurrir a Séneca y su tarea consistirá fundamentalmente en volver a armonizar «ira» y «razón» otra vez y hallar así justificación a la cólera divina. No pocos asertos de Séneca van a ser utilizados por los autores cristianos en su esfuerzo por revalidar la relación aquí rota y se producirá desde otra esquina una nueva tensión entre este estoicismo y el aristotelismo. San Martín de Braga escribirá un resumen muy ajustado y que dedica a su hermano en el obispado, Vitimero. El trabajo de San Martín sigue fielmente la expresión de Séneca, si bien prescinde ya de cualquier recuerdo

de diálogo y opta para su difusión por la narración continuada, es decir convierte el original en una diatriba (conectando en el fondo con la última intención de Séneca) con lo cual la requisitoria contra la cólera se formula como una especie de lección magistral, repartiendo su contenido en cuatro secciones: introducción; *de habitu irae; de effectibus irae* y *quomodo leniatur ira.* En todas estas secciones prescinde de los ejemplos históricos propiamente hablando y es posible seguir con otra ordenación el mismo discurso de Séneca salvo en 3 en el que San Martín coloca palabras que no se corresponden tan literalmente con las formulaciones del filósofo latino: «La ira todo lo cambia aun lo mejor y lo más justo en su contrario. A todo aquel de quien se apodera no le consiente acordarse de su deber. Dásela a un padre, se convierte en enemigo, dásela a un hijo, se convierte en patricida, dásela a una madre, se convierte en madrastra, dásela a un ciudadano se convierte en enemigo público, dásela al rey, se convierte en tirano» [18]. De otra parte es bueno recordar que Pohlenz ha aludido a influencias de *De ira* en otros escritos de San Martín de Braga [19].

La traducción que ahora se entrega, ha pretendido dentro de sus torpezas ser lo más fiel al hilo de la argumentación del filósofo y el comentario ha intentado invitar al lector a seguir temas, aseveraciones, figuras y opiniones en otros escritos de Séneca, desde luego

---

[18] Si la afirmación fuese del propio Séneca aliviaría un tanto la tensión que el lector va a tener delante de sus ojos, encarnada en la figura del rey colérico, sólo rebajada en la figura de Antígono. El tenor de esta última afirmación de San Martín se acomoda mejor al mundo de *De clementia.* En todo caso, tampoco podrá descartarse una reflexión del propio compilador.

[19] Ecos hay en *Sententiæ patrum aegyptiorum,* 10, 11, 12, 13, 16, 17, 19, 25, 26, 39, 53, 59, 79, 83, 84, 95 y 109; en *Pro repellenda iactantia,* 1; en *De superbia,* 7; en *De correctione rusticorum,* 5 y en *Formula vitae honestae,* 2, 21-23; 4, 25; 4,64 y 5, 7. Todos no son senequianos al pie de la letra pero sí suponen un desarrollo a partir de las ideas de Séneca. Los más llamativos se incorporan al comentario que sigue.

sin afán exhaustivo, pero sí que pueden dar una orientación acerca de la evolución del pensamiento del propio autor.

Las últimas líneas deben ser de agradecimiento para el Dr. Fontán a cuya amabilidad debe el traductor haber podido manejar la obra de San Martín, a los doctores Rábade y Beltrán Serra que atendieron mis preguntas, a la Dra. Moure que me hizo observaciones a la traducción y, finalmente, al Dr. Martínez Pastor, quien desde su vasto saber ha tenido la bondad de leer y releer el prólogo. Quien firma esta traducción agradece las muchas y buenas que antes se hicieron que en alguna ocasión le ayudaron a salir del atolladero.

Madrid, 11 de febrero de 1986.

ENRIQUE OTÓN SOBRINO

# Cuadro cronológico

Años últimos a C. Nace en Córdoba.
12-14. Educación en Roma.
14. Muere Augusto.
14-24. Prosigue la formación. Viaje a Egipto.
31. Regreso a Roma y nombramiento como cuestor de Séneca.
37. Muere Tiberio y nace Nerón.
39. Muere el padre de Séneca.
41. Muere Calígula y con Claudio en el trono es desterrado.
49. Muere Mesalina, casan Claudio y Agripina. Séneca es llamado para educar a Nerón.
53. Nerón se casa con Octavia.
54. Muere Claudio y es proclamado Nerón emperador.
55. Muere Británico.
56. Séneca es *consul suffectus*.
58. Muere Agripina.
62. Muere Octavia, Nerón casa con Popea y subida de Tigelino.

63. Solicita Séneca retirarse de los asuntos de la corte.
64. Incendio de Roma.
65. Conjuración de Pisón y muerte de Séneca.

# Libro primero

I. 1 Recabaste de mí, Novato [1], que escribiese cómo podía ser apaciguada la cólera, y no sin razón me pareces espantarte en particular de esta pasión, de entre todas sumamente repulsiva y rabiosa. En las demás, ciertamente, algo de quietud y placidez [2] hay, ésta es todo arrebato y a impulsos del despecho [3]; en absoluto humana, furiosa en su ansia de guerras, sangre, tormentos; con tal de dañar al otro, descuidada de sí, precipitándose sobre sus propios dardos y ávida de una venganza que ha de arrastrar con ella al vengador. 2 Así pues, algunos de entre los sabios varones han definido

---

[1] Novato es el hermano de Séneca, quien por ser, después, hijo adoptivo del retor Junio Galión, será conocido como Galión y así aparece nombrado en el inicio de *De vita beata*.

[2] El interés sentido por la ortodoxia estoica se nota aquí ya a las primeras de cambio, justificando la importancia de este tratado, puesto que la ira es lo más opuesto que pueda haber al ideal de la «apatía», entendida como la absoluta tranquilidad e imperturbabilidad del alma.

[3] Este aspecto se aquilatará al principio del libro II.

la ira como una locura transitoria [4]; en efecto, es igualmente sin dominio sobre ella, del decoro olvidadiza, de los vínculos desmemoriada, en lo que ha emprendido terne y empeñada, a la razón y a los consejos cerrada [5], convulsionada por motivos vacuos, para el discernimiento de lo justo y de lo verdadero incapaz, del todo semejante a las ruinas que sobre aquello que han sepultado, se quiebran. 3 Para que sepas [6], por lo demás, que no están cuerdos a quienes la ira ha poseído, repara en su aspecto mismo [7]; pues como de los locos seguros indicios son un temerario y amenazador rostro, un som-

---

[4] La alusión a otros autores en términos tan generales abre el debate acerca de los argumentos y contraargumentos que va a ir desfilando a lo largo del tratado. Los comentaristas citan aquí a Filemón, Catón el Viejo y, como más próximo en el tiempo, a Horacio *(Epist.* I, II, v. 62).

[5] Este aspecto enormemente importante se dilucida también más adelante, concretamente en el libro II. Téngase en cuenta que la razón constituye un elemento muy destacado en el Estoicismo, como se echa de ver por el lugar principal de la Lógica en la citada escuela: lógica que Séneca reclama, por ejemplo, en la aplicación del castigo unas líneas más abajo. Para la relación entre razón y virtud, cf. *Epist. ad Lucilium,* LXVI, 11-13 y 32. Para la importancia del discernimiento acerca de lo torpe y lo honesto, cf. *De beneficiis,* VII, 2, 1. Cf. para el juicio desfavorable del rey III, XIV, 6.

[6] Recurso para mantener la ilusión del diálogo. Nótese que a lo largo del escrito el interlocutor parece carecer de iniciativa y por mucho que las propuestas del hermano figuraran en la requisitoria aludida en el principio de *De ira,* no cabe duda que sus planteamientos siempre quedan en la perspectiva más propicia para la argumentación de Séneca: dicho de otra forma, se amoldan de maravilla a las necesidades teleológicas de la demostración del filósofo.

[7] Ejemplo de retrato, a mitad de camino del físico *(affictio)* y del psíquico *(notatio)* propios de la retórica antigua. Observaciones muy atinadas al respecto en J. C. Fredouille, *Tertulien et la conversion de la culture antique,* París, 1972, pp. 38 y ss. De otra parte, repárese en el gusto por lo excesivo que bordea lo patológico, de Séneca quien se explaya así no sólo en su teatro sino en otros momentos de su disquisición filosófica en este tratado. En este aspecto nos sentimos apoyados por M. J. Mans, «The Macabre in Seneca's Tragedies», *Acta Classica,* Pretoria, XXVII, 1984, pp. 101 y ss.

brío semblante, una torva faz, un precipitado andar, nunca quietas las manos, el color demudado, frecuentes y exhalados con demasiada vehemencia los suspiros, así de los encolerizados son idénticos los síntomas: 4 relampaguean, centellean sus ojos, intenso arrebato en todo su rostro al borbotarles de sus más recónditas entrañas la sangre, sus labios temblequean, los dientes se encajan, se horripilan y erizan los cabellos, una respiración forzada y jadeante, el chasquido de las articulaciones de quienes se retuercen a sí mismos, gemidos y gruñidos y un hablar entrecortado a base de palabras poco moduladas, y palmeadas en demasía las manos y el suelo golpeado con sus pies y agitado todo su cuerpo «y arrastrando las descomunales amenazas de la ira»[8], el aspecto desagradable a la vista y estremecedor de los que se descoyuntan y abotargan. 5 No sabrías si es un vicio más detestable o más monstruoso. Los otros es posible el esconderlos y en lo oculto alimentarlos: la cólera se exhibe y salta al rostro y cuanto más intensa es, tanto más manifiestamente borbota. ¿No adviertes cómo en todos los animales, tan pronto se han apresta-do a atacar, se barruntan unos síntomas y sus enteros miembros la habitual y sosegada estampa abandonan y su fiereza azuzan? 6 Espumean en los jabalíes los hocicos, sus navajas se afilan con el frote, los cuernos de los toros se lanzan al aire y la tierra es desparramada por el escarbo de sus pezuñas, los leones rugen, se hinchan los cuellos en las serpientes enrabietadas y sombrío es el aspecto de los perros furiosos: ningún animal hay tan horrible y tan dañino por naturaleza que no aparezca en él, una vez que la rabia lo ha invadido, un acrecentamiento de nueva ferocidad[9]. 7 Y no des-

[8] Versos yámbicos de autor desconocido. Principia aquí el autor a apoyar sus asertos en testimonios de poetas. ¿Rasgo polémico respecto del Epicureísmo?

[9] Más adelante discutirá la relación entre bien, mal e incremento. La razón científica se aborda en XX, 1, de este mismo libro. Para la idea de que el bien no es exceso, véase *De vita beata,* XIV, 1.

conozco que también las otras pasiones con dificultad se ocultan, que el desenfreno y el miedo y la insolencia dan pruebas de ellas y pueden ser presentidas; en efecto, no hay conmoción alguna tan vehemente en el interior que nada altere en el semblante [10]. ¿Qué diferencia hay, entonces? Que las otras pasiones asoman, ésta desborda.

II. 1 Mas ahora, si quieres examinar sus efectos y daños, ninguna calamidad al género humano le ha costado más [11]. Verás matanzas y envenenamientos y bajezas mutuas entre acusados y las aniquilaciones de ciudades y los exterminios de pueblos enteros y las cabezas de los jefes vendidas en pública subasta y las teas prendidas en los tejados y no en el interior de las murallas localizados los incendios, sino enormes extensiones de países resplandeciendo por la llama enemiga. 2 Contempla los cimientos, apenas reconocibles, de nobilísimas ciudades: las asoló la cólera; contempla las soledades a lo largo de muchas millas desiertas sin poblador: las vació la ira; contempla a tantos caudillos, legados a la historia como ejemplos de calamitosa muerte:

---

10 Se estudia aquí una cuestión capital para el Estoicismo, a saber, la corporeidad de cada real. Al respecto R. Mondolfo en *Pensamiento antiguo,* vol. II, p. 122, cita el siguiente pasaje de la Epístola a Lucilio CVI: «Ni creo que dudarás de que son cuerpos las afecciones... como la ira, el amor, la tristeza, si tampoco dudas que ellas no alteran el semblante.» A nosotros este pasaje del Séneca maduro nos parece un desarrollo pormenorizado de lo afirmado en esta obra de juventud, todavía sobre la falsilla de la ortodoxia de la escuela. Para contraste del final del capítulo, cf. III, I.

11 Introducción de los efectos en la vida de los hombres de la ira a dos vertientes: la individual y la colectiva. El gusto por los aspectos sanguinolentos, ya apuntado, no ahorra detalles tampoco en la descripción del criterio de verosimilitud. Algún ejemplo podría estar inspirado en un suceso histórico, de acuerdo con los comentaristas. Séneca usa en alguna otra ocasión el ejemplo del esclavo que mata al rey *(De clementia,* I, XXI, 1). Martín de Braga en su *Pro repellenda iactantia* hace observaciones muy cercanas a las de Séneca: «Quien por la ira es ganado, a matanzas, homicidios, alborotos y revueltas se esclaviza.»

a uno la ira dentro de su cuarto lo despachó, a otro durante los sagrados ritos de la mesa lo mató, a otro en el ámbito mismo de las leyes y a la vista del atestado foro lo despedazó, a otro por el patricidio del propio hijo lo conminó a derramar su sangre, a otro ante mano de esclavo a desnudar su cuello de rey, a otro a abrir sus carnes sobre una cruz. 3 Y hasta aquí menciono suplicios de sólo individuos: y qué, si, omitidos aquellos contra quienes la ira explotó sobre su persona, te fuera dado contemplar las asambleas diezmadas a espada y la plebe aplastada por la soldadesca desmandada y pueblos enteros condenados a muerte en común calamidad...[12].

... 4 Como si o abandonando nuestra tutela o despreciando nuestra autoridad. ¿Y qué? ¿Contra los gladiadores por qué el gentío se enfada y tan inicuamente que considera una ofensa el hecho de que no mueran de buena gana? [13] Estima que es despreciado y con su expresión, su ademán, su excitación, de espectador se trueca en enemigo. 5 Cualquier cosa que sea lo tal no es ira, sino cuasi ira, como la de los niños [14], que si se han caído, quieren se pegue al suelo y muchas ve-

---

[12] Los comentaristas suponen que esta laguna queda satisfactoriamente colmada con la definición de Séneca acerca de la cólera, conservada por Lactancio en el capítulo XVII de su *De ira Dei* que suena: «Ira es un afán de vengar una injuria o, como dice Posidonio, un afán de castigar a éste por quien tú injustamente, piensas, has sido agraviado. Algunos lo formularon así; «ira es una comezón del alma con el fin de perjudicar a aquel que causó daño o quiso hacerlo».

[13] Mirada despectiva de Séneca a la masa. Cf. *Epist. ad Lucil.* LXXX. Mucho más radical en *De vita beata,* I, 4-5. El ideal de la soledad del sabio se formulará en el inicio de *De otio,* si bien ya queda apuntado en el pasaje citado de *De vita beata.* Para el gladiador que busca no morir, cf. *De tranquillitate animi,* XI, 4. Como espectador de juegos, cf. *Consolatio ad Helviam,* XVII, 1.

[14] El niño como contrapunto en la ejemplificación lo tienen también los epicúreos: temen en la oscuridad (v.g. *De rerum natura,* II, 55 y ss.); apuran la medicina de la copa untada con miel *(ibid.* I, 936 y ss.). El primer modelo de Lucrecio es repetido por Séneca en *Epist. ad Lucil.,* IV, 2.

ces ni siquiera saben con qué están enfadados, sino tan sólo que están enfadados, sin motivo y sin atropello, con todo, no sin una especie de atropello y no sin un deseo de castigo. Por tanto, son engañados con la simulación de unos azotes y con las fingidas lágrimas de quienes les consuelan, se calman y mediante una supuesta venganza un supuesto dolor queda eliminado.

III. 1 Nos encolerizamos, afirma, por regla general no contra aquellos que nos han agraviado, sino contra los que nos van a agraviar, para que sepas que la ira no nace de la ofensa.— Es verdad, nos enfadamos con los que pretenden ofendernos, pero con su misma intención nos ofenden y quien pretende cometer un atropello, ya lo está cometiendo [15].— 2 Para que sepas, dice, que no es la ira un afán de castigo, los más débiles, en muchas ocasiones, contra los más poderosos se irritan y no anhelan un castigo que no esperan.— En primer lugar, hemos afirmado que era un deseo de exigir castigo, no una posibilidad; desean, a decir verdad, los hombres también lo que no pueden. En segundo lugar, nadie es tan insignificante que no pueda esperar el castigo incluso del más elevado personaje: para hacer daño somos poderosos [16]. 3 La definición de Aristóteles no dista mucho de la nuestra: afirma, en

---

[15] Exigencia ética que recuerda, en otra vertiente, la diferencia entre el «pecado corporal» o consumado y el «espiritual», de sólo deseo que no cristaliza, formulada por Tertuliano en su *De paenitentia.* El lado favorable de la cuestión lo trata Séneca en *De beneficiis,* I, VI, 1: «Asi pues lo que se hace o se da no importa, sino con qué disposición, ya que el beneficio no consiste en lo que se hace o da, sino en la propia intención de quien lo da o lo hace.» Cf. también *De constantia sapientis,* VII, 4. En última instancia, cf. III, XXX, 2 de este *De ira* y antes III, XI, 3.

[16] Rasgo inequívoco del pesimismo senequiano acerca de las capacidades y comportamientos de los individuos concretos. Se comprende así la apuesta del Estoicismo por el sabio. Sin embargo, desde el punto de vista de la educación (que trata más adelante), no descarta Séneca la posibilidad de corrección. Cf. además N. Abbagnano, *Historia de la filosofía,* vol. I, p. 203.

efecto, que la ira es el deseo de devolver un sufrimiento[17]. ¿Qué media entre esta definición y la nuestra? Seguirlo resulta largo. Frente a ambas se dice que las fieras se aíran y no están irritadas por un atropello ni a causa del castigo o del sufrimiento ajenos, pues, aunque los produzcan, no los buscan. 4 Mas hay que decir que las fieras carecen de ira y todos los seres, excepto el hombre; pues si bien es enemiga de la razón, empero en ninguna parte prende, a no ser donde hay lugar para la razón. Tienen los animales impulsos, rabia, fiereza, acometividad; ira ciertamente no más que lujuria y en cuanto a ciertos goces son más intemperantes que el hombre[18]. 5 No hay razón para creer al que afirma:

> No acordóse el jabalí de airarse, ni darse a la carrera
> la cierva ni de acometer a las corpulentas reses los osos[19].

Irritarse dice al enfurecerse, al abalanzarse; el encolerizarse no lo saben más que el perdonar. 6 Los animales irracionales[20] carecen de las pasiones huma-

---

[17] La amable presentación de la definición de Aristóteles no es más que un momentáneo enmascaramiento de la feroz polémica que se desencadena al momento. Los comentaristas apuntan aquí los pasajes del filósofo griego del *Tratado del alma* (páginas 430 ss.) y los correspondientes al libro II de la *Retórica.* Para la dureza de Séneca con Aristóteles, cf. *De brevitate vitae,* I, 2.

[18] Reaparecerá el tema en *Epist. ad Lucil.* LXXIV, 15.

[19] Versos de Ovidio, *Metamorfosis,* VII, 545 y ss.

[20] Literalmente el texto habla de los mudos animales (cf. para los epicúreos, Lucrecio, *De rerum natura,* V, 1059). La discusión se inscribe en torno del lenguaje articulado y la incapacidad de los animales para poseerlo. Pero teniendo en cuenta que «mudo animal» puede entenderse con dificultad en español, aún desde esta premisa, y asimismo la importancia de «logos» y de razón en los estoicos, arriesgamos esta traducción, en la que pretendemos, con apuros ciertamente, conservar rasgos propios de la Escuela. En *Epist. ad Lucil.,* LXXVI, 26, se insistirá por parte de Séneca en la imposibilidad de una vida feliz para los animales, por cuanto, precisamente, carecen de «logos». Hay que señalar, además, que el lenguaje como rasgo distintivo y exclusivo del hombre aparece en este libro en III, XXXIV, 1. Boecio dice «mudos y sin razón» en *Contra Eutiques,* 2.

nas, tienen, es verdad, algunos impulsos semejantes a ellas: por otro lado, si en ellos existiese el amor y el odio, habría amistad y rivalidad, enemistad y acuerdo; y de éstos también en ellos hay algunos vestigios, pero de los sentimientos humanos es exclusivo lo bueno y lo malo. 7 A nadie sino al hombre le ha sido concedida la prudencia, la previsión, la diligencia, la reflexión y no tan sólo de las virtudes humanas han quedado excluídos los animales sino también de sus vicios. Toda su hechura, tanto exterior como interior, es diferente a la humana; aquella su facultad soberana y rectora está de otra suerte conformada [21]. Igual que existe (en los animales) ciertamente la voz, pero no es clara, sino confusa e incapaz de la palabra [22], igual que la lengua, pero atada y no suelta para los distintos movimientos, así su mismo regir es escasamente sutil, escasamente preciso. Capta, en efecto, la apariencia y el aspecto de las cosas por las que será impulsado hacia sus mociones, pero borrosas y confusas. 8 Por ello, sus acometidas y arrebatos son violentos; miedo, en cambio, y preocupaciones y tristezas e ira no los hay, sino algo semejante a éstos [23]: por eso, pronto decaen y se cam-

---

21 Los comentaristas son unánimes al referirse en este pasaje al «hegemonikón» de la escuela estoica. Interesa subrayar que Séneca se ocupa de esta importante cuestión estoica, la del pasaje del animal al hombre y del paso del impulso primordial a la razón, usando la terminología de Mondolfo (cf. *supra,* nota 10). Los símiles retóricos de los animales, aludidos al principio del Diálogo, cobran aquí su hechura filosófica (no obstante, cf. nota 23). Nótese de nuevo la importancia de la retórica en la Lógica estoica. Además, véase en *De vita beata,* V, 3, la transcendencia de un recto y cierto juicio.

22 Continúa la relación entre «palabra» y «razón», «incapacidad para el lenguaje articulado» e «irracionalidad». En *Epist. ad Lucil.,* LXXVI, 9, afirmará: «Tiene voz (el hombre): pero ¿cuánto más clara los perros, más aguda las águilas, más grave los toros, más dulce y flexible los ruiseñores?»

23 El animal nunca podrá entender la verdad y lo verdadero. La verdad atañe a la parte *hegemónica* del alma, y lo verdadero a lo expresable. Para todo esto nos apoyamos en Mondolfo, *o.c.* El resquicio, «algo semejante a éstos» no se perfila en *De vita beata,* V, 1, que es muy drástico: «Puesto que las peñas tam-

bian en lo contrario y una vez que se han enfurecido con toda virulencia y han superado el susto, comen, y tras la convulsión y la alocada estampida inmediatamente el reposo y el sueño llegan.

IV. 1 Qué es la ira, ha sido suficientemente explicado. En qué se diferencia de la iracundia, es manifiesto [24]: en lo que el bebido del bebedor y el temeroso del tímido. El enojado puede no ser iracundo; el iracundo puede alguna vez no estar enojado. 2 Los otros aspectos que a base de tantísimos términos entre los griegos distinguen en clases la cólera, ya que entre nosotros no tienen correspondencias [25], los dejaré de lado, si bien nosotros decimos agrio y desabrido, y no menos, bilioso, rabioso, chillón, difícil, áspero, que son todos variedades de la ira; entre éstos va bien pongas al «geniazo», escogida índole de iracundia [26]. 3 Hay,

---

bién y no menos los animales carecen de temor y de tristeza.» Mas en *Consolatio ad Marciam,* VII, 2, habla de que los animales sufren pena y rabia pero breves. Cf. también *Epist. ad Lucil.,* LXVI, 11 y 26 en que menciona la solicitud de los animales por sus crías y para la teleología de los irracionales, *Epist. ad Lucil.,* LXVIII, 4, donde se dice que los animales borran sus huellas. Muy otro es el trato que reciben los animales en Lucrecio, trato teñido de cierto «franciscanismo»: así en *De rerum natura,* II, 352 y ss. se describe la angustiosa búsqueda de la cría, ya inmolada en el altar, y la locura de la madre que no encuentra la causa de su aflicción: esto le sirve al poeta para arremeter contra la religión de sacrificios, que ya había dejado malparada con el episodio de Ifigenia en el libro primero. Tampoco hay que desechar la emocionante instántanea de los perros que mueren, víctimas de la peste, en las calles de Atenas, *ibid.* VI, 1222-1223. Motivos vacuos que fuerzan el comportamiento animal se verán en este Diálogo, en II, XI, 5 y III, XXX, 1.

[24] Fórmulas de transición de este tenor se hallarán bastantes en la obra. Su frecuencia y complejidad a manera de sumario y guía de lo que va a decirse parecerían más de recibo al inicio del escrito.

[25] Es un lugar común, no exento de verdad, el de la incapacidad del latín para la lengua filosófica. Lucrecio se ha quejado antes. Séneca, no obstante, se desdice a continuación.

[26] La traducción dada aquí de *morosus* está sugerida por *geniuts,* la cual emplea Valentí Fiol para verter esta palabra en

pues, unos enojos que se reducen al grito, otros no menos pertinaces que frecuentes, otros crueles en el obrar, en las palabras más parcos, otros desbordantes en la acritud de sus expresiones y maldiciones, otros no van más allá de quejas y antipatías, otros son profundos y hondos y en los adentros se revuelven: mil otras especies hay de un mal múltiple [27].

V. 1 Ha quedado explicado qué es la ira, si en algún otro ser fuera del hombre acaece, en qué se diferencia de la iracundia, cuántas son sus clases; ahora indaguemos si la ira es conforme a naturaleza y si es útil y si en alguna proporción debe poseerse [28].

2 Si es conforme a naturaleza [29], quedará manifiesto si examinamos al hombre. ¿Qué hay más manso que él, cuando se mantiene dentro del equilibrio de su alma? [30] ¿En cambio, qué hay más cruel que la ira? ¿Qué

en el pasaje correspondiente del libro IV de las *Tusculanas* de Cicerón, en la colección Bernat Metge. Agradezco la confirmación de equivalencias entre el catalán y el español a mi compañera la profesora Juana Pericás.

[27] El principio de observación puede aproximar a Séneca a la pormenorizada casuística y en un plano formal, acercar esta discusión a la taxonomía aristotélica que pulula interminable en la *Etica a Nicómaco,* por ejemplo, respecto de virtudes y defectos, polos y términos medios. Ello da idea de la dificultad experimentada por el pensamiento en punto a desasirse de ciertas categorías y mediaciones.

[28] Ejemplo de transición doble: mira a lo dicho y anuncia el posterior desarrollo.

[29] Importantísima cuestión de la escuela estoica. Cleanto, Zenón y Crisipo, según testimonios de Diógenes Laercio y Estobeo, afirmaban que el fin consiste en vivir conforme a naturaleza. Séneca en *De vita beata,* III, 3, dice textualmente: «El no desviarse de ella (de la naturaleza) y el conformarse al dictado de su ley y ejemplo es la sabiduría. En consecuencia, una vida feliz es la que es conforme a su naturaleza.» Y, taxativamente, *ibid.* VIII, 2: «Idéntica cosa es, pues, vivir felizmente y según la naturaleza.» Doblado por la «imitatio Dei», en *De Beneficiis,* II, XXV, 1.

[30] De nuevo, *De vita beata,* V, 3: «Vida feliz es, en consecuencia, la fijada e inmutable según juicio recto y cierto» y más adelante en VI, 2, se puede leer: «Feliz, por consiguiente, es el recto de juicio.»

más amante de los demás que el hombre? ¿Qué más enconado que la ira? El hombre con vistas a la ayuda mutua ha sido engendrado, la ira con vistas a la aniquilación; él anhela reunir, ella separar; él hacer bien [31], ella perjudicar; él aun a los desconocidos ayudar, ella aun a los más queridos hostigarlos [32]; él por las conveniencias de los demás incluso hasta arriesgarse está dispuesto, ella, con tal de arrollar, a arrojarse al peligro. 3 ¿Quién, pues, desconoce más la naturaleza de las cosas, que el que a su más excelente e irreprochable tarea asigna este vicio salvaje y pernicioso? La ira, como hemos señalado, está ávida de castigo y que el deseo de él exista en el mansísimo corazón del hombre en absoluto está de acuerdo con la naturaleza. En efecto, una existencia humana consiste en las buenas acciones y en la concordia y no con el terror sino mediante un recíproco afecto se ahorma en un acuerdo y ayuda compartidos.

VI. 1 ¿Pues qué? ¿No es en ocasiones el castigo necesario? [33] ¿Y por qué no? Pero éste franco, con una lógica; en efecto, no busca dañar sino que cura bajo apariencia de hacer daño. Como algunos astiles torcidos, para enderezarlos, los chamuscamos y puestas unas cuñas, no para romperlos sino para aplanarlos, los machacamos, así las naturalezas depravadas por el vicio mediante la mortificación del cuerpo y del alma las enderezamos. 2 Ciertamente, el médico, en primera instancia, ante trastornos leves intenta no variar mucho de los hábitos cotidianos y poner un orden en las comidas, en las bebidas, en los ejercicios y fortalecer la

---

31 Cuestión ésta que se continuará en el tema de la «imitatio Dei» que el lector hallará más adelante. Cristianiza esta idea, San Martín de Braga en su *Formula vitae honestae:* «Amarás a Dios, si en esto lo imitas, que El quiere ayudar a todos, a nadie perjudicar.»

32 En *De otio,* I, 4, habla del deber de ayudar incluso a los enemigos.

33 Para la cuestión del castigo público, cf. *De clementia,* I, XXII, 2.

salud, modificando tan sólo el régimen de vida. Lo inmediato es que la moderación haga progresos; si la moderación y el régimen no hacen efecto, retira y limita algunas cosas; si ni siquiera entonces responde, suprime comidas y con el ayuno alivia el cuerpo; si han resultado en vano estos procedimientos más suaves, abre la vena y en el interior de los miembros, si infectan las zonas adyacentes y propagan la enfermedad, aplica su cirugía; y no parece dura ninguna curación, cuyo resultado es saludable. 3 De la misma manera conviene que el custodio de las leyes y el gobernante de la ciudad, en la medida en que pueda, con palabras y éstas las más suaves tutele los espíritus de forma que les persuada a cumplir con su deber y concilie en sus corazones el anhelo de lo honesto y de lo justo y suscite el odio a los vicios y el aprecio por las virtudes; acuda luego a una plática más austera mediante la cual todavía avise y reprenda [34]; ya en última instancia, recurra a los castigos y éstos aún leves y revocables; que los castigos extremos a los delitos extremos aplique, de suerte que nadie muera, excepto que el morir reporte bien, precisamente, a éste que muere. 4 En ello sólo de los médicos será diferente, por cuanto éstos a quienes no han podido prolongar la vida, les facilitan una muerte llevadera, aquél a los condenados con ignominia y exhibición pública la vida les demanda, no porque se goce en el castigo de nadie (lejos está, en efecto, del sabio tan inhumana ferocidad) sino a fin de que queden como aviso de todos y de la muerte, al menos, de estos que a nadie quisieron hacer el bien, la república saque provecho. No es, por consiguiente, la naturaleza del hombre deseosa del castigo; por lo tanto, tampoco la ira es conforme a la naturaleza del hombre, ya que es deseosa

[34] Para este procedimiento cf. *De beneficiis,* V, XXII, 3. En el pasaje leído aparecen ya las constantes del «médico» y del «buen gobernante» que en diferentes momentos el lector de Séneca se va a encontrar. Para la ecuación, sabio = médico, cf. *De constantia sapientis,* XIII, 2. Véase, también, *De Clementia,* I, II, 1.

de castigo.— 5 Y aduciré la argumentación de Platón (pues, en qué perjudica el valerse de los pareceres ajenos en la medida en que son como los nuestros)[35]: «un hombre bondadoso», afirma, «no hace daño». El castigo hace daño: en consecuencia, con el bondadoso no cuadra el castigo, por esto tampoco la ira, ya que el castigo cuadra con la ira. Si el individuo bondadoso no se goza con el castigo, no se gozará tampoco con esta pasión, para la que el castigo sirve de placer: en una palabra, no es connatural la ira.

VII. 1 ¿No es cierto, si bien no sea connatural la ira, que ha de ser adoptada, por cuanto tantas veces resultó útil? Levanta y enciende los ánimos; y nada, sin ella, extraordinario en la guerra el valor culmina, si de ahí no ha sido prendida la llama y este acicate ha estimulado y enviado hacia el peligro a los decididos. Asi pues, algunos reputan lo mejor domeñar la ira, no suprimirla y cercenado aquello en lo que desborda, cons-

---

35 Sin renunciar al estoicismo, Séneca, en la andadura de su pensamiento, apuntará en el fondo a una filosofía que acoja lo mejor de cada escuela. La moral delineada en sus *Epístolas a Lucilio* es un excelente exponente de la simbiosis ética de estoicismo y epicureísmo (valga la XX de ejemplo). Habrá un tiempo en el que él mismo reclame para sí la libertad de pensamiento y así en *De vita beata,* III, 2, afirma: «Me asiste también a mí el derecho de pensar.» El pasaje de *Epist. ad Lucil.,* XLV, 4, citado por A. Bourgery como paralelo en su edición de *De vita beata* en la col. G. Budé, nos parece antes que nada una legitimación de una búsqueda filosófica que prescinde de los datos aportados por los predecesores, por cuanto éstos han podido quedar superados o sin sentido en virtud del progreso científico o los nuevos interrogantes planteados por el hombre. Todo esto sin menoscabo de tales aportaciones, las cuales descubren así la precaria validez del pensar del hombre. Poder seguir pensando desde la linde del pensar precedente es el único pensar válido. De otra parte, los acercamientos a Platón, indiscutibles, no deben hacernos olvidar la virulencia de algunas críticas al platonismo y así es bueno recordar la reducción al absurdo del número de causas en la *Epist. ad Lucil.,* LXVI, donde tanto platonismo como aristotelismo reciben una implacable crítica.

treñirla dentro de un límite beneficioso, pero preservar aquello sin lo cual languidecería la acción y la fuerza y el temple del espíritu se disiparían.— 2 En primer lugar, es más fácil excluir lo perjudicial que dominarlo y no admitir que moderar lo admitido; pues una vez que se han instalado en su posesión, son más fuertes que su moderador y no consienten en ser recortadas o menguadas. 3 En segundo lugar, la razón misma, a la que se confían los frenos, es poderosa en la misma medida en que está alejada de las pasiones; si se ha entremezclado con ellas y se ha infestado, no puede contener a las que habría podido eliminar. En efecto, asaltada una vez y zarandeada la mente sirve a aquello por lo que es impulsada. 4 De algunas cosas sus principios quedan bajo nuestro control, sus consecuencias nos arramblan con su fuerza y no dejan retorno. Como a los cuerpos lanzados al vacío no les queda ningún dominio sobre ellos, ni una vez precipitados pueden frenar o detenerse, sino que toda iniciativa y rectificación su inevitable caída las descuaja y no les es posible no llegar allí a donde no ir les hubiera sido posible, de la misma manera, si el alma se ha sumido en la ira, en el amor y en las demás pasiones, a ella no les es permitido refrenar su impulso; lo normal es que la arrastren y en el abismo la hundan su propio peso y su naturaleza propensa a los vicios.

VIII. 1 Lo mejor es desdeñar inmediatamente el primer aguijonazo de la cólera y luchar contra sus mismos gérmenes [36] y poner el empeño en no caer nosotros en la ira. Pues si ha empezado a extraviarnos, difícil es el regreso al equilibrio, dado que nada de razón queda donde ya la pasión se ha infundido y algún derecho

[36] La misma idea pero expresada en términos temporales puede leerse en *Sententiae Patrum Aegyptiorum,* concretamente la 26, de San Martín de Braga: «En cualquier momento que venga la pasión, atájala.» Cf. II, XXII, 2, de esta obra, *De ira.* Véase también *De clementia,* I, XIII, 2: «la crueldad no admite retorno». En última instancia véase más adelante III, X.

le ha sido otorgado por nuestra voluntad; hará del resto cuanto se le antoje, no cuanto le consientas. 2 En los primeros umbrales, digo, el enemigo tiene que ser atajado; pues una vez que ha entrado y se ha introducido por las puertas, no acepta tope de parte de sus cautivos. En efecto, ni ha sido puesta aparte el alma ni desde fuera mira las pasiones de suerte que no les consienta avanzar más allá de donde conviene, sino que en pasión ella misma se transmuta y a causa de esto no puede aquel su vigor útil y provechoso, ahora entregado y debilitado, reavivarlo. 3 Efectivamente, según hemos dicho, no tienen éstas separadas y distanciadas sus sedes, sino que pasión y razón son una modificación del alma para lo mejor y lo peor. ¿De qué manera, pues, invadida y abrumada por los vicios resurgirá la razón que ha sucumbido ante la cólera? ¿O cómo se librará de la confusión en la que la amalgama de lo peor ha prevalecido?— 4 Pero algunos, afirma, se contienen en su ira.— En pocas palabras, ¿acaso como si hicieran algo o nada de lo que la ira les dicta? Si nada hacen, es manifiesto que para el logro de sus objetivos no es necesaria la ira, la cual vosotros, como si poseyera algo más poderoso que la razón, reclamábais. 5 Finalmente, pregunto: ¿es más fuerte que la razón o más débil? Si es más fuerte, ¿cómo podrá la razón imponerle un límite, dado que a obedecer no acostumbran sino los más desvalidos? Si es más débil, sin ella por sí misma la razón se basta para los logros de sus objetivos y no requiere el concurso de lo que es más endeble.— 6 Mas algunos aun encolerizados se frenan y dominan.— ¿En qué momento? Cuando ya la ira se desvanece y por ella misma decae, no cuando está en su característica ebullición; entonces, efectivamente, es más poderosa.— ¿Y qué? También y no en ocasiones aisladas durante su arrebato dejan incluso marchar incólumes e indemnes a los que odian y de hacerles daño se abstienen.— Lo hacen. ¿En qué momento? Cuando pasión ha desbancado a pasión y o el miedo o el prurito han obtenido algo. No se ha aquietado entonces por

la benéfica acción de la razón, sino por el sospechoso y tarado armisticio entre las pasiones.

IX. 1 Luego nada tiene en ella de provechoso y no aguza el ánimo para las acciones bélicas. Nunca, en efecto, la virtud, satisfecha consigo misma, tiene que ser ayudada por el vicio. Cuantas veces es menester de arranque, no se irrita sino que se yergue y en la medida en que lo ha calculado ser preciso, se enardece y calma, no de diferente manera a como los proyectiles que son disparados por las catapultas, quedan bajo el control de su lanzador en lo que hace a la distancia a la que van a ser disparados. 2 «La ira», precisa Aristóteles, «es necesaria y nada sin ella puede ser alcanzado, a no ser que ella colme el alma y el espíritu inflame; hay que valerse, pues, de ella no como de un general sino como de un soldado». Y esto es falso [37]; pues si atiende a la razón y la sigue por donde es guiada, ya no es ira, a la que es esencial la contumacia; en cambio, si le hace ascos y no queda donde ha sido conminada sino que del antojo y la fiereza se deja llevar, tan inútil sirviente del espíritu es como el soldado que desatiende la señal de retirada. 3 Asi pues, si consiente se le imponga un tope, con otro nombre ha de ser llamada; deja de ser ira, la cual entiendo desenfrenada e indomable; si no consiente, es dañina y no ha de ser contada entre los apoyos. 4 En estas circunstancias o no es ira o es inútil. Pues si alguien demanda castigo, en absoluto ávido de ese castigo, sino porque es lo correcto, no ha de ser contado entre los coléricos. Este será soldado eficaz, el que sabe obedecer una orden; las pasiones, a decir verdad, son tan desastrosas servidoras como guías.

---

[37] Lo que hasta aquí venía insinuándose tan sólo, estalla con toda virulencia. Obsérvese cómo en la polémica contra Aristóteles recoge Séneca figuras y ámbitos ya manejados por él antes, con lo cual consigue y logra una muy acertada congruencia irónica.

X. 1 En consecuencia, jamás admitirá la razón en su ayuda unos arrebatos ciegos y violentos, en medio de los cuales ningún peso ella misma tendría, a los que nunca podría domeñar, si no les opusiera otros parejos y similares a ellos, como a la ira el miedo, a la apatía la ira, al temor el ansia. 2 ¡Lejos quede esa calamidad de la virtud, de manera que jamás la razón se refugie en los vicios! No puede un espíritu tal conciliar una confiada tranquilidad, preciso es sea sacudido y vaya a la deriva el que gracias a sus defectos está seguro, el que no puede mostrarse enérgico si no se irrita, activo si no codicia, apaciguado si no teme: bajo una tiranía tiene que vivir quien cae en la servidumbre de alguna pasión. ¿No le avergüenza sumir las virtudes en la clientela de los vicios? 3 En seguida deja de poder cualquier cosa la razón, si nada puede sin la pasión y comienza a ser pareja y semejante a ella. ¿Pues qué diferencia hay, si la pasión resulta ser un supuesto irresponsable sin la razón igual que la razón es ineficaz sin la pasión? Dos cosas son idénticas cuando una no puede ser sin la otra. ¿Quién, a decir verdad, sostendría que la pasión? Dos cosas son idénticas cuando una no puede ma, útil es la pasión, si es comedida.— Más bien si por naturaleza es útil. Mas si es intolerante con la autoridad y la razón, esto tan sólo alcanzará con su comedimiento, a saber que cuanto menor sea, menos perjudicará; en una palabra, una mediana pasión no es otra cosa que una mediana maldad.

XI. 1 Pero frente a los enemigos, asevera, necesaria es la cólera.— En ninguna ocasión menos: cuando conviene que no estén desbordados los impulsos, sino templados y sumisos. ¿Pues qué otra cosa es la que merma a los bárbaros tan robustos en energías como sufridos ante las penalidades, sino la ira, su principalísima enemiga? A los gladiadores también su técnica los protege, la ira los desguarnece. 2 ¿Luego qué necesidad hay de ira, siendo así que lo mismo aprovecha la razón? ¿Por ventura, tú piensas que el cazador

se aíra con sus piezas? Pues bien, a las que vienen apresa y a las que huyen persigue y todas estas cosas sin ira las efectúa la razón. ¿Y qué aniquiló a tantos millares de Cimbrios y Teutones, desbordados por los Alpes, de tal manera que la noticia de tamaño desastre hasta los suyos no un mensajero sino el eco la llevó, a no ser el hecho de que en ellos la cólera reemplazaba al arrojo? Y ésta como algunas veces avasalla y arrasa lo que le sale al encuentro, de la misma manera, en demasiadas ocasiones, redunda en su propia ruina. 3 ¿Qué hay más valeroso que los Germanos? [38] ¿Qué más arrojado a la hora de la acometida? ¿Qué más afanoso de las armas, en medio de las cuales nacen y se crían y que constituyen para ellos su única preocupación, desentendiéndose de lo demás? ¿Y qué hay más endurecido para toda fatiga, si bien a ellos no les han sido provistas indumentarias en gran parte de sus cuerpos, tampoco abrigos frente a la constante extremosidad de su clima? 4 A éstos, con todo, los Hispanos y los Galos y las gentes de Asia y Siria, muelles para la guerra, antes de que sea avistada la legión, los aniquilan, no por otra cosa propicios que por su iracundia. Ea, pues, a esos cuerpos, a esos espíritus que ignoran los placeres, el lujo, las riquezas, dales logística, dales disciplina: para no decirlo demasiado prolijamente, nos será preciso, a buen seguro, resucitar los temples romanos. 5 ¿Por qué otro medio Fabio reanimó las hundidas tropas del Estado que el que supo esperar, dar largas, demorarse, cosas todas que los coléricos ignoran? Habría desaparecido nuestra hegemonía que entonces estaba al borde, si Fabio [39] hubiese acometido todo cuanto su enojo le sugería: puso a su consideración el bien general y, contabilizadas sus fuerzas, de las que ya nada

---

[38] Volverá acerca de los Germanos en *De providentia,* IV, 14.

[39] Indudablemente la relación de jefes patrios está muy en consonancia con una idea nacionalista tan propia de todas las literaturas en punto a la satisfacción con la propia historia. No obstante, esta visión optimista queda rebajada por el mismo Séneca más abajo.

podía malograrse sin una costa general, excluyó el resentimiento y la venganza, atento a un único interés y las oportunidades; su ira la doblegó antes que a Aníbal. 6 ¿Y Escipión, qué? Dejado atrás Aníbal y el ejército cartaginés y todo aquello contra lo que debía estar encolerizado, ¿no trasegó la guerra al Africa, tan premioso que daba a los malintencionados la impresión de disipación y de desgana? 7 ¿Y qué, el segundo Escipión? ¿No se instaló cerca de Numancia durante más y más tiempo y soportó serenamente el resquemor propio y del Estado: el que a costa de más tiempo Numancia fuera doblegada que Cartago? [40] Al cercarla y encerrar al enemigo, los apuró hasta el punto de matarse ellos mismos con sus espadas [41]. 8 No es, desde luego, útil tampoco en los combates o en las guerras la ira; pues a la temeridad es proclive y los riesgos, en tanto que quiere propiciarlos, no los precave. La más cierta virtud es aquella que larga y detenidamente se examina y conduce y avanza lentamente y con un propósito [42].

---

[40] Nótese cómo el elogio apunta ya a una exclusión de las pasiones en el héroe, lo cual supone un cambio en la consideración de esta figura. Virgilio no ha pasado en vano. No obstante los héroes trágicos de Séneca se resienten de pasión, cf. G. Petrone, *La scrittura tragica dell'irrazionale,* Palermo, 1984. Una vez que el héroe histórico, el épico y el trágico cobran otros perfiles, se entiende que el héroe nacional romano aparezca como «homo calamitosus» en Minucio Félix y Tertuliano frente al mártir cristiano.

[41] Valerio Máximo en sus *Factorum et dictorum memorabilium libri IX,* conoce conductas desesperadas de sitiados, cf. VII, 6. En Séneca, para Escipión y Numancia, cf. *Epist. ad Lucil.,* LXVI, 13 y para el primer Escipión, véase *De brevitate vitae,* XVII, 6.

[42] Nótese la ironía, ya aludida, respecto de la afirmación de Aristóteles. Los ejemplos que le contradicen, se han hecho valer dentro del ámbito de la milicia y siempre en el sentido contrario al propuesto por el filósofo griego, mediante un desdoblamiento de categorías, «pueblo bárbaro» - «pueblo culto» que no es de desdeñar. Para la fragilidad de los bárbaros es muy ilustrativo, *Consolatio ad Marciam,* VII, 3.

XII. 1 ¿Pues qué? dice, ¿el hombre bondadoso no se aíra, si ve que su padre es golpeado, si su madre raptada?— No se encolerizará, pero los vengará, pero los defenderá. ¿Y qué, empero, temes le sea poco gran estímulo la piedad, incluso sin cólera? O dilo con términos parecidos: ¿y qué pues? ¿cuando vea que son descuartizados su padre o su hijo, el hombre de bien no va a llorar y no va a desalentarse? Y estas cosas vemos ocurren a las mujeres, cuantas veces las sobresalta la sospecha de un leve peligro. 2 Sus obligaciones el hombre de bien las cumplirá decidido, resuelto y de esta manera hará cosas dignas de un hombre justo, de modo que nada hará indigno de un hombre. Mi padre va a ser golpeado: lo defenderé; ha sido golpeado: perseguiré el hecho ante la justicia, porque es lo justo, no porque duele. Cuando esto afirmas, Teofrasto, buscas la inquina para con las más recias enseñanzas [43] y, desdeñado el juez, apelas a la concurrencia; porque todos en un percance tal de los suyos se encolerizan, piensas que van a considerar los hombres su deber el hacer lo que hacen: en la práctica, efectivamente, cada uno juzga justo el sentimiento que experimenta [44].— 4 Se aíran los hombres de bien ante las ofensas contra los suyos.— Pero hacen lo mismo, si el agua caliente no les es facilitada oportunamente, si el vaso se ha roto, si el calzado está salpicado de barro. La piedad no moviliza esta ira, sino la fragilidad, como en los niños que lloran por sus padres muertos tanto como por sus chucherías [45]. 5 Airarse en defensa de los suyos no es

[43] Prosigue la hostilidad abierta con los peripatéticos. Las recias enseñanzas son, por supuesto, las estoicas. En *De constantia sapientis,* I, habla del Estoicismo como de un itinerario viril, y en *Consolatio ad Helviam,* XII, 4, considera a Zenón como el principio de una sabiduría recia y viril. En *Epist. ad Lucil.,* LXIV, 3, se recuerda el vigor moral de Sextio, y en la LXXVII, 6, se habla del estoico fuerte y valeroso.

[44] De la ira se dirá algo parecido en el capítulo XVIII, 1, de este libro.

[45] De nuevo el tema de los niños como prototipo de la necedad. No es la última vez que se emplea. Los motivos de en-

característico de un alma afectuosa, sino débil; lo bello y digno es salir como defensor de los padres, de los hijos, de los amigos, de los paisanos, guiándonos el propio deber que lo quiere, sopesando, consciente, no atropellado ni rabioso. Pues niguna pasión está tan deseosa de vengarse como la ira y por esto mismo para tomar venganza ineficaz: precipitada e irreflexiva, como por regla general todo prurito, ella misma se estorba en todo lo que avasalla. Asi pues, ni en la paz ni en la guerra jamás redundó en bien; pues la paz la hace semejante a la guerra, en los hechos de armas, a decir verdad, olvida que Marte es neutral y sucumbe bajo el dominio ajeno por no estar asentado sobre el suyo. 6 Luego por esto, los vicios no deben ser admitidos en la práctica porque alguna vez algo han alcanzado; pues también las fiebres algunos tipos de enfermedad alivian y no por eso no carecer totalmente de ellas es lo mejor: abominable sistema de curación es deber la salud a la enfermedad. De parecida manera la ira, aunque alguna vez como un tósigo [46], un resbalón o un naufragio contra pronóstico han resultado beneficiosos, no por eso ha de ser considerada saludable: por regla general, efectivamente, para la vida resultaron calamitosos.

XIII. 1 Además, las cosas que han de ser poseídas, cuanto mayores tanto mejores y más deseables son [47]. Si la justicia es un bien, nadie afirmará que resultaría mejor si algo fuera sustraído de ella; 2 si la entereza es un bien, nadie deseará que ella en alguna proporción sea cercenada; en consecuencia, también la ira cuanto mayor, tanto mejor: ¿pues, quién rehusará

---

fado y su desproporción le preocupan en *De constantia sapientis,* IX, 1, y XV, 1.

[46] El tema del veneno como remedio reaparece en *De beneficiis,* II, XVIII, 8: «Un veneno en ocasiones resultó un remedio: no por ello se encuentra entre las cosas saludables.» Cf. también *ibid.,* VI, VIII, 1.

[47] Se hace explícito lo anunciado en nota 9.

un aumento en un bien? Con todo, que se la acrezca es contraproducente; incluso, desde luego, que exista. No es un bien lo que por un desarrollo se convierte en un mal. 3 Util, afirma, es la ira, porque nos hace más combativos. De este modo, igualmente la embriaguez: pues convierte en impetuosos y osados y muchos fueron mejores con la espada, a duras penas serenos; del mismo modo di que también el frenesí y el desvarío son precisos para las energías, ya que muchas veces el furor hace más fuertes. 4 ¿Y qué? ¿Algunas veces, por el contrario, el miedo no trocó en audaz y el temor a la muerte incluso a los más remisos los excitó al combate? Pero la ira, la embriaguez, el miedo y los demás del mismo jaez son estímulos repugnantes y caducos y no arman la virtud, la cual nada de los vicios precisa, sino levantan un poco un temperamento por lo demás indolente y embotado. 5 Nadie, airándose, se hace más fuerte, excepto quien no sería fuerte sin la ira. Así no en ayuda de la virtud viene sino en su puesto. ¿Y qué en cuanto a que, si fuese un bien la ira, acompañaría a los más perfectos? Sin embargo los más enfadadizos son los niños y los ancianos y los tullidos y todo desvalimiento es por naturaleza quejumbroso.

XIV. 1 «No puede suceder», dice Teofrasto, «que el hombre de bien no se aíre con los malvados».— De esa manera cuanto mejor sea cada uno, tanto más iracundo será: mira no suceda al contrario, el más apacible y libre de pasiones y a quien nadie tenga ojeriza. 2 ¿Pero qué motivo tiene para odiar a los que delinquen, cuando el error los impulsa a faltas de este tipo? En verdad, no es propio del hombre sensato odiar a los que yerran, por otra parte, él se tendría ojeriza a sí mismo. Piense cuántas incontables cosas comete contra el sano uso, cuántas de estas muchas cosas que ha hecho, precisan excusa; ahora se irritará también consigo mismo. Pues un juez ecuánime no dicta una sentencia en su causa y otra en la ajena. 3 Nadie, afirmo, se ha-

llará que pueda absolverse a sí mismo, e inocente cada uno se proclama mirando al testigo, no a su conciencia[48]. ¡Cuánto más humanitario es ofrecer un talante afectuoso y paternal ante los que delinquen y no perseguirlos sino atraerlos! Al que vaga a través de los campos por desconocimiento del camino, mejor es traerlo al itinerario buscado que alejarlo[49].

XV. 1 Ciertamente debe ser corregido quien yerra y con un apercibimiento y con energía y con suavidad y con dureza y debe hacérsele mejor tanto para sí como para los demás, no sin castigo pero sin cólera[50]; ¿pues quién se enfada con el que le cura? Pero no pueden ser corregidos y nada en ellos hay afable o susceptible de una más optimista perspectiva.— Sepárense de la convivencia con los hombres quienes van a trocar en peor lo que tocan y de la única forma que pueden, dejen de ser nocivos, mas esto sin odio. 2 ¿Pues qué motivo hay para que odie al que, precisamente, estoy haciendo un bien cuando lo sustraigo de él mismo? ¿Quién, por ventura, odia sus miembros precisamente cuando los amputa? No es eso ira, sino una curación deplorable. A los perros rabiosos los matamos a golpes, a la res salvaje e indómita la sacrificamos y en los ani-

---

48 Apunta aquí la importancia de la conciencia como última instancia moral que se replanteará cuando Séneca aborde la cuestión de la insuficiencia de la norma legal; también la noción de la conciencia como juez asoma en este pasaje que Torres de Villarroel parece calcar en la Introducción de su *Vida:* «Tal vez soy bueno, pero no por eso dejo de ser malo. Mirando a mi conciencia soy facineroso; mirando a los testigos soy regular, pasadero y tolerable.»

49 El tema del camino y su vinculación con la filosofía es bien conocido. Por citar la escuela rival, recuérdese a Lucrecio y su protesta de seguir el camino recto y como en él la crítica a las otras escuelas suele traducirse en un «desviarse de la verdadera vía». Además, enseñar el camino acertado es parte integrante del «beneficium».

50 Ya insinuado se recoge aquí el aspecto pedagógico que se abordará con más detenimiento en el transcurso del último libro. Para la relación ira-castigo, v. *De clementia,* I, I, 3.

males enfermos, para que no infesten el ganado, hundimos el cuchillo; los fetos monstruosos los eliminamos, a los hijos, incluso, si han sido paridos inválidos y deformes, los ahogamos; y no es ira sino discreción apartar lo sano de lo inútil. 3 Nada cuadra menos a quien castiga que el airarse, dado que un castigo aprovecha más con vistas a la enmienda, si ha procedido de la ponderación. De ahí viene lo que Sócrates dijo a su esclavo: «Te azotaría, si no estuviese enfadado» [51]. El correctivo del siervo para ocasión más juiciosa lo difirió, en aquel momento se corrigió a sí mismo. ¿De quién va a ser atemperado su apasionamiento, cuando Sócrates no se atrevió a abandonarse a su arrebato? [52]

XVI. 1 Asi pues, para la corrección de los que yerran y de los criminales no es menester de un encolerizado censor; pues, dado que la ira es una falta del alma, no conviene corrija los yerros quien en ellos yerra. ¿Y pues qué? ¿No voy a airarme con un ladrón? ¿Pues qué? ¿No voy a airarme con el envenenador? No, en efecto, tampoco me enfado conmigo, cuando pierdo sangre. Todo tipo de escarmiento lo aplico como un trámite de la cura. 2 «Tú andas aún en el primer escarceo de los yerros y no has caído irremediablemente, sino con frecuencia, primero una reprimenda a solas, luego con testigos, tanteará el corregirte; tú ya te adentraste demasiado lejos como para que puedas recuperarte a base de palabras: con una reprobación serás tenido a raya; algo más indeleble y que sufras hay que marcarte: al destierro y a parajes ignotos serás envia-

[51] Los comentaristas recuerdan que el hecho se atribuye a Arquitas (y así Val. Máximo, IV, 1, ext. 1). Puede, no obstante, que Séneca, al mencionar a Sócrates, tenga presente el paralelo con Platón (III, XII, 5), al que siempre cree subordinado al maestro (cf. *Epist. ad Lucil.*, LXIV, 10) y que de ahí provenga la posible confusión.

[52] Igual pregunta retórica respecto de otros personajes, Platón en III, XII, 7; Filipo y Augusto en III, XXIV, 1, de este mismo tratado. Para la mímesis del sabio, también III, XIII, 3 y 4.

do; en ti más duros expedientes tu ya consolidada maldad requiere: la prisión pública y un calabozo se te decretarán; tu espíritu es incurable y va entretejiendo crimen con crimen y ya no por pretextos (que nunca han de faltar al malvado)[53] te ves impulsado, sino que para ti es buen motivo para faltar el cometer la falta, has apurado la maldad y de tal manera la mezclaste con tus entrañas que si no es con ellas no puede ser vomitada, ha tiempo, desgraciado, buscas morir: nos portaremos bien contigo, te quitaremos esa locura con la que vejas y eres vejado y a ti, zarandeado por tus tormentos y los ajenos, de este bien que sólo te queda, te haremos el presente: la muerte». ¿Por qué airarse con aquel a quien, precisamente, estoy haciendo un bien?[54] A veces la más excelente clase de misericordia es la ejecución. 4 Si hubiese entrado en una enfermería o en la mansión de un acaudalado como experto y entendido no prescribiría lo mismo a todos los que están enfermos por diferentes causas; variados veo los defectos en tantas almas y estoy presto a curar a la población en la medida en que según el achaque de cada uno sea requerida la medicación: a éste lo curará la vergüenza, a éste un viaje, a éste una mortificación, a éste una privación, a éste el hierro. 5 Asi pues, y si como magistrado tengo que revestirme de la toga calamitosa[55] y a toque de clarín convocar la asamblea, me adelantaré hacia el tribunal, ni furibundo ni enconado, sino con la faz de la ley y aquellas sus solemnes palabras más con un tono sosegado y grave que enra-

---

[53] Notable observación de gran penetración psicológica. El aspecto positivo de la cuestión, lo honesto por lo honesto, puede verse en *De beneficiis,* IV, XVI, 2.

[54] Las ideas, como habrá advertido el lector, se van repitiendo con cierta machacona insistencia. Recurso éste recomendado por Epicuro con vistas a la persuasión.

[55] El pasaje es discutido por los comentaristas. Parece aludir a la toga de la que se revestía el magistrado para pronunciar sentencia de muerte. No cabe duda que el pasaje tiene visos de ejemplo y en lo que se refiere a Séneca no hace a ningún momento de su biografía (cf. nota 71 al libro III).

bietado las pronunciaré y mandaré se proceda, en absoluto colérico sino estricto, y cuando ordene sea cortada al reo la cerviz y cuando a los parricidas los meta dentro de un saco y cuando remita al ajusticiamiento militar y cuando sobre la roca Tarpeya sitúe al traidor o al enemigo público, permaneceré sin ira y con idéntico semblante y disposición con que remato serpientes y alimañas venenosas. 6 La iracundia es menester para castigar.— ¿Y qué? Te parece encolerizarse la ley contra aquellos que no ha conocido, que no ve, contra los que confían no van a sobrevivir? Por eso, hay que asumir el temple de aquella que no se aíra sino que determina. Pues si al hombre justo cuadra irritarse por las malas acciones, también le convendrá incomodarse por los prósperos logros de los hombres malvados. ¿En efecto, qué hay más indigno que el que algunos florezcan y abusen de la generosidad de su suerte aquellos para quienes no puede hallarse sino suficientemente malo? Pero tanto la prosperidad de ellos la contemplará sin envidia como sus delitos sin cólera; el juez justo condena lo reprobable, no lo aborrece.— 7 ¿Y qué, pues? ¿Cuando algo así el sabio tenga entre sus manos, su ánimo no quedará tocado y estará más agitado de lo habitual?— Lo reconozco: experimentará una cierta leve y tenue conmoción; pues, como dice Zenón [56], también en el corazón del sabio, incluso cuando la herida ha sido restañada, queda una cicatriz. Experimentará, pues, algunos indicios y algunos visos de las pasiones, de ellas mismas, ciertamente, quedará exento.

XVII. 1 Aristóteles afirma que ciertas pasiones, si uno se vale bien de ellas, sustituyen a las armas. Y esto sería exacto, si como los artilugios guerreros, pudieran cogerse y dejarse al arbitrio de quien los toma. Estas armas que Aristóteles da a la virtud, ellas mismas riñen de por sí, no esperan manejo y dominan, no

[56] El asunto reaparecerá, en cierta medida, en *De constantia sapientis,* X, 4. Cf. *Epist. ad Lucil.,* LXXIV, 31.

son dominadas. 2 En absoluto es menester de otros instrumentos, de sobra nos ha equipado con la razón la naturaleza. Otorgó este dardo resistente, duradero, dócil, sin doble filo y que no puede ser vuelto contra su dueño. No para prever tan sólo, sino para llevar a término las acciones es suficiente la razón por ella misma; pues, ¿qué hay más necio que el que ésta solicite de la iracundia cobertura, una cosa equilibrada de una inestable, una leal de otra insegura, una sana de una tarada? ¿Y qué, también, en cuanto a que con vistas a las acciones en las que únicamente parece preciso el concurso de la iracundia, mucho más poderosa por ella misma es la razón? Pues una vez que ha decidido debe realizar una cosa, en ella persevera; en efecto, nada mejor va a encontrar que ella misma en lo que transmutarse; por esto permanece en las cosas que ha determinado una vez. 4 Con frecuencia la misericordia hace retroceder a la ira; no posee, en efecto, una consistencia firme, sino una huera hinchazón y se vale de arranques virulentos, no de otro modo que los vientos que se levantan de la tierra y formados sobre ríos y charcos son fuertes sin persistencia [57]: 5 empieza con enorme impulso, luego decae, antes de tiempo exhausta y la que ninguna otra cosa que saña y nuevos tipos de castigo revolvía, cuando hay que escarmentar, entonces se trueca en quebadriza y liviana. La pasión pronto decae, constante es la razón. 6 Pero, incluso, cuando la ira persevera, a veces, si son varios quienes han merecido morir, tras el desangramiento de dos o tres, deja de ejecutar. Sus primeras acometidas son aceradas: del mismo modo que los tósigos de las serpientes cuando salen de su escondrijo son nocivos, inofensivos se vuelven sus colmillos cuando la constante dentellada los

---

[57] Las alusiones al mundo de la naturaleza aparecen y reaparecen como testimonios de las preocupaciones científicas del autor, pero en cierta medida revierten, como es aquí el caso, al hombre, cf. en *Quaestiones Naturales,* los epílogos de sus libros. La idea de que la virtud posee un fundamento firme, en *De vita beata,* XV, 4. En este Diálogo misma idea en I, XX, 6.

ha vaciado. 7 En una palabra, no sufren iguales cosas los que han cometido las mismas faltas y muchas veces quien en menos ha delinquido, sufre más, puesto que ha quedado a merced del primer repente. Y en todo es desequilibrada; unas veces se lanza más allá de donde cuadra, otras se para más acá de lo debido; en efecto, con ella misma contemporiza y según su capricho juzga y no quiere escuchar y a la defensa no le deja lugar y se posesiona de todo lo que ha avasallado y no permite se le sustraiga su decisión, aunque sea torcida.

XVIII. 1 La razón concede a las dos partes su turno; luego solicita también para ella un plazo, a fin de tener tiempo de averiguar la verdad; la ira se aloca. La razón quiere fallar lo que es justo: la ira quiere parezca justo lo que ha fallado. 2 La razón no considera nada fuera de aquello mismo de lo que está tratando: la ira se deja llevar por cosas vanas y que pululan al margen de la causa. A ella un rostro un tanto sereno, una voz clara, un discurso lo suficientemente suelto, un porte ciertamente cuidado, una defensa pródiga en demasía, la simpatía popular, la exasperan; muchas veces enconada con el abogado, al reo condena; aunque se le meta por los ojos la verdad, prefiere y defiende el yerro; no quiere ser replicada y en lo mal hecho más honrosa le parece la terquedad que el pesar. 3 Cneo Pisón[58], en nuestro recuerdo, fue un hombre exento de muchos defectos, pero bravío y a quien le gustaba la severidad en lugar de la firmeza. Este, habiendo dado encolerizado la orden de ejecutar a uno que había regresado del avituallamiento sin su compañero, cual si hubiese asesinado al que no tenía a su lado, y si bien le suplicaba un plazo para buscarlo, no se lo concedió. El condenado fue conducido fuera de la empalizada y ya humillaba su cerviz, cuando de re-

[58] Gobernador de Siria bajo Tiberio y acusado de envenenar a Germánico.

pente se presentó el camarada al que se daba por muerto. 4 Entonces el centurión encargado de la ejecución ordena al guardia envainar la espada, trae de nuevo ante Pisón al condenado para que manifieste su inocencia a Pisón: pues al soldado la suerte se la había devuelto. En gran tropel son conducidos, abrazándose el uno con el otro, en medio de la gran alegría del campamento, los compañeros. Sube al tribunal furioso Pisón y ordena sean pasados por las armas los dos, el soldado que no había matado y el que no había muerto. 5 ¿Qué hay más indigno que esto? Ya que uno había resultado inocente, dos morían. Pisón agregó incluso un tercero. Pues al propio centurión que había devuelto al condenado, mandó se le pasara por las armas. Quedaron alineados en aquel mismo lugar los tres que iban a morir, debido a la inocencia de uno. 6 ¡Oh cuán artera es la iracundia para amasar justificaciones a su furia! Dijo: «Mando que tú seas pasado por las armas, porque has sido condenado; tú, porque has sido la causa de la condena de tu compañero; tú, porque, recibida la orden de ajusticiarlo, a tu general no has obedecido.» Inventó la manera de urdir tres delitos, puesto que ninguno había encontrado [59].

XIX. 1 Tiene, afirmo, la ira este defecto: no quiere ser gobernada; se aíra contra la verdad misma [60], si frente a su voluntad se ha mostrado; con alaridos y atropellos y con las sacudidas de todo su cuerpo a los que ha enfilado persigue, añadiendo insultos e imprecaciones. 2 Esto no lo hace la razón, mas si así es menester, sigilosa y queda arrumba mansiones

---

[59] Antítesis de la ecuanimidad del juez. Recuérdese lo dicho en nota 39 acerca del optimismo nacionalista rebajado. Cf. el capítulo XIX, 6, de este primer libro. Para la descalificación de las justificaciones, III, XXIX, 2.

[60] Si no atiende a la verdad, es que nada tiene que ver con el «hegemonikón». La demostración pretende volver desde los datos de la experiencia a la especulación, naturalmente de cuño estoico.

enteras desde los cimientos y extermina las familias calamitosas para el Estado, incluidos mujeres y niños, derriba las propias casas y hasta el suelo las allana y aniquila los nombres enemigos de la libertad: esto sin convulsionarse, ni sacudiendo la cabeza ni cometiendo nada impropio de un juez, cuyo semblante precisamente entonces debe estar sereno y en calma cuando falla solemnemente. 3 «¿Qué necesidad hay», sostiene Jerónimo [61], «cuando quieres golpear a alguien, de morder tus labios antes»? ¿Y qué, si él hubiese visto saltando del tribunal al procónsul y arrebatando las fasces al lictor y rasgando sus propias ropas porque con excesiva lentitud se rasgaban las ajenas? 4 ¿Y qué necesidad hay de volcar la mesa? ¿y de estrellar las copas? ¿y de darse contra las columnas? ¿y de mesarse los cabellos? ¿y de golpear muslo y pecho? ¿En cuánto reputas un arrebato que, porque no explota contra el otro tan aprisa como quería, contra él mismo se revuelve? Son retenidos, pues, por los más cercanos y suplicados para que ellos mismos se serenen. 5 De estas cosas nada hace quien, libre de ira, aplica la pena merecida a cada uno. Despide, por regla general, a éste cuya falta sorprende; si el pesar por su acción avala una razonable expectativa, si entiende que de lo hondo no procede la maldad, sino que está adherida, como dicen, a la superficie del corazón, concederá la impunidad que no va a perjudicar ni a los que la reciben ni a los que la otorgan; 6 alguna vez reprimirá delitos grandes con más suavidad que otros menores, si aquéllos han sido cometidos por un desliz, no por sevicia, en éstos está latente, solapada e inveterada la malicia: idéntico delito en dos personas no lo castigará con igual pena, si uno lo ha cometido por descuido, si el segundo procuró el ser dañino. 7 En todo escarmiento observará esto siempre de modo que entienda que uno se aplica para corregir a los malos, otro para suprimirlos;

[61] Jerónimo es un filósofo del siglo tercero antes de Cristo, afecto a la escuela peripatética.

en ambos casos se considerará no el pasado sino el futuro (pues, como dice Platón, «ninguna persona juiciosa castiga porque se ha delinquido, sino para que no se delinca; revocarse, en efecto, el pasado no se puede, lo futuro puede ser evitado»), y a los que quiere convertir en avisos de una maldad que mal acaba, públicamente los ajusticiará, no tanto para que mueran ellos, sino para que, muriendo, disuadan a los demás. 8 Aquel por quien estas cosas han de ser administradas y sopesadas, ves cuán libre de toda preocupación debe abordar este atributo, el cual ha de usarse con absoluta discreción: la potestad de vida y de muerte [62]; en mala hora a un enojado se le confía la espada [63].

XX. 1 Ni tampoco debe pensarse que la ira confiere algo a la grandeza de espíritu; no es, en efecto, ella grandeza, sino hinchazón; ni en los cuerpos henchidos por el exceso de humor nocivo su enfermedad es gordura sino una sobra dañina. 2 A todos los que un extravagante sentimiento los alza por encima de los deseos humanos se creen aspirar a algo excelso y sublime: mas nada firme hay bajo su pies, sino que son proclives al desplome las cosas que sin cimientos crecieron. No tiene la ira en qué sostribarse. No nace de lo firme y perdurable, sino que es voluble e inconsistente y tanto dista de la grandeza de espíritu cuanto de la fortaleza la osadía, de la confianza la insolencia, de la austeridad la amargura, de la severidad la saña. 3 Mucha diferencia, digo, media entre un espíritu elevado y el soberbio. La iracundia nada generoso y honroso emprende, al contrario me parece a mí, consciente de la fragilidad de su índole apática y desdichada, muchas veces se duele como los seres ulcerados y tullidos que gimen al más leve roce. Asi pues, la có-

---

[62] La potestad de vida y de muerte le preocupa también en *De clementia,* I, I, 2. El valor ejemplar de la ejecución ha aparecido en I, VI, 4.

[63] Los comentaristas recuerdan que ésta es una sentencia de P. Sirio, escritor de la época de César.

lera es un defecto especialmente de mujeres y de niños. Pero acaece también entre los hombres.— En efecto, también entre los hombres hay caracteres infantiles y mujeriles. 4 ¿Y qué? ¿No son por los encolerizados pronunciadas algunas expresiones, las cuales salidas de un gran corazón parecen a quienes ignoran la auténtica magnanimidad? Cuán espantosa y abominable la que viene ahora: «Que odien, con tal de que teman» [64]. Sábelas escritas en la época de Sila. No sé cuál de ambas cosas se deseó peor para sí, a saber: el vivir en el odio o el vivir en el temor. «Que odien». Se le avecina un porvenir para que lo maldigan, lo acosen, lo acorralen. ¿Qué apostilló? ¡Qué los dioses lo malogren! hasta tal punto halló un remedio digno de aborrecimiento. «Que odien...» ¿Y qué? ¿Con tal de que obedezcan? No. ¿Con tal de que aplaudan? No. ¿A la postre, qué? «Con tal de que teman». Así tampoco yo querría ser estimado. 5 ¿Piensas que esto ha sido dicho por un alma grande? Te engañas; en efecto, no es ella grandeza, sino desmesura. No hay razón para fiar en las palabras de los encolerizados, cuyos estruendos son colosales, terribles; en sus adentros su alma está totalmente despavorida. 6 Y no hay motivo para que consideres ser cierto lo que se afirma en Tito Livio, hombre realmente elocuente: «Un hombre de temperamento fuerte vale más que uno de bondadoso» [65]. Eso no puede disociarse: o será también bueno o no será tampoco grande, ya que concibo la grandeza de alma como inquebrantable y sólida por dentro y desde su base aplomada y firme, la cual cosa no puede hallarse en

---

[64] Verso famoso del *Atreo* de Accio, trágico de la segunda mitad el siglo segundo antes de Cristo. Este verso sugiere otros pasajes a Séneca en el transcurso de la obra. Para una interiorización de esta tensión, cf. *De tranquillitate animi,* I, 2. Para el carácter mujeril y su dejarse poseer por la ira, cf. *De clementia,* I, V, 5.

[65] La afirmación del historiador es censurada acremente. El valor de modelo o ejemplo de la proporción «instrucción», «bondad», es aquí más patente que en ninguna otra parte del escrito.

los espíritus degenerados. 7 Efectivamente, ellos pueden ser terribles, atropellados y calamitosos: a decir verdad, la magnanimidad, cuya raíz y robustez es la bondad, no la poseerán. Por lo demás, en su expresión, en su intención y en toda su compostura hacia el exterior darán un viso de magnanimidad; dirán algo que tú estimes grandemente, como C. César [66], quien enojado con el cielo porque atronaba mientras los pantomimos, a quienes imitaba con más afán que miraba, y porque su comilona era sobresaltada por los rayos (desde luego, poco certeros) [67] retó a combate a Júpiter y por supuesto sin remisión, profiriendo aquel verso de Homero:

O me destruyes o yo a ti [68].

9 ¡Cuánta fue su locura! Pensó o que no podría ser dañado ni siquiera por Júpiter o que él podía hacer daño incluso a Júpiter. No pequeño impulso, pienso, esta exclamación suya imprimió a la hora de espolear los ánimos de los conjurados; en efecto, tuvo que parecerles propio de una postración definitiva aguantar a éste que no aguantaba a Júpiter.

XXI. 1 En resumidas cuentas, en la ira ni siquiera cuando parece arriscada y despectiva para con los

---

[66] Calígula va a ser la bestia negra de Séneca en varios momentos de la obra, como el lector comprobará sin esfuerzo. Probablemente lo reciente de los acontecimientos podía prestar unos visos muy vivos al ejemplo en punto a las recomendaciones morales que se formulan. El que los hechos pertenezcan ya a una persona muerta no parece impresionar a Séneca, quien dejará en su *Apocolocyntosis* una buena prueba de este tipo de indiferencia y fría crueldad, más allá de un juego literario. No es dudoso que Séneca tiene un cierto resentimiento con la Casa Imperial que le aproxima a Tácito, quien al describir el suicidio del filósofo no se muestra tan duro como con otros suicidas. Para Séneca, cf. *De constantia sapientis,* XVIII, 1, y *De clementia,* I, 12, 4.

[67] La ironía recuerda de lejos las dificultades y objeciones planteadas por Lucrecio a la creencia de que Zeus dispara los rayos. Cf. *De rerum natura,* VI, 387 y ss.

[68] Verso de Homero que se lee en la *Ilíada,* XXII, 724.

dioses y los hombres, nada hay grande, nada hay noble. O si a alguien le parece que la ira engendra un alma grande, parézcaselo también el derroche[69]: sobre marfil anhela sostribarse, de púrpura vestirse, de oro cubrirse, trasladar tierras, acotar mares, despeñar chorros, colgar bosques, 2 parézcale también la avaricia propia de un alma grande: sobre montones de oro y de plata se acuesta y con nombradías de provincias cultiva fincas y bajo las órdenes de cada uno de sus granjeros posee terrenos más extensos que los que los cónsules se sorteaban; 3 parézcale también la corrupción propia de un alma grande: cruza mares, hatos de mancebos castra, bajo el tajo del marido sucumbe por despreciar la muerte; parézcale también la ambición propia de un alma grande: no está conforme con magistraturas anuales; si puede hacerse, con un solo título desea ocupar los fastos, por todo el mundo distribuir inscripciones suyas. 4 Todas esas cosas, no importa en qué medida progresen o se expandan son mezquinas, miserables, viles; sólo sublime y excelsa es la virtud y nada es grande sino lo que al mismo tiempo es apacible.

---

[69] Catálogo de excesos, cuyos paralelos pueden encontrarse en V. Máximo, para la pasión, IX, 1, y para la avaricia, IX, 6. Lista de parecido tenor en el propio Séneca aparece en *De brevitate vitae,* II, 1, donde la avaricia es calificada como de «insaciable» y más adelante, semejante melodía con ciertos matices (VII, 1). Para una maldición de las pasiones, véase también *De beneficiis,* VII, IX .Otro catálogo en *De tranquillitate animi,* III, 7. Para el concepto de la auténtica magnanimidad, cf. *De clementia,* I, V, 5.

# Libro segundo

I. 1 El libro primero, Novato, ha comprendido una materia más asequible: fácil es, en efecto, por las pendientes el recorrido de los vicios. Ahora hay que allegarse a aspectos más sutiles; pues indagamos si la ira nace de la ponderación o del impulso [1], o sea, si por ella misma se moviliza, o al igual que otras tantas cosas que dentro de nosotros, sin saberlo nosotros, se originan. 2 Debe, ciertamente, en estas cosas abismarse la discusión, a fin de que hacia aquéllas, incluso las más altas, pueda alzarse: pues también en nuestro cuerpo los huesos y los nervios y las articulaciones, la armazón de todo él y sus partes vitales, en absoluto agradables a la vista, se disponen primero, luego los elementos de los que surge la armonía en su fisonomía y en su aspecto; tras todo esto sobre el cuerpo ya formado se extiende la coloración definitiva, que atrae sobremanera los ojos. 3 Que la sensación procurada por una ofensa mueva a cólera no es dudoso; pero

[1] Cf. nota 3 del libro primero.

indagamos si al punto a la sensación misma acompaña y sin que el espíritu se sume se explaya, o si, asintiendo éste, se dispara. 4 A nosotros nos parece que a nada ella por ella misma se atreve, si no es con la aprobación del espíritu; pues registrar la sensación del atropello infligido y desear venganza de ello y relacionar ambas cosas (que ni debió ser él ofendido y que debe vengarse), no es propio de un arrebato que sin nuestro consentimiento se despierta [2]. 5 Este es simple, aquél complejo y conteniendo muchos entresijos: ha conocido una cosa, se ha indignado, ha condenado, se venga: estas cosas no pueden hacerse, a no ser que el espíritu haya asentido a todo aquello por lo que es afectado.

II. 1 A dónde apunta esta cuestión, dices. A que sepamos qué sea la cólera. Pues si a pesar nuestro nace, jamás a la razón se va a plegar. En efecto, todas las mociones que no por voluntad nuestra se producen, son invencibles e inevitables [3], como el estremecimiento al ser salpicados con agua fría, a ciertos tactos el repeluzno; ante las más infaustas noticias se erizan los cabellos y un sofoco se extiende ante las expresiones desvergonzadas y acompaña el vértigo a los que miran los precipicios; y porque de estas cosas nada está en nuestro poder, ninguna razón nos disuade a no hacerlas. 2 La ira por las recomendaciones es ahuyentada; es, en efecto, una desviación voluntaria del espíritu, no de las que dimanan de cierta condición de la naturaleza humana y por esto también en los más sabios acontecen, entre las cuales tiene que quedar catalogada aquella primera conmoción del espíritu, la que nos sacude tras la suposición de una ofensa [4]. 3 Esta sobreviene incluso durante representaciones dramáticas en la escena

---

[2] Presencia de la ponderación en el arrebato, por lo cual éste es siempre condenable.

[3] La ira no es algo fatal y tiene que ver con la decisión propia.

[4] Este asunto será objeto de preocupación más adelante. Cf. también su desarrollo en *De constantia sapientis,* III, 4.

y las lecturas de acontecimientos pasados. Por norma general, contra Clodio, cuando expulsa a Cicerón, y contra Antonio, cuando lo mata, tenemos la sensación de irritarnos; ¿quién contra las armas de Mario, contra la proscripción de Sila no se subleva? [5] ¿Quién a Teodoto y a Aquiles y al propio menor que osó un crimen en absoluto menor, no es hostil? 4 A veces el canto y su rápida entonación y aquel marcial toque de trompetas nos estimula; conmocionan los espíritus una atroz pintura y la lúgubre contemplación de los suplicios más justos; 5 esto es por lo que reímos con los que ríen y nos contrista la muchedumbre de los afligidos y nos enardecemos por los combates ajenos. Cosas éstas que no son ira, no más que tristeza la que ante la visión de un naufragio escenificado nos frunce la frente, no más que es temor el que, al cercar, tras Cannas, Aníbal las murallas, recorre los adentros del lector, sino que todo esto son mociones de unos espíritus que no desean ser alterados, tampoco pasiones, sino brotes que preludian las pasiones. 6 De la misma forma, en efecto, los oídos de un ex-soldado, ahora paisano, en un ambiente de paz, la trompeta sobresalta y los caballos de un regimiento alerta el ruido de las armas. Alejandro, cuentan, cuando Jenofanto [6] cantaba, echó mano a las armas.

III. 1 Nada de estas cosas que el espíritu sacuden fortuitamente, debe denominárselas pasiones: ésas, por decirlo así, las padece el espíritu más que las ejecuta. En consecuencia, pasión es no el conmocionarse ante las impresiones causadas por los hechos, sino el abandonarse a ellas y proseguir esa moción fortuita [7]. 2. Pues

---

[5] Relación de sucesos históricos, todavía vivos en la memoria, que se desdoblarán más tarde en ciertas emociones estéticas.

[6] Los comentaristas discuten si se trata del aquí mencionado o de Timoteo o de Antigénidas.

[7] Por tanto, un dejarse llevar voluntariamente y en última instancia elección y libertad.

si alguien la palidez y las lágrimas que se saltan, y la excitación de un humor inmundo o un profundo suspiro y las miradas de pronto más afiladas o algo parecido a todo esto, lo considera un indicio de la pasión o un síntoma del ánimo, se engaña y no sabe que éstas son reacciones del cuerpo [8]. 3 Así también el más fornido guerrero, a veces mientras se arma, queda pálido y una vez dada la señal de combate al más bravo soldado un instante las rodillas le han temblado y al magnífico general, antes de que entre ellas las huestes topen, el corazón le ha palpitado y al orador más elocuente, cuando se apresta a hablar, las extremidades se le han paralizado. 4 La cólera no sólo debe ser puesta en movimiento sino desbordar; es, efectivamente, un arrebato; nunca, empero, hay arrebato sin consentimiento del espíritu [9]; y no puede, ciertamente, ocurrir que se trate de la venganza y del castigo, desconociéndolo el espíritu. Se ha considerado alguien ofendido, ha querido vengarse, al disuadirle cualquier motivo, inmediatamente ha desistido; a ésta no la llamo ira, moción del espíritu que se pliega a la razón; ira es aquella que se salta la razón, que la arrolla con ella [10]. 5 En una palabra, aquella primera convulsión del espíritu que la sensación de una injusticia ha provocado, no es más ira que la misma sensación de la injusticia; el subsiguiente arrebato que la sensación de injusticia no tanto ha captado sino que ha admitido, es la ira, una excitación del espíritu que se encamina por propia voluntad y decisión hacia la venganza. Jamás es dudoso que el miedo suponga huida, la cólera atropello: mira, en consecuencia, si por ventura piensas

---

[8] De todos modos, no debe olvidarse lo dicho acerca de la «corporeidad» de la vivencia interior.

[9] Recoge lo descrito en II, 1, 5. Para la ira como desbordamiento, véase el libro primero en I, 10.

[10] Apelación a la necesidad de suprimir la pasión, frente a la contemporización peripatética, por cuanto la cólera anula la razón que es lo precisamente específico del ser humano.

que sin el consentimiento de la mente [11], puede buscarse o precaverse algo.

IV. 1 Y para que sepas cómo principian las pasiones o crecen o se enfurecen, existe un primer impulso en absoluto voluntario, un cuasi atisbo y un cierto amago de la pasión; un segundo, con un prurito no tozudo, cual si conviniera que yo me vengara puesto que he sido ofendido, o cual si conviniera que éste cumpliera castigo, supuesto que ha perpetrado un delito; el tercer impulso es ya inmoderado, el cual desea vengarse, no si conviene, sino a toda costa, que se sobrepone a la razón [12]. 2 Aquella primera sacudida del espíritu no podemos esquivarla mediante la razón, como tampoco aquellas cosas que dijimos ocurren en los cuerpos, que no nos soliviante el bostezo ajeno, que los ojos ante la tienta inesperada de unos dedos no se cierren; esas cosas no puede la razón dominarlas, el hábito, quizás, y un permanente cuidado las mitiga. El segundo impulso, que del juicio nace, con el juicio queda eliminado.

V. 1 Aún hay que investigar lo que sigue, esos que se ensañan indiscriminadamente y se complacen con la sangre humana, acaso están irritados cuando matan a aquellos de quienes ni han sufrido ofensa ni piensan que ellos mismos la han recibido: cuales fueron Apolodoro o Fálaris [13]. 2 Esto no es ira, es ferocidad; en efecto, no porque sufre atropello, hace daño, sino que está dispuesta, con tal de hacerlo, a recibirlo incluso y en cuanto a ella ni los azotes y las laceracio-

---

[11] Papel preponderante de la razón en la conducta del hombre. Cf. un desarrollo de este aspecto en la *Epist. ad Lucil.,* LXXVI, en sus pasajes 9, 10 y 11, por ejemplo.

[12] Relación detallada del proceso de la cólera. Parece que Séneca no desaprovecha cualquiera oportunidad que se le ofrece para explayarse en este tipo de descripciones que ya hemos señalado son de su preferencia.

[13] Fálaris fue tirano de Agrigento y Apolodoro de Casandria. Para el primero, véase *De clementia,* II, IV, 3. Para Fálaris, cf. Val. Máx.: III, 3 ext. 2 y IX, 2, ext. 8.

nes son buscados con vistas a la venganza, sino al placer. 3 ¿Entonces, qué? El origen de esta perversión está en la ira, que, cuando por su frecuente práctica y hartura, llega al olvido de la clemencia [14] y todo acuerdo humano lo erradica del corazón, en último término pasa al sadismo: ríen, pues, y se gozan y con gran satisfacción disfrutan y distan muchísimo del aspecto de los airados, crueles en su indolencia. 4 Cuentan que Aníbal [15] exclamó, tras haber visto un foso rebosante de sangre humana: «¡Oh espectáculo maravilloso!». ¡Cuánto más hermoso le hubiera parecido, si hubiese colmado un río y un lago! ¿Y qué cosa sorprendente es si, precisamente, te dejas seducir por este espectáculo, nacido en medio de la sangre y desde niño bien avenido con las matanzas? Te acompañará la fortuna, secundando tu vesanía, a lo largo de veinte años y regalará a tus ojos un agradable espectáculo por doquier; eso lo verás cerca de Trasimeno, cerca de Cannas, y, finalmente, cerca de tu Cartago. 5 Voleso [16], ha poco bajo el divino Augusto procónsul del Asia, como en un solo día hubiera pasado a cuchillo a trescientos, paseando por en medio de los cadáveres con rostro altanero, cual si hubiese hecho algo magnífico y admirable, exclamó en griego: «¡Oh cosa regia!» ¿Qué hubiese hecho él rey? [17] No fue esto ira sino una perversión mayor e incurable.

---

[14] A lo largo del tratado *De clementia* el lector podrá encontrar un estudio pormenorizado del concepto «clemencia» y su incompatibilidad con el arrebato o enfurecimiento, y allí en I, II, 5, también le preocupa demostrar que la clemencia es propia de la naturaleza humana.

[15] Encarnación de la ferocidad púnica que viene a ser un lugar común en la literatura latina, explicable desde la propia experiencia histórica. Cf. *De otio,* VIII, 2.

[16] Hay una cierta imparcialidad en la mención de sucesos históricos. El ejemplo de Voleso hace recaer sobre los romanos este aspecto de la conducta desviada. Cf. lo dicho acerca del rebajamiento del optimismo nacionalista en la nota 39 del libro primero.

[17] En más de una ocasión la figura del «rey» y lo «regio» son mal vistas por Séneca. Sin embargo, en *De clementia* (I, XI, 3)

VI. 1 La virtud, afirma, como para con las cosas honorables es propicia, también para con las torpes debe ser colérica.— ¿Y qué, si dijera que la virtud debe ser apocada y magnífica? Por descontado esto lo dice quien desea se la exalte y se la abaje, puesto que la alegría a causa de lo rectamente hecho es limpia y grande, la ira ante la falta ajena es sórdida y de un sentimiento menguado. 2 Y jamás obrará la virtud de suerte que en el instante de reducir los vicios, los remede; a la propia ira la tiene como merecedora de castigo, la cual en nada es mejor, a menudo incluso peor que esos delitos contra los cuales se aíra. El gozarse y el alegrarse es propio y consubstancial con la virtud[18]; encolerizarse no está de acuerdo con su dignidad, no más que el apenarse: verdaderamente, de la iracundia el pesar es compañero y en él todo enfado, bien tras el arrepentimiento, bien tras el fracaso, se resuelve. 3 Y si propio del sabio es airarse contra las faltas, más se encolerizará con las más importantes y, por regla general, estará encolerizado[19]: se sigue que no sólo esté airado el sabio, sino que es iracundo. Con todo, si creemos que ni el enfado grande ni frecuente en el espíritu del sabio tienen cabida, ¿qué motivo hay para que no lo liberemos totalmente de esta pasión? 4 Medida, en efecto, no puede haberla, si

---

el filósofo matizará su postura y se producirá una distinción entre el rey y el tirano que aquí aparecen confundidos. *Ibid.,* I, V, 6, Séneca asevera que el rey no debe darse a la cólera. No obstante, cf. también *De beneficiis,* VI, XXXIV, 1. La tensión crueldad-sangre, crueldad-gozo reaparece en el libro segundo de *De clementia,* V. *De beneficiis,* VII, XIX, 8.

18 Una preocupación constante en *De ira* desde la perspectiva del sabio, cf. más adelante VIII, 1. Para la idea antecedente, cf. *De clementia,* I, I, 1, donde habla que el fruto de hacer el bien es el bien hecho.

19 Creemos que Séneca sigue aquí más bien la argumentación del contrario y no la propia, llevando aquélla hacia una reducción al absurdo. Nótese el tono especial de la pregunta que abre el capítulo siguiente, que en buena lógica quedaría sin respuesta por parte del contrincante. No obstante, muy peligroso para la ortodoxia es lo leído en I, XIX, 6.

a causa del comportamiento de cada individuo hay que irritarse; pues o será injusto si por igual se aíra ante delitos desiguales, o del todo irascible, si tantas veces se sulfura cuantas su enojo las faltas hayan merecido.

VII. 1 ¿Y qué motivo hay más indigno que el que el sentimiento del sabio dependa de la maldad ajena? Dejará él, Sócrates, de poder traer a su casa el mismo semblante con el que de su casa había salido; mas si con todo el sabio debe airarse con las cosas torpemente hechas y excitarse y contristarse por los delitos, nada hay más apesadumbrado que un sabio; toda la vida se le irá entre la cólera y el pesar [20]. 2 ¿Pues qué momento habrá en el que no vea actos reprobables? Cuantas veces haya salido de su casa [21], tendrá que pasear en medio de criminales y de avarientos y de manirrotos y de desvergonzados y por todo ello felices; a parte ninguna su ojos se volverán que no encuentren con qué indignarse; desfallecerá, si se exige cólera tantas veces cuantas el motivo lo reclama. 3 ¡Esos incontables millares que a las primeras luces se atropellan en dirección al foro, cuán torpes litigios, cuánto aún más torpes abogados tienen! Uno denuncia las decisiones de su padre, las cuales el merecerlas ha sido de sobra suficiente, otro se persona contra su madre, otro viene como acusador de un crimen, del cual él es más paladino reo, y es elegido juez quien va a condenar lo que él ha practicado, y el corro se pronuncia a favor de la parte culpable, maliciado por la bonita voz del abogado [22].

---

[20] De nuevo el pesimismo social. La vergüenza experimentada por el comportamiento del hombre puede verse con detalle en *Epist. ad Lucil.*, LXXVI.

[21] Cf. el inicio de *De otio; Epist. ad Lucil.*, LXIX, 2, e *ibid.*, LXXV, 15; y para el comportamiento y distinción de sabio y aspirante a la sabiduría es muy ilustrativo *De constantia sapientis,* XIX, 4.

[22] Reprobación de la retórica sin un soporte moral. Para otra visión descarnada del foro, cf. *De constantia sapientis,* XII, 2.

VIII. 1. ¿Y por qué prosigo con pormenores? Cuando hayas visto el foro repleto de gente y sus recintos rebosantes gracias al lleno de una masiva afluencia y el circo, en el que una gran parte de sí el pueblo descubre, ten presente esto: ahí hay tantos defectos como individuos. 2 Entre esos que ves con toga no hay ninguna concordia; el uno, a cambio de un insignificante lucro, se deja llevar en perjuicio del otro; para nadie hay ganancia a no ser con el atropello del otro; al dichoso lo odian, al infortunado lo desprecian; al que es más, lo molestan, con el que es menos, son gravosos; son aguijoneados por pruritos contradictorios; desean perderlo todo a cambio de una satisfacción y un expolio insignificantes. No distinta a como en una escuela de gladiadores es la vida de quienes conviven y luchan entre ellos mismos. 3 Esa es una reunión de alimañas, excepto que ellas entre ellas son pacíficas y se abstienen de morder a sus congéneres, aquéllos con su mutuo desgarrarse se sacian. En esto sólo difieren de los animales irracionales, en que éstos son mansos con quienes los crían, el furor de aquéllos devora a los mismos por quienes es alimentado [23].

IX. 1 Jamás dejará de airarse el sabio, una vez que ha comenzado; todo de crímenes y taras está colmado; se perpetran más cosas de las que se pueden, mediante castigo, corregir; se rivaliza, ciertamente, en el descomunal combate de la iniquidad; cada día es mayor el afán de delinquir, menor la vergüenza: desechado el respeto hacia lo mejor y lo más justo, a donde quiera se mire, la degeneración se nos da de bruces y los delitos ya no son secretos: ante nuestros ojos se exhiben y hasta tal punto en público se ha manifestado la maldad y en los corazones de todos ha prevalecido que la inocencia no es que sea rara, sino

[23] Rasgo típico del escritor moralizante es el pesimismo, ya apuntado pero que toca aquí el borde.

que es nula. 2 ¿Pues, acaso sólo uno o algunos pocos han quebrantado la ley? Por todas partes como a una señal convenida se han precipitado a mezclar lo lícito y lo ilícito.

ni el huésped de su huésped a salvo
ni el suegro del yerno; entre hermanos también raro es el afecto.
Amenaza de muerte el esposo a su cónyuge, ella a su marido;
mortales acónitos maceran las temibles madrastras,
el hijo antes de tiempo hace cuentas sobre los años de su padre [24].

3 ¿Y qué alicuanta porción de crímenes es ésa? No ha descrito el campamento de una misma facción enemistado y las encontradas lealtades de padres e hijos [25], la llama prendida contra la patria por mano de ciudadano y los escuadrones de encanallados caballeros cerniéndose por doquier para descubrir los escondites de los proscritos y las fuentes contaminadas con tósigos y la calamidad labrada a pulso y la fosa trazada alrededor de los parientes aislados, los atestados calabozos y los incendios que queman ciudades enteras y las tiranías funestas y las tramas ocultas contra los reinos y de desastres generales y por un timbre son tenidas cosas que siempre y cuando puedan ser reprimidas son crímenes, raptos y estupros y ni siquiera la boca se priva de la pasión. 4 Agrega ahora los perjurios públicos de las gentes y los pactos rotos y todo lo que no ofrece resistencia arrancado como presa del más fuerte, engaños, hurtos, fraudes, denegaciones de depósitos para todo lo cual no dan abasto los tres foros correspondientes. Si quieres que tantas veces se aíre el sabio

---

[24] Ovidio, *Metamorfosis,* I, 144 y ss. Citado también en *De beneficiis,* V, XV, 3. Las ideas reaparecen en cierto grado en III, XXIII, 1.

[25] Conocido es entre los romanos el miedo y el horror experimentados a causa de la guerra civil. *Hoc patriai tempore iniquo* dice Lucrecio en *De rerum natura,* I, 41. Cicerón y Tácito también han quedado estremecidos por el sangriento acontecimiento, que atenta contra la concepción tan romana de la «civitas».

cuantas la iniquidad de los crímenes lo exige, no tendría que encolerizarse él, sino delirar.

X. 1 Con mejor acuerdo pensarás lo siguiente: que no hay que encolerizarse ante los yerros. ¿Pues qué, si alguien se enfada con los que en la obscuridad dan poco seguros sus pasos? ¿Y qué, si alguien con los sordos que no oyen sus órdenes? ¿Y qué si con los niños, porque, apartada la vista de sus deberes, miran hacia los juegos y los entretenimientos intranscendentes de los de su edad? ¿Y qué, si quieres enojarte contra aquéllos, porque tienen achaques, chochean, se cansan? Entre otros contratiempos de la humanidad está también éste, el obnubilamiento de las inteligencias y no sólo la fatalidad de equivocarse sino la querencia del yerro. 2 Para que no te encolerices con cada uno, a todos hay que disculpar [26]; al género humano hay que otorgarle el perdón. Si te encolerizas contra los jóvenes y contra los ancianos porque yerran, encolerízate con los niños: ellos van a cometer faltas. ¿Quién, por ventura, se enfada con los niños, cuya edad aún no les ha enseñado el discernimiento de las cosas [27]? Es una mayor y más justa excusa ser hombre que ser niño. 3 Con esta condición hemos nacido, somos criaturas víctimas de no menos enfermedades del espíritu que del cuerpo, ciertamente ni obtusos ni tardos, pero que usamos mal de nuestra perspicacia, siendo unos para con otros ejemplo de defectos: todo

---

26 Noción del perdón, pero no por otra razón que la de la protección y salvaguardia de la «apatía»; por tanto, es muy considerable la distancia entre este perdón, nacido de la superioridad del sabio ante la sensación de atropello, idea tan frecuente en la literatura senequiana, y el perdón, predicado por Jesús, que en ningún caso descarta el sufrimiento recibido. Aquél parece concedido en última instancia por una razón *egoísta* (entiéndase el término, cf. cap. XXXIV); para el efecto saludable del perdón, cf. *De clementia,* I, II, 1. Motivos de perdón han aparecido ya en II, XXX.

27 Cf. más adelante, II, XXX, 1. También *De clementia,* I, I, 4.

el que sigue a los que van delante, habiendo éstos tomado equivocadamente el camino, por qué no va a tener excusa, una vez que se extravía en la dirección de todos. 4 Contra soldados aislados la inflexibilidad de un general se descarga, pero forzoso es el indulto cuando un ejército entero ha desertado. ¿Qué elimina la cólera del sabio? La turbamulta de los que yerran: reconoce cuán injusto y arriesgado es encolerizarse contra un defecto generalizado. 5 Heráclito [28] todas las veces que salía de paseo y cerca de él veía a tantos que malvivían (mejor, malmorían) lloraba, se compadecía de todos los que alborozados y felices se le cruzaban, a causa de su bondadoso temperamento, pero en exceso frágil: también su propia persona estaba entre los dignos de lástima. Demócrito, en cambio, cuentan que nunca estuvo en público sin sonreír; hasta tal punto que nada le parecía serio de estas cosas que con seriedad se hacen. ¿Por ventura, ahí hay un sitio para la cólera, donde todo o hay que reírlo o hay que llorarlo? 6 No se enojará el sabio contra los que delinquen: ¿por qué? Porque sabe que nadie nace sabio, sino que se hace, sabe que muy pocos en toda la historia acaban siendo sabios [29], ya que tiene en su perspectiva la condición de la existencia humana; nadie; por tanto, en su juicio, contra la naturaleza se irrita. ¿Pues qué, si quisiera sorprenderse de que de las zarzas silvestres no pendan frutos? ¿Y qué si se sorprendiera de que los espinos y los abrojos no estén colmados por algún producto útil? Nadie se aíra, cuando

---

[28] Heráclito y Demócrito, dos célebres filósofos que aparecen aquí como testimonios de una postura vital. Los dos vuelven a ser emparejados en *De tranquillitate animi,* XV, 2, con una innegable preferencia hacia Demócrito que ya es muy ponderado en este mismo Diálogo, cf. III, VI, 3, pasaje éste que debe ser contrastado con *De tranquillitate animi,* XIII, 1.

[29] Ideal de la sabiduría estoica que es, en el fondo, un ideal inalcanzable. La imperturbabilidad del sabio en *De constantia sapientis,* III, 4, y *De beneficiis,* II, XXXV, 2. Para la idea de injuria, cf. *De constantia sapientis,* V, 1.

la naturaleza vindica el defecto[30]. 7 Así pues, sereno y ecuánime ante los yerros el sabio, nunca enemigo sino reformador de los que delinquen, procede todos los días de acuerdo con esta predisposición: «muchos se me cruzarán, entregados a la bebida, muchos lujuriosos, muchos desagradecidos, muchos avarientos, muchos agitados por las furias de la ambición». Todas esas cosas tan solícito las mirará como a sus enfermos el médico[31]. 8 ¿Acaso aquel cuyo barco traga mucha agua al ceder por todas partes el ensamblaje, con los marineros y el propio barco se enfada? Antes bien, se apresta y una ola achica, otra vacía, los orificios visibles los tapona y gracias a su continuado esfuerzo hace frente a los que están ocultos y, por inadvertidos, van anegando la sentina y no ceja por la siguiente razón: porque cuanto ha desalojado, reaparece bajo sus pies. De una paciente contribución es menester contra los males empedernidos y prolíficos[32], no para que cejen, sino para que no prevalezcan.

XI. 1 Util es, dice, la cólera, porque aleja el menosprecio, porque espanta a los malos.— En primer lugar, la cólera, si en la medida en que amaga, prevalece, por esto mismo de que es terrible, es también odiosa; más peligroso es, ciertamente, el ser temido que el ser despreciado[33]. Mas si está sin fuerzas, más expuesta queda al desprecio y no escapa al escarnio; ¿pues qué cosa hay más gélida que un arrebato que se atropella hacia el vacío? 2 En segundo lugar, no por esto

---

30 Afirmación peligrosa para la ortodoxia estoica, a no ser que se permita una significación de «naturaleza» más próxima a lo que hoy entendemos.

31 Ya se ha hecho una serie de alusiones a la medicina como desdoblamiento, por vía de ejemplo, de la filosofía.

32 Recuérdese lo afirmado de la ira como mal múltiple en I, IV, 3.

33 Parece apoyarse en lo dicho sobre la fiebre. De otra parte, si el tirano ha sido asociado con los criminales, la culminación del absurdo estaría aquí. Para la relación ira y temor, cf. *Consolatio ad Polybium,* IX, 4.

ciertas cosas, supuesto que son más terribles, son mejores y no quisiera se apostillara del sabio lo que sigue: «El arma que es de la fiera, es también la del sabio, el ser temido»[34]. ¿Y qué? ¿No se temen las calenturas, la gota, una nociva ulceración? ¿Acaso, en verdad, hay algo bueno en esas cosas? Más bien al contrario, son cosas repudiadas y feas y humillantes y por eso mismo temidas. Así la ira por ella misma es amorfa y en absoluto temible, pero es recelada por muchos igual que una desfigurada careta por los niños[35].
3 ¿Y qué razón hay para que siempre en sus causantes repercuta el temor y nadie es temido, estando él tranquilo? Véngasete en este punto aquel verso de Laberio[36], que recitado en plena guerra civil en el teatro atrajo sobre él a todo el público no de otra manera que como si hubiese sido manifestada la expresión del sentir general:

Forzoso es que a muchos tema al que muchos temen.

4 Así la naturaleza ha establecido que todo lo que es importante gracias al miedo ajeno, del suyo no quede exento. ¡De los leones cuán asustadizos son los corazones ante los más leves ruidos! A las fieras más atroces una sombra, una voz, una emanación desacostumbrada las desasosiega: todo lo que atemoriza, tiembla a su vez. No hay, en consecuencia, motivo por el que desee sabio ninguno ser temido y tampoco por esto reputa la ira como algo magnífico, porque llama al miedo, ya que, a decir verdad, también cosas muy despreciables son objeto de temor como los tósigos,

---

[34] Variación sobre el verso de Accio, mencionado al final del libro primero. Cf. de nuevo *De clementia,* I, XII, 4, y II, II, 2.

[35] De lejos el símil ya aludido de Lucrecio. Para Séneca, cf. *De constantia sapientis,* V, 2, para el tema en general, *ibid.,* XII, 2.

[36] Laberio es un autor de mimos que murió en el año 43 antes de Cristo. Hasta cierto punto esta cita puede considerarse doblete del verso de Accio. Temas muy cercanos en *De clementia,* por descontado.

las osamentas pestilentes y las dentelladas. 5 Y no es sorprendente, dado que a inmensas manadas de animales, una cinta provista de plumas (por su efecto llamada espantajo) las paraliza y encamina hacia trampas: a los necios, en efecto, las necedades causan espanto. El movimiento de un carricoche y el aspecto de sus ruedas girando mete a los leones en la jaula, a los elefantes un gruñido de cerdo los amedranta. 6 De esta manera, pues, la cólera es objeto de temor como una sombra por los niños, por los animales una pluma escarlata. No, ella en ella misma nada tiene firme o recio, pero a los caracteres pusilánimes los convulsiona.

XII. 1 La maldad, asevera, hay que suprimirla del conjunto de la naturaleza, si deseas eliminar la cólera; ninguna de las dos cosas, empero, puede hacerse.— En primer lugar, puede alguien no sentir frío, aunque según el curso de la naturaleza sea invierno, y no asarse, aunque sean los meses estivales: o por la benignidad del lugar frente a la intemperie de la estación está protegido o el endurecimiento del cuerpo se sobrepone a la sensación de uno y otro. 2 En segundo lugar, dale la vuelta: preciso es que extirpes del alma la virtud antes de acoger la iracundia, ya que con las virtudes los vicios no caminan y nadie puede ser al mismo tiempo irascible y hombre de bien [37], no más que enfermo y sano. 3 No puede, afirma, ser extirpada del alma toda la ira ni esto la naturaleza del hombre lo consiente.— Más incluso, nada hay tan difícil y arduo que el espíritu humano no lo supere y en cotidianidad lo convierta una asidua práctica, y en nadie son tan salvajes y de propio fuero sus pasiones que a base de disciplina no puedan ser domeñadas. 4 Cualquiera cosa que a sí se haya impuesto el espíritu, lo obtiene: algunos el no reírse jamás han conseguido, ciertos individuos han vedado a sus cuerpos el vino, otros el

[37] Recuérdese la polémica nacida con Tito Livio al cierre del primer libro de este mismo tratado. Respecto de la incompatibilidad vicio-virtud, cf. también *De constantia sapientis,* I, 8.

amor, otros cualquier licor; otro satisfecho con un corto sueño prolongó indesmayable su vigilia, han aprendido a correr por sobre delgadísimas y empinadas cuerdas y a cargar enormes fardos y apenas soportables por las fuerzas de un hombre, y a sumergirse a gran profundidad y sin oportunidad alguna de respirar, aguantan los embates: 5 mil otras cosas hay en las que la constancia sobrepasa toda dificultad y demuestra que nada es imposible de aquello que el espíritu mismo se recomienda la tenacidad. Para esos que poco antes he consignado, o nula ha sido la recompensa por tan porfiado esfuerzo o en absoluto proporcionada (¿pues qué magnífica cosa alcanza el que se ha entrenado en marchar por empinados cables, quien en cargar sus espaldas con un enorme fardo, quien en no cerrar al sueño sus ojos, quien en bajar hasta el fondo del mar?) y, con todo, a la culminación de su empresa, a trueque de una recompensa no generosa, llega su esfuerzo; 6 ¿no vamos a recurrir al tesón nosotros, a quienes tamaña recompensa aguarda, la inconmovible serenidad de un alma dichosa [38]? ¡Cuán grande cosa es rehuir el mayor de los males, la cólera y con ella la rabia, la saña, la crueldad, el furor, los otros comparsas de esta pasión!

XIII. 1 No hay razón para que no busquemos una defensa y un privilegio excusado, afirmando o que ello es útil o inevitable; ¿pues a fin de cuentas a qué vicio le faltó abogado? No hay motivo para que digas que no puede ser extirpado: de males curables enfermamos y la propia naturaleza a nosotros, engendrados para la rectitud [39], si queremos enmendarnos, nos ayuda. Y no es, como a algunos ha parecido, escarpado y dificultoso el camino hacia las virtudes: en el llano se las aborda [40]. 2 No vengo ante vosotros adalid de

[38] La «apatía» ideal y norma de los estoicos.

[39] Recuérdese lo dicho ya en I, V, 5.

[40] Otra imagen para expresar lo mismo en *De constantia sapientis,* I, 2, que resulta casi la contraria en el plano formal.

una ilusoria realidad. Expedito está el sendero hacia una existencia dichosa: emprendedlo tan sólo bajo buenos auspicios y con los propios dioses mediando propiciamente. Mucho más difícil es hacer esas cosas que hacéis [41]. ¿Qué hay más descansado que la quietud de alma, qué más extenuante que la ira? ¿Qué más reposado que la clemencia, qué más ajetreado que la crueldad? Huelga la pureza, la lujuria está afanadísima. Como colofón, de todas las virtudes la tutela es fácil, los vicios a un gran precio se sostienen. 3 Debe la ira ser eliminada (esto en parte lo confiesan también quienes aseguran que debe ser aminorada): expúlsesela toda, en nada va a aprovechar. Sin ella con más facilidad y en más derechura se van a suprimir los delitos, los malvados serán castigados y llevados hacia una conducta mejor. Todo lo que debe el sabio sin el concurso de un mal medio lo hará y nada agregará cuya medida vea con cierta desconfianza.

XIV. 1 Nunca pues la ira ha de ser consentida, alguna vez simulada, si tienen que ser sacudidos los ánimos reacios de los oyentes, al igual que los caballos que se lanzan remolonamente a la carrera, con látigos y las espuelas clavadas los azuzamos. En algunos momentos hay que infundir el miedo en aquellos en quienes no sirve un razonamiento: airarse, ciertamente, no es más ventajoso que el apenarse, que el temer. 2 ¿Y qué, pues? ¿No sobrevienen motivos que desazonan la cólera? Pero, precisamente, entonces, hay que echarle el alto. Y no es difícil vencer el temperamento, dado que los atletas también [42] ocupados en el componente inferior de ellos mismos, sin embargo soportan contusiones y dolores a fin de gastar las fuerzas del contrincante y no golpean cuando la ira les incita,

---

41 Rentabilidad didáctica de las contraposiciones. Nótese la tensión «ira» ≠ «clemencia».

42 También hay un elogio de los atletas en *De providentia,* II, 3, y en *Epist. ad Lucil.,* LXXVIII, 16. Para el componente inferior, cf. *ibid.,* LXV, 21 y 22.

sino según la oportunidad. 3 Pirro, el más grande entrenador de palestra gímnica, solía, cuentan, recomendar a aquellos a los que preparaba, que no se enojasen; la ira, en efecto, desbarata la técnica y tan sólo mira por dónde puede causar daño. Normalmente, a decir verdad, la razón persuade a la paciencia, la cólera a la venganza y los que pudimos desembarazarnos de unos males elementales, en otros mayores caemos. 4 A algunos la ofensa de una sola palabra no serenamente conllevada los lanzó al destierro y quienes no habían querido sobrellevar en silencio una afrenta leve, fueron abrumados por males onerosísimos y los que se indignaron porque algo les fuera mermado de su muy absoluta libertad, atrajeron sobre sí el yugo de la servidumbre [43].

XV. 1 Para que sepas, dice, que la ira encierra en ella algo de noble, verás libres los pueblos que son sumamente coléricos, como los Germanos y los Escitas.— Y esto sucede, porque sus temperamentos son fuertes y enteros por naturaleza, antes de ser suavizados por la disciplina son proclives al arrebato. Algunas cosas, en efecto, no nacen sino en las mejores naturalezas, al igual que los arbustos recios y lozanos los cría la tierra, aunque baldía, y enhiesto es un boscaje en suelo feraz; 2 así pues, también los temperamentos recios por naturaleza arrostran cólera y nada tenue o débil acogen los fogosos y ardorosos, pero en ellos es deficiente su vigor, como en todas las cosas que sin una preceptiva, tan sólo por la generosidad de la naturaleza, nacen, pero si no son domeñadas pronto las que eran adecuadas para la reciedumbre, se avezan a la osadía y a la temeridad. 3 ¿Y qué? ¿Con los caracteres más bondadosos no están compaginados los defectos más livianos, como la conmiseración [44] y el amor y

[43] Eficacia de la ironía y de la reducción al absurdo en beneficio de la tesis defendida.

[44] Llama la atención que *misericordia,* traducido aquí por «conmiseración» y que en el *De clementia* se contrapone a la virtud

la vergüenza? Asi pues, te mostraré su buena condición por lo general pese, desde luego, a sus defectos; mas no por ello son vicios, aunque sean indicios de una mejor naturaleza. 4 Luego, todas esas gentes libres gracias a su fiereza, conforme al oficio de leones y lobos, al igual que no pueden servir, de idéntica forma tampoco mandar; no tienen, efectivamente, la energía de un talante propio del hombre, sino del fiero e intratable; nadie, por tanto, puede gobernar a no ser quien puede, a su vez, ser gobernado. 5 Prácticamente, es cierto, los imperios han estado en las manos de los pueblos que disfrutan de un clima más benigno. En los que están orientados a los fríos y al norte los temperamentos son indomables, como dice el poeta.

del todo similares a su atmósfera [45].

XVI. 1 Son considerados, afirma, los animales más nobles aquéllos en los que mora considerable irritación.— Yerra quien aduce como ejemplos para el hombre a estos seres en los que el instinto está en lugar de la razón: en el hombre en vez de instinto hay raciocinio [46]. Pero ni siquiera a todos aquellos les aprovecha lo mismo: la irritabilidad ayuda a los leones, el espanto a los ciervos, al gavilán la vertiginosidad, a la paloma la desbandada. 2 ¿Qué motivo hay para que ni siquiera sea verdadero el que los más excelentes animales sean

---

estudiada, deje de tener este significado de menoscabo en la *Consolatio ad Polybium,* en especial cf. XIII, 3. ¿La ortodoxia especulativa cede ante lo irreversible de la experiencia dolorosa personal? En este libro para la misericordia y su vinculación con la ira, cf. I, XVII, 4. Una consideración más favorable en *De beneficiis,* V, II, 3.

[45] Los comentaristas piensan en Pedón Albinovano como autor de este verso. Para la idea del regirse, cf. *De beneficiis,* V, VII, 5.

[46] Ponderación de cuño estoico. Con todo, no resulta muy feliz entonces el uso del símil en el libro primero. Para otras diferencias entre el hombre y el animal, véase *De beneficiis,* II, XXIX, 1. Chocante con este pasaje resulta III, XXX, 1 de este tratado, *De ira.*

los más levantiscos? Reputaría a las alimañas, cuyo alimento procede de la rapiña, mejores cuanto más irritadas; alabaría la docilidad de los bueyes y la de los caballos obedientes a sus bocados. ¿Qué motivo hay, empero, para que al hombre lo remitas a tan desafortunados ejemplos, cuando tienes el mundo y Dios, al Cual de entre todas las criaturas él sólo lo conoce, de suerte que él sólo imita? [47] 3 Los más espontáneos de todos, afirma, son reputados de ser iracundos. En efecto, con los enredadores y los taimados se les compara y parecen llanos, porque quedan al descubierto. A éstos, ciertamente, no los consideraría espontáneos, sino incautos. A los necios, a los salaces y a los derrochadores les damos esta denominación y a todos los vicios poco arteros.

XVII. 1 Un orador, asevera, airado en ocasiones resulta mejor. Más bien remedando al airado; pues también los actores al declamar impresionan al público; no estando airados ellos, pero interpretando cabalmente al colérico; y, ciertamente, ante los jueces y en la asamblea y donde quiera que las simpatías ajenas deben ser atraídas hacia nuestro parecer, para infundir en los demás ora cólera, ora miedo, ora piedad, nosotros mismos lo simularemos y muchas veces lo que unos auténticos sentimientos no hubieran logrado, lo alcanza el remedo de esos sentimientos [48].— Lánguido, dice, es el ánimo que carece de ira. 2 Verdad es, si nada posee más recio que la cólera. No es bueno ni ser ladrón ni víctima, ni compasivo ni cruel: de aquél es demasiado débil su alma, de éste demasiado dura; templado sea el sabio y a la hora de realizar con total entereza sus tareas aplique no la cólera sino la energía.

---

[47] Tema ya mentado de la «imitatio Dei», tan importante para los estoicos que es expresión del vivir conforme a naturaleza; para esto cf. *De Beneficiis,* III, XV, 4, y IV, XXV, *1.*

[48] Ya desde Lisias son conocidas las tretas de los abogados. Y sin embargo todo esto podría entrar en colisión con lo dicho sobre el abuso de la retórica en II, XVII, 22.

XVIII. Ya que las cosas que acerca de la ira se cuestionan, las hemos tratado, vengamos a sus remedios. En verdad, son dos, según creo: que no caigamos en cólera y que no delincamos durante el arrebato. Como en el cuidado del cuerpo, unas son las indicaciones para velar por la salud, otras para restablecerla, así de una forma, debemos rechazar la cólera, de otra distinta, someterla. Para que la evitemos, se recomendarán algunos medios pertinentes a la vida en general: éstas se reparten entre la educación y las etapas subsiguientes.

2 La educación [49] requiere la máxima diligencia, la cual ha de aprovechar muchísimo, fácil es, efectivamente, ajustar los espíritus todavía tiernos, con dificultad se cercenan los defectos que han crecido con nosotros.

XIX. 1 Muy predispuesta a la iracundia es la naturaleza de un alma fogosa. Pues, dado que los elementos son cuatro [50], las propiedades del fuego, del agua, del aire y de la tierra, son parejas con ello: lo cálido, lo frío, lo seco, lo húmedo: y así las variedades de lugares, de animales, de complexiones, de costumbres las produce la combinación de estos elementos y, de ahí, en alguno cargan más los temperamentos en la medida en que el mayor efecto de un elemento haya sobreabundado. Por ende, las regiones las calificamos de húmedas y secas, cálidas y frías. 2 Estas mismas diferencias las hay en animales y hombres: cuenta cuánta humedad o calor cada uno posea en sí; y del elemento cuya porción en él se imponga, derivarán, en consecuencia, sus hábitos. A los irascibles los forjará la naturaleza ardorosa de su espíritu: en efecto, activo y rebelde es el fuego; la mezcla con lo frío produce los tímidos: en efecto, álgido y encogido es el frío.

---

[49] Importante apartado dedicado al aspecto de la educación que ya había sido apuntado.

[50] Cuestión ésta muy debatida desde antiguo. Para la escuela rival, los epicúreos, cf. *De rerum natura,* III, 258 y ss.

3 Ciertamente quieren algunos de los nuestros que la ira se desencadene dentro del pecho, al hervir en derredor del corazón la sangre; la causa de que, precisamente, se asigne a la cólera esta ubicación no es otra que lo más caliente que hay en todo el cuerpo humano es el pecho. 4 Y en quienes hay más elemento húmedo, su ira crece paulatinamente, porque en ellos no hay calor disponible sino que con la conmoción se va adquiriendo: en consecuencia, de los niños y de las mujeres las rabietas son más estridentes que importantes y más livianas cuando despuntan. En las edades secas, vehemente y enhiesta es la cólera, mas sin escalada, ni acreciéndose mucho ya que, al ceder el calor, lo sigue el frío: los ancianos son difíciles y quejumbrosos como los tullidos y los convalecientes y a quienes o por debilidad o pérdida de sangre, se les ha agotado el calor; 5 en idéntica circunstancia están los desesperados por la sed y el hambre y quienes tienen el cuerpo exangüe y se alimenta mal y desfallece. El vino enciende arrebatos, supuesto que aumenta el calor; según la naturaleza de cada uno, algunos se enardecen, borrachos; otros, heridos. Y no hay ningún otro motivo para que los más irascibles sean los pelirrojos y los royos, en los cuales, por naturaleza, su color es el mismo que en los demás suele darse durante el arrebato; en efecto, su sangre es fluida y agitada.

XX. 1 Pero como la naturaleza a algunos los hace proclives al enojo, así sobrevienen muchas causas que pueden lo mismo que la naturaleza; a unos la enfermedad o el malestar del cuerpo los arrastra a esto, a otros el cansancio o una continua vela y las noches intranquilas y las añoranzas y los amores; toda otra cosa que daña bien al cuerpo, bien al alma, una mente afectada la dispone a las protestas. 2 Pero *todo esto* es barrunto y pretexto; muchísimo alcanza el hábito, que si está arraigado, fomenta el vicio. Modificar la naturaleza ciertamente es difícil y no es factible tras-

tocar los elementos ya combinados en las criaturas, mas al respecto beneficia el saber que a los temperamentos fogosos tienes que retirarles el vino, el cual Platón piensa que no ha de darse a los niños y prohíbe se avive el fuego con el fuego. Ni tampoco deben ser atiborrados de comida; pues hínchanse sus cuerpos y sus almas, a la par que el cuerpo, empiezan a embotarse. 3 Que la tarea los canse sin llegar al agotamiento, a fin de que se mengüe, no que se consuma su calor y su excesivo ardor despume. Los entretenimientos también aprovecharán; efectivamente, un solaz comedido relaja y templa los ánimos. 4 En los que son más húmedos y más secos y en los fríos no hay peligro de su ira, pero son más de temer sus más grandes defectos: el pavor, la intratabilidad, la desesperación y las suspicacias[51]. Así pues, hay que calmar, alentar e invitar a la alegría a tales temperamentos. Y, dado que hay que usar de unos remedios contra la cólera, de otros frente al desánimo y que no sólo hay que sanar con procedimientos distintos esas cosas, sino opuestos, siempre atajaremos aquél que se haya desarrollado

XXI. 1 Muy mucho, afirmo, aprovechará que los niños sean instruidos sanamente desde el principio; a decir verdad, arduo es su gobierno, puesto que debemos aplicar nuestro esfuerzo para no alimentar en ellos la cólera o para no reprimir su carácter. 2 De escrupulosa atención precisa el asunto, pues ambas cosas, la que debe ser extirpada y la que debe ser rebajada,

---

[51] Una cosa parece ser el plano general, donde la ira es el peor mal, por cuanto se opone a la «apatía» y otra cosa son las graves desviaciones de los individuos concretos. No obstante, aunque no se roce la ortodoxia la disquisición anda en precario. Por poner otro ejemplo de contradicción, véase que a lo afirmado acerca de la carencia de deseo de los dioses de perjudicarnos, a la aseveración de que perdemos el tiempo si pedimos a los dioses el castigo del semejante, se opone, por muy familiar que fuese, la imprecación, *los dioses lo malogren,* que se le escapa a Séneca, como recordará el lector, al final del libro primero y en III, XIV, 3. Para la suspicacia véase también II, XXIV, 1.

de elementos muy semejantes se alimentan, fácilmente, empero, las cosas semejantes engañan incluso al que está pendiente. 3 Se acrecerá con la libertad el espíritu, con la servidumbre se apoca; se alza si es encomiado y es encaminado hacia una buena expectativa acerca de sí, pero estas mismas cosas la insolencia y la iracundia engendran; así pues, entre medias de ambas cosas hay que conducirse de modo que unas veces nos valgamos de los frenos, otras, de los acicates [52]. 4 Que nada humillante, que nada servil sufra; nunca le sea preciso rogar suplicante ni obtenga beneficio por haber pedido, más bien se le condone en atención a sus motivos, a sus comportamientos precedentes y a sus buenos compromisos para el futuro. 5 En las lizas con sus iguales no consintamos que sea vencido él ni que se aíre; apliquemos nuestro esfuerzo para que sea compañero de aquellos con los que suele contender [53], para que se avece en la lid y a no querer causar daño sino ganar; cuantas veces haya vencido y haya hecho algo digno de encomio, no consintamos se afane por ser ensalzado: pues a la complacencia sigue la exaltación, a la exaltación el engreimiento y el excesivo pago de sí [54]. 6 Le ofreceremos algún recreo, pero no lo corroeremos en la desidia y en la ociosidad y lo mantendremos lejos del contacto con los placeres; pues nada convierte más en iracundos que una educación muelle y condescendiente: por esto, cuanto más se consiente a los hijos únicos y más se permite a los huérfanos, más degenerado es su espíritu. No resistirá los contratiempos aquél a quien jamás nada se le ha negado, cuyas lágrimas siempre solícita su madre ha enjugado, a quien por encima de su maestro se le ha complaci-

---

[52] Cf. *De vita beata,* XXV, 5.

[53] Contraste con las escuelas de gladiadores, mencionadas en VIII, 2, unas líneas más arriba.

[54] Nótese lo dicho acerca del pago en sí en II, XXXI, y también *De beneficiis,* II, XXVI, 1, en sentido desfavorable. También II, XXI, de este Diálogo. Nótese cómo en II, XXXI, el tema del pago de sí se subraya con el del rey.

do. 7 ¿No ves cómo a una fortuna mayor, una mayor cólera acompaña? En los ricos y en los nobles y en los magistrados sobremanera asoma, cuando todo lo que era superficial y fatuo en el alma, lo henche una brisa propicia. La prosperidad nutre la cólera, cuando los oídos soberbios los asedia la turbamulta de los aduladores: «¿En efecto, te va él a contestar? No te mides de acuerdo con tu nivel; tú mismo te rebajas.» Y otras cosas a las que dificultosamente unos espíritus sanos y bien cimentados desde un principio resisten. 8 Lejos, consecuentemente, del halago hay que situar a la infancia: que escuche la verdad. Y que pase miedo en ocasiones, respete siempre, ante los mayores se ponga de pie. Nada por medio de la cólera impetre: lo que, llorando, le ha sido rehusado, tranquilizado, désele. Y las riquezas de sus padres las tenga a la vista, no en disfrute. Repróchesele lo mal hecho. 9 Tendrá que ver con este asunto el que se le faciliten a los niños preceptores y ayos afables: a lo que está próximo se arrima todo lo que es tierno y en la imitación de ello crece: los hábitos de sus preceptores y ayos más tarde, en su adolescencia, los reflejan. 10 Un muchacho, educado con Platón, devuelto a sus progenitores, al ver a su padre dando voces, dijo: «Nunca esto lo he visto en Platón.» No dudo que imitará más a prisa a su padre que a Platón. 11 Ante todo sea frugal su alimentación y no lujosa su ropa y su arreglo parejo al de sus compañeros: no se encolerizará porque alguien sea comparado con él, aquél al que, desde un principio, lo has hecho igual a muchos.

XXII. 1 Pero estas cosas afectan a nuestros hijos: en nosotros, a decir verdad, la condición de nuestro nacimiento y la educación no guardan lugar ya ni para el vicio ni para la recomendación: sus consecuencias es lo que hay que ordenar. 2 Así pues, contra las primeras causas debemos luchar: empero, la causa de la cólera es la suposición de un atropello, a la cual no debe dársele crédito fácilmente. Ni siquiera hay

que asentir inmediatamente a lo meridiano y manifiesto; en efecto, algunas mentiras tienen apariencia de verdad. 3 Hay que dar siempre un plazo: los días esclarecen la verdad. No sean los oídos fáciles a los que recriminan: este defecto de la condición humana séanos sospechoso y notorio, por cuanto que lo que oímos a pesar nuestro, gustosamente lo creemos y antes de ponderarlo, nos enfadamos. 4 ¿Y qué motivo hay para que no sólo de acusaciones, sino también de sospechas nos dejemos llevar y por la expresión y la sonrisa ajenas interpretando lo peor, nos encorajinemos con personas inocentes? Asi pues, hay que litigar contra sí mismo la causa del ausente y mantener en suspenso la cólera; en efecto, un castigo aplazado puede ser demandado, una vez infligido no puede ser revocado.

XXIII. 1 Famoso es aquel tiranicida, que, detenido, inconclusa su misión, y torturado por Hipias, para que delatara a sus cómplices, nombró a los amigos presentes del tirano y aquéllos para quienes la vida de éste sabía era especialmente querida, y como él hubiese ordenado matar a todos y cada uno, según iban siendo nombrados, le preguntó si quedaba alguien. «Tú sólo», dijo, «efectivamente, a ningún otro, para quien seas querido, te he dejado». La ira hizo que el tirano prestara las manos al tiranicida y con su propia guardia eliminase con su misma espada. 2 ¡Con cuánto más coraje Alejandro! [55] Quien como hubiese leído una carta de su madre en la que le avisaba se precaviera del tósigo de su médico Filipo, servido el brebaje, lo apuró sin vacilar: se fió de su amigo. 3 Digno fue de tener un amigo inocente, digno de patentizarlo. Esto tanto más lo alabo en Alejandro, ya que nadie hubo tan propenso a la ira; ciertamente, cuanto más rara es la mo-

[55] Cf. Valerio Máximo, III, 8, ext. 6. Nótese el papel traidor del médico. Para la calificación moral del hecho contrástese con el pasaje de *De constantia sapientis,* referido más abajo en nota 65.

deración en los reyes [56], tanto más debe ser encomiada. Hizo esto también C. César [57], aquel que usó clementísimamente de su victoria intestina: una vez que incautó los secreteres de las cartas remitidas a Cneo Pompeyo por quienes aparecían haber militado en las facciones rivales o neutrales, los quemó. Si bien solía airarse con moderación, prefirió, con todo, no poder hacerlo; reputó la más graciosa clase de perdón el no saber en qué había faltado cada uno.

XXIV. 1 Muchísimo perjuicio acarrea la credulidad. Muchas veces ni siquiera hay que escuchar, puesto que en algunos asuntos es mejor ser engañado que desconfiar [58]. Hay que erradicar del espíritu la suspicacia y la suposición, desazones sumamente falaces: «Aquél me ha saludado poco cortésmente, aquél no correspondió a mi beso; aquél ha cortado bruscamente la conversación esbozada, aquél a su cena no me ha invitado; de aquél su expresión me ha parecido un tanto esquiva.» 2 No le va a faltar a la suspicacia justificación: de la sencillez es menester y de un bondadoso juicio acerca de las cosas. Nada, si no es lo que ocurre delante de nuestros ojos y sea meridiano, creamos y cuantas veces se haya mostrado infundada nuestra sospecha, censurémonos la credulidad, pues esta reconvención forjará el hábito de no prestar fácilmente crédito.

XXV. 1 De aquí deriva también lo siguiente, que no nos desazonemos por asuntos nimios y mezquinos. Poco diligente es el esclavo o lo suficientemente fresca el agua en el momento de beberla, o está revuelto el lecho o la mesa servida con cierto abandono: excitarse por esas cosas es insensatez. Achacoso y de mala

---

[56] Rebajamiento de la ecuación, ira = rey en favor de la de clemencia = rey.

[57] Por ejemplo, Cicerón en *Pro Archia poeta*.

[58] Recuerda el socrático, mejor es ser víctima de injusticia que ser injusto. De otra parte, de nuevo el tema de los motivos vacuos que Séneca gusta de repetir.

salud es aquel al que un aire suave lo dobla, de vista enferma a los que un vestido muy blanco molesta, degenerado por los placeres aquel cuyo lomo se resiente por el trabajo de los demás. 2 Dicen, existió un tal Mindirides, de la ciudad de Síbaris, quien, como hubiese visto a uno cavar y alzar muy alto su pico quejándose por haberlo cansado, le prohibió realizar la faena en su presencia; con excesiva frecuencia se lamentó de que se le revolvían las bilis, porque había reposado sobre pétalos de rosa doblados. 3 Cuando el alma y simultáneamente el cuerpo los placeres han corrompido, nada parece soportable, no porque sea duro, sino porque un muelle lo aguanta. ¿Pues qué motivo hay para que la tos de un individuo o un estornudo o la mosca espantada con poco cuidado nos arrastren a la cólera o un perro encarado o una llave resbalada entre las manos del negligente criado? ¿Soportará serenamente la ofensa de un paisano o los improperios acumulados en la asamblea o en la curia ése, cuyos oídos el ruido de un escaño arrastrado molesta? ¿Tolerará el hambre y la sed de una etapa estival éste que se aíra con un esclavo, el cual torpemente disuelve un sorbete? Así pues, ninguna cosa nutre más la ira que un desenfreno intemperante e impaciente: duramente ha de ser tratado el espíritu para que no acuse el golpe, salvo el contundente.

XXVI. 1 Nos irritamos o contra aquello de lo cual no hemos podido siquiera recibir ofensa o contra aquello de lo que hemos podido recibirla. 2 De los primeros, algunas cosas son inertes, como el libro que escrito en caracteres demasiado menudos habitualmente tiramos al suelo y rompemos el defectuoso, como las ropas que porque no nos sientan bien, hacemos jirones: airarse con estas cosas cuán necio es, las cuales nuestro enojo ni se lo han ganado ni lo experimentan. 3 —Pero nos ofenden, por descontado, quienes las han realizado.— En primer lugar, por regla general antes de precisar esto con nosotros mismos, estamos

enfadados. Luego, tal vez los propios artífices incluso alegarán excusas justificadas: uno no pudo hacerlo mejor de lo que lo hizo y no ha aprendido insuficientemente con vistas a tu ofensa; otro no obró en ello para ofenderte. Por último, ¿qué hay más insensato que la bilis acumulada contra los hombres vomitarla contra objetos? 4 Por supuesto, como es propio de un demente irritarse con cosas que carecen de alma, así contra los animales irracionales, que ninguna ofensa nos hacen ya que quererla no pueden [59]; no es, en efecto, ofensa, sino la derivada de un propósito; ciertamente pueden lastimarnos como el hierro o la piedra, ofensa, a decir verdad, no pueden causarla. 5 Desde luego, algunos se consideran menospreciados, cuando los mismos caballos son obedientes a un jinete, con otro tercos, como por si por una decisión, no por la rutina y el arte del adiestramiento ciertas cosas respecto de otras no quedarán más subordinadas. 6 Por supuesto como es necio airarse con estas cosas, así también con los niños y con los que no distan mucho del juicio de los niños; pues todas esas faltas ante un juez ecuánime, en vez de inocencia, han inadvertencia.

XXVII. 1 Ciertas cosas hay que no podrían lastimar y ningún poder, excepto el benéfico y saludable, poseen, como los dioses inmortales, que ni quieren ni se permiten afrentarnos [60]: en efecto, su naturaleza es bondadosa y apacible, tan remotamente alejada de la ofensa ajena como de la propia. Los insensatos, ciertamente, y los ignorantes de la verdad les imputan la furia del mar, las torrenciales lluvias, la dureza del invierno, siendo así que nada de estas cosas que nos dañan y benefician, propiamente están orientadas hacia nosotros. Efectivamente, nosotros no somos en el mundo el motivo de alternar invierno y estío: esas cosas tienen sus leyes, de acuerdo con las cuales los desig-

[59] Cf. I, III, 3, de este tratado.
[60] Cf. *De beneficiis,* III, XV, 4, y *Epist. ad Lucil.,* LXXIII, 12.

nios divinos se realizan. En demasiado nos consideramos, si merecedores nos parecemos de que por nosotros tamañas cosas se muevan. En una palabra, nada de estas cosas se produce para nuestro perjuicio, más bien al contrario, todo para nuestro bienestar [61]. 3 Ciertas realidades, hemos dicho, hay que no podrían perjudicarnos, algunas que no lo desearían. Entre éstas estarán los magistrados honestos y los progenitores y los preceptores y los jueces, cuya reconvención ha de ser recibida de la misma forma que el escalpelo y la dieta y las otras cosas que, para aprovechar, nos afligen. 4 Hemos sido sancionados con una pena: vengásenos no tanto lo que sufrimos, sino lo que hicimos, a una reflexión acerca de nuestra vida remitámonos [62]; si en realidad la verdad nosotros mismos nos quisiéramos decir, consignaríamos muchos más apercibimientos respecto de nuestro alegato.

XXVIII. 1 Si deseamos ser jueces equitativos en todos los asuntos, de esto lo primero persuadámonos, que nadie de nosotros está sin culpa; de aquí, efectivamente, la mayor indignación proviene: «Nada he hecho mal» y «nada he cometido». ¡Ciertamente, nada confiesas! Nos indignamos cuando castigados con alguna reconvención o reprimenda, siendo así que en ese mismo instante erramos, por cuanto agregamos a nuestros entuertos la arrogancia y la contumacia. 2 ¿Quién es ése que se confiesa respecto de todas las leyes inocente? Aunque esto fuera así, ¡cuán exigua es la inocencia de ser bueno según un código! [63] ¡Cuánto más extensa se abre la regla del deber que la del derecho! ¡Cuánto más exi-

---

[61] Por aquí la teleología llegará a unirse con la idea de providencia. Para la regulación de las estaciones, cf. *Epist. ad Lucil.,* LXXIII, 6; para precisiones sobre la providencia, véase *De beneficiis,* IV, V, 1.

[62] Anuncio del examen de conciencia que recoge luego en el libro tercero. De todos modos ya se ha hablado de la conciencia como medida de sí mismo.

[63] Tema de la insuficiencia de la norma legal para ser bueno.

gen la piedad, la humanidad, la generosidad, la justicia, la lealtad, todas las cuales van más allá de las codificaciones oficiales! 3 Mas tampoco a aquella estricta formulación de la inculpabilidad nosotros podemos arrimarnos: unas cosas hemos hecho, otras deseado, otras anhelado, otras alentado [64]; de algunas somos inocentes, porque nada resultó. 4 Pensando esto, seamos más ecuánimes con los que delinquen, fiémonos de los que nos riñen; en especial con las gentes de bien no nos encolericemos (¿contra quién no, efectivamente, si también contra los buenos?), en absoluto con los dioses; en efecto, no en virtud de una ley de ellos, sino de la finitud sufrimos todo contratiempo que nos asalta.— Pero sobrevienen enfermedades y sufrimientos.—Ciertamente, mediante algo tiene que quedar desocupado el ruinoso domicilio por parte de quienes les cupo en suerte. Se dirá, alguien ha hablado mal de ti: piensa si antes lo ha hecho tú, piensa de cuán incontables has comentado tú. 5 Pensemos, digo, que los otros no cometen atropello sino que lo devuelven, otros ignorándolo, incluso éstos que lo hacen con intención y a sabiendas, en nuestra ofensa no buscan propiamente la ofensa: o ha sucumbido en la seducción de una zalema o hizo tal cosa no para enfrentarse a nosotros, sino porque él no podría conseguirlo, a no ser que nos desbancase: normalmente la adulación, cuando halaga, ofende. 6 Cualquiera que examina consigo cuántas veces él ha venido en una falsa suspicacia, cuántas de sus muchas actuaciones el azar ha revestido con la apariencia de un atropello, a cuántos muchos, después de la ojeriza, ha empezado a estimar, podrá no irritarse al punto, sobre todo si, callado, se dice a sí mismo ante cada cosa por la que se siente incomodado: «Esto también lo he cometido yo.» 7 ¿Pero dónde encontrarás juez tan ecuánime? El que la esposa de los demás desea y reputa motivos de sobra

[64] Tema de la falta interior ya mencionada en el libro primero.

justificados de amarla el que es de otro, ése mismo quiere que a su mujer ni se la mire; y el más exigente solicitante de lealtad es un traidor y las mentiras las persigue el propio perjuro y que pleito contra él se mueva a regañadientes el calumniador lo soporta; que la virginidad de sus siervos sea atentada no lo quiere quien no ahorró la suya[65]. 8 Los defectos ajenos ante los ojos los tenemos, a las espaldas quedan los nuestros: de ahí proviene el que los prolongados banquetes del hijo un padre más degenerado que su vástago los censure y nada a la lujuria ajena excusa quien a la suya nada ha negado y contra el homicida el tirano se aíra y castiga los hurtos el profanador. Considerable es la parte de la humanidad que no con los yerros se enoja, sino con los que yerran. Nos hará más comedidos un examen de nosotros mismos, si nos consultamos: «¿acaso también nosotros mismos hemos cometido algo semejante? ¿acaso de esta forma hemos errado? ¿cuadra, por ventura, a nosotros el condenar esas cosas?».

XXIX. 1 El supremo remedio contra la cólera es la calma[66]. Exígele esto de ella desde el principio, no que perdone, sino que juzgue: posee unos primeros brotes impetuosos; cejará, si espera. Y no intentarás descuajarla toda ella: entera quedará vencida si la deshilachas por partes. 2 De estas cosas que nos ofenden, unas se nos comunican, otras en persona las escuchamos o las vemos. De las que nos han sido referidas, no debemos creerlas al punto: muchos mienten para engañar, muchos porque han sido engañados; uno mediante una acusación obtiene el favor y simula ofensa para aparentar estar dolido porque haya sido cometida:

---

[65] La hipocresía que alcanzará su punto máximo en XXIX, 2, de este libro. Ironías parecidas en *De clementia,* I, XXIII. Acerca de la idea de culpa en la mala acción que no llega al éxito, son interesantes las puntualizaciones de *De constantia sapientis,* VII, 4.

[66] En *De tranquillitate animi,* I, 3, habla de *mora* y *diuturnitas.*

existe también el tipo malintencionado y que querría arrumbar amistades sólidas; existe el caviloso y que desearía contemplar los juegos y desde lejos y a resguardo observaría a los que ha enfrentado. 3 Cuando vayas a fallar acerca de una minúscula suma: el hecho no te quedará probado sin testigo, el testimonio sin juramento no valdrá, a ambas partes concederás su alegato, le concederás su turno [67], no las oirás una vez; ciertamente más resplandecerá la verdad cuantas más veces llegue a tu alcance: ¿a un amigo lo condenas a las inmediatas? Antes de que escuches, antes de que preguntes, antes de que le sea factible conocer o al acusador o la imputación te encolerizas. ¿Ya, en efecto, ya lo que por ambas partes va a decirse, lo has oído? 4 Este mismo que lo denunció ante ti, declinará alegar, si tiene el deber de probar: dice: «no hay motivo para que me descubras; yo, una vez descubierto, negaré; además, nada jamás te voy a volver a decir». Al mismo tiempo, de un lado, acucia, de otro, él mismo se sustrae a la lucha y a la pelea. Quien no quiere hablarte si no es reservadamente, prácticamente nada dice: ¿qué hay más inicuo que creer en secreto, irritarse en público? [68]

XXX. 1 De algunos hechos nosotros mismos somos testigos: en ellos examinaremos la índole y voluntad de sus ejecutores. Es un niño, por su edad se le excusará, no sabe si yerra. Es un padre: o bien, tanto nos ha ayudado que incluso él tiene el privilegio de la ofensa o tal vez ello mismo por lo que somos ofendidos, es un servicio suyo. Es una mujer: se equivoca. Es un mandado: ¿quién con una obligación, sino el injusto, se encorajinará? Está zaherido: no es injusticia sufrir lo que antes has practicado. Es un juez, confía más en su fallo que en el tuyo. Es un rey, si al culpa-

[67] En *Apocolocyntosis* se echa en cara a Claudio lo contrario. Distinto es el comportamiento de la razón como hemos visto en este tratado en I, XVIII, 1.

[68] Vuelta al tema de la hipocresía.

ble castiga, pliégate a la justicia, si al inocente, pliégate ante el destino. 2 Es un animal irracional o un similar al irracional: lo remedarías si te enojaras. Es una enfermedad o una calamidad: más llevadera pasará por quien la conlleva. Es Dios: tanto pierdes tu brío cuando contra El te irritas, como cuando ruegas que El se enoje con el semejante. ¿Es un hombre de bien quien ha cometido la ofensa? No lo creas. ¿Un malvado? No te maravilles; expiará ante otros las penas que a ti debe y ya a sí mismo se las ha pagado quien ha delinquido [69].

XXXI. 1 Dos son, como he dicho, las cosas que excitan la iracundia: primero, si tenemos la impresión de haber sufrido una injusticia, de esto se ha hablado suficientemente; segundo, si inicuamente la hemos sufrido, de esto hay que hablar. Inicuas ciertas cosas las juzgan los hombres, supuesto que no habrían debido padecerlas, otras, supuesto que no las habrían esperado: inmerecidas reputamos las que son imprevistas; 2 asi pues, sobremanera desazonan las que contra nuestra esperanza y expectativa han ocurrido, y no otra es la razón de que en los íntimos las minucias nos ofendan, en los enemigos injuria llamemos a un olvido.— 3 ¿Cómo, pues, inquiere, las ofensas de los enemigos nos afectan?— Porque no las esperamos, o al menos no tamañas. Esto lo produce un excesivo amor propio: inviolables incluso para nuestros enemigos nos pensamos deber ser, de un rey cada uno en sus adentros tiene el genio, de suerte que querría se le otorgase a él venia, contra él no lo querría. 4 En consecuencia, a nosotros o la insolencia nos convierte en irascibles o el desconocimiento de las cosas: ¿pues qué hecho maravilloso es que los malvados cometan malas acciones? ¿qué hay de novedoso, si el enemigo perjudica, si el amigo ofende, el hijo tropieza, el esclavo se equivoca? Afirmaba Fabio que la más vergonzosa excusa de un general

[69] Culminación de lo apuntado en I, III, 1. Tema ya visto de la necesidad del perdón y temor de que la virtud remede al vicio.

era: «No conté con ello», yo la reputo de vergonzosísima para todo hombre. Calcula, espera todo; incluso en las buenas predisposiciones existe algo un tanto desabrido. 5 La naturaleza humana aporta temperamentos insidiosos, aporta ingratos, aporta ansiosos, aporta impíos. Cuando acerca de los hábitos de uno vayas a juzgar, piensa en los de todos. Donde muy mucho disfrutes, muy mucho temerás. Donde tranquilo todo te parezca, allí lo que te va a dañar no falta, pero dormita. Piensa que siempre habrá algo que te moleste. El timonel nunca tan confiado desplegó todas las velas que no se dispusiera a recoger expeditamente el aparejo. 6 Ante todo piensa en lo que sigue, repugnante y execrable es el poder de hacer daño y del todo ajeno al hombre [70], gracias al cual incluso lo sañudo se amansa. Mira los cuellos de los elefantes sometidos al yugo y los lomos de los toros impunemente zapateados por niños y mujeres a la par cuando bailan sobre ellos y las fugaces serpientes entre vasos y pliegues con su reptar inocuo y dentro de las casas los semblantes plácidos de osos y leones para con sus cuidadores y las fieras que lisonjean a su amo: te sonrojará intercambiar comportamientos con los animales. 7 Nefando es dañar a la patria: en consecuencia también al ciudadano, pues éste es porción de la patria (sagradas son las partes si el conjunto es venerable), en consecuencia, también al hombre, pues éste es conciudadano tuyo en una ciudad más grande [71]. ¿Qué si quisieran dañar

---

[70] Naturaleza y teología se funden aquí, por cuanto se ha dicho de los dioses que no desean hacernos mal. Para el catálogo de animales que viene a continuación, cf. *De beneficiis,* I, II, 5.

[71] Ideal de la «cosmopoliteia». En *De vita beata,* XX, 5, afirma: «Sabré que mi patria es el mundo»; el tema del sabio y el ideal de «cosmopoliteia» podrá encontrarlo el lector también en *De constantia sapientis,* XIX, 5. De otra parte, no está fuera de lugar remitir a Feijoo en punto a sus precisiones no del todo muy entusiastas acerca de la afirmación aquí comentada: «es apotegma de muchos sabios gentiles que para el varón fuerte todo el mundo es patria» y que desarrolla en «Amor de la Patria y Pasión Nacional» en su *Teatro Crítico,* tomo III, Discurso X.

las manos a los pies, a las manos los ojos? Igual que todos los miembros entre ellos concuerdan [72], porque preservar cada elemento interesa al todo, así los hombres miran por cada individuo, ya que para la convivencia han sido engendrados, verdaderamente salva no puede estar la sociedad a no ser mediante la tutela y el afecto de las partes. 8 Ni siquiera las víboras y las culebras y todo lo que con su dentellada o herida causa daño los remataríamos, si para los restos pudiésemos amansarlos o lograr que para nosotros o los demás no significasen un peligro: en consecuencia, tampoco haremos mal a un individuo porque ha delinquido, sino para que no delinca y jamás respecto del pasado sino del futuro se le decretará el castigo [73]; pues no se encoleriza, sino que previene [74]. Pues si ha de ser castigado todo aquél de quien depravado y maligno es su natural, el castigo no exceptuaría a nadie.

XXXII. 1 Pero, ciertamente, la ira guarda algún placer y dulce es devolver un sufrimiento. En absoluto, como en las buenas acciones, efectivamente, honroso es devolver favores por favores, no lo es las ofensas por ofensas. Allí ser vencido es afrentoso, aquí vencer [75]. Venganza es una palabra inhumana, y ciertamente considerada como algo justo. Y el talión [76] no difiere mucho de la injusticia, si no es en la secuencia: el que procura un sufrimiento tanto más excusablemente de-

---

[72] Comunidad de miembros como armonía. Nótese lo acertado de la «praeparatio» del comienzo cuando evocaba la armazón del cuerpo humano.

[73] Recuerda ideas platónicas ya mencionadas en el libro primero (I, XIX, 7).

[74] Tensión entre «castigo» y «sabio». Este debe caracterizarse por la tranquilidad; aquél es crispación. Constituye esto un tema repetido en el discurso de este tratado.

[75] Polémica con Aristóteles. Para la porfía en torno del beneficio, véase *De beneficiis,* III, XXIX, 3, y el capítulo XXXV entero. También, V, II, 1, y V, IV, 2.

[76] Un afinamiento de la conciencia puede llevar a la superación del talión que, como se ha dicho, en un principio no fue otra cosa que una proporción entre la culpa y el castigo.

linque. 2 A M. Catón un sujeto lo golpeó involuntariamente en las termas (¿quién, en efecto, a sabiendas cometería atropello contra él?). Después, cuando se justificaba, Catón [77] le dijo: «No recuerdo haber sido golpeado». 3 Estimó mejor el no reconocerlo que vengarse. ¿Ningún mal le hizo a él, tras atrevimiento tanto? preguntas. Al contrario, mucho bien: empezó a conocer a Catón. De un alma grande es despreciar las ofensas: es absolutamente una denigratoria modalidad de venganza la de no haber parecido ser merecedor de que de él se tomara venganza [78]. Muchos por vengar ofensas leves se hundieron más en lo profundo [79]: grande y noble aquel que a la manera de una fiera corpulenta, indiferente, oye los ladridos de los diminutos canes.

XXXIII. 1 Dice, menos seremos despreciados, si vengamos la injuria.— Si recurrimos como a un remedio, recurramos sin ira, no como si fuera dulce el vengarse, sino como si útil; muchas veces, empero, fue mejor olvidar que vengarse. Las ofensas de los potentados con semblante risueño y no sólo con paciencia han de ser soportadas: las harán otra vez, si creen que las han causado. Esta total perversión poseen los espíritus insolentes a causa de su gran suerte: a los que han zaherido, también los odian. 2 Famosísima es la frase de aquel que en el trato con reyes se había hecho viejo: como a él uno le interrogara de qué modo había alcanzado cosa tan rara en un palacio [80], la vejez, dijo, «sufriendo atropellos y dando las gracias». Muchas veces

---

[77] Catón es un prototipo y así su ejemplo viene a ser obligado. Cf., por ejemplo, *De constantia sapientis,* XIV, 3. Más importante es *ibid.,* II, 2, por cuanto Catón aparece en pie de igualdad con Hércules, modelo por excelencia de los estoicos.

[78] Otros comportamientos en *De beneficiis,* II, V, 3. Véase nota 27 del libro III.

[79] Recuerda el pasaje final de II, XIV.

[80] En *De clementia,* I, V, 4, se dice que la clemencia es algo raro en palacio. Cf. *ibid.,* I, XIX, 3, para un ejemplo extraído de la naturaleza.

hasta tal punto no conviene vengar una ofensa que ni siquiera conviene manifestarla. 3 C. César[81] al hijo de Pastor, brillante caballero romano, como lo hubiese tenido en prisión molesto por sus refinamientos y sus cabellos sumamente cuidados, pidiéndole el padre que le concediera la vida de su hijo, cual si requerido acerca de su ejecución, al punto mandó pasarle por las armas: pero para no obrar en todo inhumanamente respecto al padre, a su cena lo invitó en ese día. 4 Llegó Pastor con expresión en nada reprobatoria. Le brindó César una hemina y le puso un «a látere»: la apuró el desgraciado no de otra forma que si la sangre de su hijo bebiera. Ungüentos y coronas le hizo llevar y ordenó espiar si aceptaba: aceptó. En el día en que había acompañado el duelo de su hijo, más exactamente en el que no lo había acompañado, estaba tumbado como el centésimo invitado y unas bebidas poco apropiadas en los natalicios de los hijos, un anciano gotoso apuraba, en cambio ni una lágrima derramó, no dejó exteriorizar su dolor por ningún gesto: cenó como si hubiese impetrado a su hijo. ¿Preguntas por qué? Tenía otro. 5 ¿Y qué, aquel Príamo? ¿No disimuló su ira y abrazó las rodillas del rey, y llevó hasta su boca la mano de su hijo seca y tinta en sangre, cenó? Pero con todo sin perfume, sin coronas, y a él un enemigo ensañadísimo a base de muchas confortaciones le animó a tomar bocado, no a vaciar grandes copas, colocado un centinela sobre su cabeza. 6 Hubieses despreciado a un padre romano si hubiera temido por él; entonces la cólera la acogotó la piedad. Merecedor fue de que se le permitiera retirarse del festín para recoger los huesos de su hijo; ni siquiera esto le permitió el entre

[81] Al final arremete de nuevo contra Calígula, lo cual se constituye en una costumbre. Cf. también *De tranquillitate animi,* XIV, 7. De otra parte, nótese en este contexto la preferencia por los pasajes dramáticos que protagoniza la pareja «padre»-«hijo» y que ha aparecido en otros momentos del escrito, inaugurada esta tensión en I, II, 1, que se desdobla en ejemplos patrios y foráneos.

tanto amable y cortés joven: con frecuentes brindis atosigaba al anciano exhortándole a que se le aliviara su congoja; en cambio, él se mantuvo alegre y olvidando lo que había acontecido en ese día: habría muerto su otro hijo, si al verdugo su convidado no le hubiera complacido.

XXXIV. 1 Asi pues, de la ira hay que abstenerse, o bien es igual quien ha de ser herido o bien es superior o inferior [82]. Contender con el igual es incierto, con el superior delirante, con el inferior, vil. De un sujeto raquítico y miserable es el atacar al que lo muerde: los ratones y las hormigas, si tu mano acercas, presentan cara; los seres débiles se consideran heridos si se les toca. 2 Nos hará más comprensivos si pensamos en qué nos fue útil tiempo atrás aquel con el nos airamos y por sus méritos la ofensa quedará redimida. Que también se nos haga presente, cuánta consideración nos reportará la reputación de clemencia, cuán incontables amigos provechosos el perdón nos granjeará. 3 Que no nos irritemos con los hijos de los enemigos privados y públicos. Entre los testimonios de la crueldad de Sila está el que del estado excluyó a los hijos de los proscritos [83]; nada hay más inicuo que hacer a uno heredero del resentimiento contra el padre. 4 Reflexionemos cuántas veces para perdonar somos difíciles, si nos conviene que todos nos sean inexorables: ¡cuán frecuentemente quien ha negado el perdón lo solicita! ¡cuán frecuentemente se echó a los pies de aquel al que de los suyos rechazó! ¿Qué hay más

---

[82] Ideas parecidas en *De providentia,* III, 4: «Ignominia juzga el gladiador el enfrentarse con un inferior y sabe que sin gloria es vencido quien sin peligro es derrotado. Lo mismo hace la fortuna: se busca como contrincante a los más fuertes.» Para «fuertes» véase nota 43 del libro primero. En la 4.ª parte de *El conde Lucanor* se lee algo calcado de aquí: «Qui toma contienda con el que más puede, métese en grand periglo; qui la toma con su egual, métese en aventura; qui la toma con el que menos puede, métese en menosprecio.»

[83] Para la proscripción, véase también *De providentia,* III, 7.

magnífico que trocar la ira en afecto?[84] ¿Qué aliados más leales el pueblo romano tiene que los que tuvo como enemigos más encarnizados? ¿Qué sería hoy el imperio si una beneficiosa previsión no hubiera mezclado vencidos con vencedores? 5 Alguien se encolerizará: tú, en cambio, con tus buenas obras desafíalo; decae al punto una rivalidad desatendida por la otra parte; no luchan sino dos. Mas por ambas partes porfiará la ira, se choca; es mejor el que primero echa atrás su pie, vencido queda el que ha vencido. Te dio: retrocede; en efecto, respondiendo le darás ocasión incluso de que te hiera con más probabilidades y justificación; no podrás retirarte, cuando quieras. 6 ¿Por ventura, quiere alguien herir tan gravemente a su enemigo como para dejar la mano en la herida y no poder retirarse de su tajo? Por supuesto, tal arma es la ira: con dificultad se aparta. Nos procuramos armas expeditas, una espada cómoda y manejable: ¿no evitaremos los arrebatos del alma, graves, calamitosos e inesquivables? 7 Sólo esta celeridad es la que agrada, la que donde ha sido conminada detiene su paso y más allá de lo fijado no se adelanta y puede ser dirigida y reducida de la carrera al paso; sabemos que los nervios están enfermos cuando, sin quererlo nosotros, se convulsionan; senil o de naturaleza inconstante es quien cuando quiere andar corre: consideramos los movimientos del alma más sanos y poderosos los que van bajo nuestro albedrío, no se dejan arrastrar por el suyo.

XXXV. 1 Con todo, nada aprovechará tanto como el reparar en primera instancia en la monstruosidad del hecho, luego en su riesgo. No es de ninguna pasión el

---

[84] Hasta el punto que lo permite la retórica, la paradoja como lucha por la medida de la existencia se apunta aquí. Este descubrimiento acerca a Séneca y Tertuliano, pese a su distancia. Ninguno ahondó en ella, pero el segundo quedó atrapado en su barrunto y al no poder formularla, la paradoja fue causa, en buena parte, de su fogosa y permanente desorientación.

aspecto más perturbado; los más bellos rostros los ha afeado, de sumamente tranquilas las expresiones las trocó en torvas; abandona la apostura a todos los enojados y si su manto ha sido confeccionado a medida, arrastran la ropa y abandonan toda atención de su persona o si el arreglo de sus cabellos sentados de natural o por la destreza no es desordenado, se crispan junto con su temperamento; 2 se hinchan las venas, se agitará con su frecuente jadeo el pecho, rabioso el estallido de la voz distenderá el cuello; entonces sus articulaciones son temblorosas, inquietas sus manos, en todo el cuerpo el estremecimiento. 3 ¿Cuál piensas es el alma por dentro de quien al exterior su apariencia es tan repulsiva? ¡Cuanto más terrible dentro de su pecho es su aspecto, más violenta su respiración, más destemplado su ímpetu, que explotaría si no explotara! 4 Cual es el aspecto de los enemigos o de las fieras empapadas de su carnicería o que a ella van, cuales los poetas los infernales monstruos imaginaron, ceñidos de serpientes y exhalaciones de fuego, cuales para excitar guerras y repartir discordia entre los pueblos y lacerar la paz salen las peores especies de los infiernos: 5 tal arrebato figurémonoslo en nosotros, en llamas los ojos centelleando, con silbidos y gruñidos y masculleos y si algún alarido más espantoso que éstos existe, resollando, los dardos con ambas manos blandiendo (pues ni con él va la precaución de protegerse), torva, sanguinolenta, arañada y de sus propios golpes amoratada, de andar enajenado, cubierta de mucha ofuscación, amagando, destrozando, espantando y en su odio contra todos afanada, especialmente contra ella, si de otra manera no puede hacer daño [85], deseando arramblar tierras, mares, cielo, por igual nociva y odiosa. 6 Incluso, si te parece, sea cual es en nuestros poetas:

---

[85] Consideraciones acerca de esta idea pueden verse en el apartado consagrado a la diferencia entre la razón y la ira: I, XVIII.

Ensangrentado, sacudiéndolo, con su diestra Belona el látigo
o raída, gozosa camina Discordia, su vestidura [86].

O si alguna faz más horrorosa puede ser excogitada de una horrorosa pasión.

XXXVI. 1 «A algunos enojados», según dice Sextio [87], «les-benefició mirarse en un espejo» [88]: les asustó tamaña metamorfosis en ellos, como si traídos ante su realidad misma, no se reconocieron. Y cuán poco de su real descompostura aquella imagen, reflejada por el espejo, les devolvía. 2 Si su alma pudiera mostrarse y traslucirse en alguna materia, al mirarla nos confundiría, sombría y ojerosa, borbotando, retorcida y abotargada. ¿Ahora, incluso, tamaña es su monstruosidad, desbordándose a través de los huesos y de su piel y tantos obstáculos: y qué si desnuda se mostrase? 3 Por un espejo, ciertamente, nadie creerás fue disuadido de su arrebato.— ¿Qué pues?— Quien a un espejo se haya aproximado para cambiar, ya se ha cambiado; para los enojados, ciertamente, ninguna apariencia es más grata que la atroz y crispada y desean cuales son también el parecerlo. 4 Más bien hay que considerar lo que sigue, a cuántos incontables la cólera ha perjudicado por ella misma. Unos por su desmesurado acaloramiento rompieron sus venas y un alarido proferido por encima de sus fuerzas la sangre les consumió y la visión de sus ojos anuló el humor congestionado asaz violentamente en sus cuencas y en sus achaques los enfermos recayeron. Ningún camino hay más expedito hacia la locura. 5 Muchos, así es, prosiguieron el furor de su enojo y la sensatez que ex-

---

86 Los comentaristas adivinan un verso de cuño virgiliano.

87 Filósofo estoico tenido en gran consideración por Séneca.

88 Argumentos estéticos ya anunciados. El tema del espejo reaparecerá en *De clementia,* I, I, 1. Nótese, a su vez, la afirmación sobre la modificación que experimenta quien se acerca al espejo en punto a la importancia de la disposición interna (cf. nota 15 del libro I).

pulsaron, no la recuperaron jamás: a Ayax[89] a la muerte lo arrastró su furia, a la furia su cólera. Muerte a sus hijos, pobreza para sí, ruina para su casa imprecan y afirman no estar airados, no menos que estar locos los enajenados[90]. De sus mejores amigos enemigos, vitandos para sus más íntimos, olvidados de las leyes, a no ser como procedimiento de hacer daño, a la mínima susceptibles, ni de palabra ni con cortesía fáciles de ser abordados, por medio de la fuerza todo lo ejecutan, con sus espadas dispuesto a luchar y a atravesarse. 6 Ciertamente los ha atrapado el mayor mal y el que sobrepasa todas las perversiones. Los demás paulatinamente penetran, instantáneo y general es el efecto de éste[91]. En una palabra, todas las otras pasiones las subyuga: el amor más apasionado lo doblega; traspasaron, es verdad, a sus seres queridos y en los brazos de quienes mataron, se desplomaron; la avaricia, mal muy inflexible y en absoluto dócil, la ira la pisotea, reducida a desparramar sus riquezas y a prender fuego a su casa y enseres, conjuntamente apilados. ¿Qué? ¿El ambicioso no tiró las distinciones tenidas en mucho y el honor ofrecido no lo recusó? Ninguna pasión hay sobre la cual la cólera no predomine[92].

---

[89] Ayax prototipo trágico de la locura. Cf. el retrato del demente en el comienzo del libro primero.

[90] Recurre sintéticamente al tema «loco» = «airado»: ambos coinciden en estar lejos de la razón. Ecos de lo que sigue, desdoblado en la figura del bárbaro, en III, II, 6.

[91] Probablemente el subrayar la enormidad de la ira es una forma de enaltecer el ideal propio de la «apatía». El recurso es frecuente. Cf. también I, I, 7.

[92] Cierre muy parecido al del libro precedente con este catálogo de defectos. Para la insaciabilidad, cf. *De beneficiis,* II, XXVII, 3.

# Libro tercero

I. 1 Lo que sobremanera me encareciste, Novato, ahora trataremos de hacerlo, erradicar la cólera de los corazones, o, al menos, refrenar y cohibir sus acometidas. Esto algunas veces a ojos vista y a la luz del día debe hacerse, cuando la menor intensidad del desvarío lo consiente, otras veces, reservadamente, cuando en exceso abrasa y frente a todo obstáculo se exaspera y acrece; importa cuántas y cuán enteras tenga sus fuerzas, si ha de ser fustigada y hecha retroceder o si debemos ceder ante ella, mientras su inicial temporal descarga, a fin de que los remedios con ella misma no arrastre. 2 El tratamiento según los caracteres de cada individuo deberá ser adoptado; a algunos, en efecto, las súplicas los ganan, otros insultan y amenazan a los apocados, a otros asustándolos los aplacaremos; a unos la reprimenda, a otros la evidencia, a otros la vergüenza de su intento los aparta, a otros un compás de espera, remedio lento de una perversión despeñada, al que en última instancia hay que descender. 3 Ciertamente, las demás pasiones admiten una dilación y

pueden ser corregidas con más calma, la desbocada virulencia de ésta, que incluso a ella misma arrolla, no progresa poco a poco sino que desde que asoma, está toda ella; y no a la manera de las otras pasiones perturba los espíritus, sino que los extravía y sin control sobre ellos y ávidos incluso de una catástrofe general los desasosiega, y no sólo contra lo que predeterminó, sino contra todo lo que le ataja durante su trayecto, se enfurece. 4 Los otros vicios acucian los espíritus, la ira los despeña. Incluso si el resistir frente a las pasiones propias no es factible, sin embargo, al menos, en medio de las propias pasiones es hacedero el sostenerse: ella no de forma distinta a los rayos y las precipitaciones y toda otra cosa que resultaba imparable, puesto que no andan sino que caen, su fuerza intensifica más y más. 5 Los demás vicios se desvían de la razón, éste del sentido común; los otros entrañan accesos llevaderos y escaladas engañosas: en el arrebato es la degradación de los espíritus. Así pues, ninguna cosa nos acucia ni más anonadante ni más pronta a sus explosiones y si ha tenido éxito, ensoberbecida, y si se frustra, enloquecida; ni siquiera por un fracaso reducida al tedio, cuando la fortuna el adversario le ha sustraído, contra ella misma sus dentelladas dirige [1]. Y no importa cuán grande sea, de dónde haya surgido; pues de lo más insignificante pasa a lo más extremoso.

II. 1 Ninguna edad olvida, ningún tipo de hombre exceptúa. Algunas gentes gracias a su escasez no han conocido el despilfarro; otras porque son activas e itinerantes han escapado a la indolencia; para quienes su conducta es tosca y su vida ruda [2], les es desconocido el engaño y el fraude y toda perversión que en el foro nace [3]; no hay pueblo al que la ira no acose, tan

[1] Cf. I, XIX, 4.

[2] Recuérdese lo apuntado acerca de Escitas y Germanos en II, XV, 1.

[3] Cf. la visión pesimista del foro de II, VII, 3, y VIII, 1, y III, II, 3, v. gr.

poderosa entre los griegos como entre los bárbaros; no menos perniciosa para los que temen las leyes como para los que sus fueros señala el alcance de sus fuerzas. 2 A la postre, las demás uno a uno corrompen, ésta es la única pasión que en ocasiones prende a nivel general. Jamás todo un pueblo en el amor por una mujer se abrasó, ni en el dinero ni en la ganancia una colectividad entera comprometió su expectativa, la ambición posee a los individuos uno a uno, la desmesura no es un mal colectivo. 3 Por regla general hacia la ira se marcha como en un tropel, hombres, mujeres, ancianos, niños, próceres y masa conmociónanse y toda una multitud, excitada con poquísimas palabras, al propio alborotador sobrepasa; a las primeras de cambio a las armas y a las teas se acude y se declaran guerras a los vecinos o se libran contra los ciudadanos; 4 casas enteras son quemadas con la familia[4] al completo y el ha poco, gracias a su aplaudida elocuencia, tenido en gran consideración, la ira de su propia perorata sufre; contra su general las legiones los dardos volvieron; se separó unánime la plebe de los patricios; el consejo oficial, el senado, sin aguardar las levas ni nombrar general, advenedizos jefes de su cólera escogió y persiguiendo por las casas de la ciudad a nobles personajes les aplicó con su mano tortura; 5 fueron vejadas las legaciones, una vez violado el derecho de gentes, y un nefando furor transportó la ciudad y no se dio tiempo para que se asentara el general arrebato, sino que, inmediatamente, fueron desatracadas las escuadras y abarrotadas con un improvisado reemplazo; sin ordenanzas, sin augurios, el populacho, bajo el caudillaje de su ira desbordado, empuñó lo que se le ofrecía o arramblaba, a guisa de armas, luego, a trueque de un gran descalabro, la temeridad de su insolente enojo expió. 6 Este es el final de los bárbaros, que se echan al

---

[4] Sin embargo, de la razón se dice esto mismo en I, XIX, 1, aunque con la cautela del bien de Estado. Cabe pensar en I, XIX, 7, que es un eco de I, VI, 4.

acaso a las guerras: cuando sus impresionables espíritus la contemplación de un atropello ha conmocionado, se dejan llevar al punto y por donde su despecho les trae, a la manera de una ruina, sobre las legiones caen, desordenados, impávidos, desguarnecidos, apeteciendo su propio riesgo; se alegran al ser heridos y al abalanzarse sobre la espada y clavar en su cuerpo dardos y a causa de sus propias heridas morir.

III. 1 No es, afirmas, dudoso que ese su poder sea descomunal y pernicioso; por ello, muestra de qué manera tiene que ser curado. Y bien, como en los libros precedentes he notado, está Aristóteles [5] como adalid de la cólera y prohíbe el extirparla de nosotros; es, afirma, un acicate de la virtud, suprimido el tal, el espíritu se vuelve inerme, perezoso e incapaz para las grandes empresas. 2 Forzoso es, pues, probar su fealdad y ferocidad y poner delante de los ojos cuán monstruoso es el hombre que se enfurece contra el hombre [6] y con cuánto ímpetu se lanza no sin daño propio dañino y sumiendo todo lo que no puede ser sumido a no ser en compañía de quien lo sumerge. 3 ¿Y qué, pues? ¿Llamaría alguien sensato a éste que, cual presa del temporal, no anda sino que es arrastrado y sirve a una perversión furiosa, y no encarga su venganza sino que él en persona, reivindicador de sí mismo, se ensaña en cuerpo y en alma, y de sus predilectos, los cuales, apenas perdidos, va a llorar, es verdugo? [7] 4 ¿Ofrece alguien como colaboradora y compañera de la virtud, esta pasión que desbarata las recomenda-

[5] En su polémica antiaristotélica vuelve a combinar los argumentos éticos y estéticos y fija su atención en la asociabilidad que acarrea la cólera, lo cual parece querer dar en la diana del «animal político», como una contradicción más de la escuela peripatética que clama por el hombre «político» y recomienda, no obstante, la ira.

[6] De lejos recuerda el «homo homini lupus». Para el latido de humanidad innegable pero por el lado favorable, cf. *Consolatio ad Helviam,* VIII, 5.

[7] Cf. el final del libro segundo para ideas muy semejantes.

ciones, sin las que la virtud nada consigue? Caducas y nocivas son esas energías y tan sólo de su mal capaces, en las que al tullido la enfermedad y el acceso reaniman. 5 No hay motivo, pues, para que me imputes el que yo pierdo el tiempo en superficialidades, como si de dudosa opinión fuese entre los hombres el que la ira es infame, cuando hay alguien, y desde luego de los pensadores ilustres, que le indica tareas y como si fuese útil y transmisora de alientos para la lid, para la ejecución de sus empresas, en atención a todo lo que es menester realizar con algún entusiasmo, la convoca [8]. 6 Para que a nadie engañe, como si en algún momento, en alguna circunstancia, fuese a ser útil, hay que exhibir su desenfrenado y anulador extravío y su propio instrumental debe dársele, los potros, las cuerdas, los calabozos, las cruces, las antorchas cercadas de cuerpos empalados y el garfio que arrastra, así es, los cadáveres, los distintos tipos de grilletes, las variedades de escarmientos, las laceraciones de miembros, los estigmas en la frente y las jaulas de despiadadas fieras: en medio de estos ingenios colóquese la ira, que anda mascullando algo cruel y espantoso, más siniestra que todos los artilugios a través de los cuales se desmelena.

---

[8] Reconvención expresa a Aristóteles, a quien, como se ha visto en algún que otro pasaje, no niega todo mérito. No obstante, para entender la postura de Séneca respecto de Aristóteles, nos parece muy esclarecedor *De brevitate vitae,* XIV, 5: «que a Zenón, a Pitágoras y Demócrito junto con los otros adalides de las normas, que a Aristóteles y Teofrasto quieren cada día tenerlos como los más familiares» en donde se aprecia un grupo doble, separados por el juicio de valor que alcanza a los del primero y no a los dos del segundo. Esto se echa de ver si se recuerda lo leído en la sección 2 de este capítulo: «Es posible discutir con Sócrates, dudar con Carnéades, con Epicuro serenarse, con los Estoicos superar la naturaleza humana, con los Cínicos sobrepasarla», es decir, con cualquier filósofo es posible realizar una tarea específicamente pensante o moral. El juego de correspondencias no alcanza a los peripatéticos. En *De beneficiis,* VII, VIII, 2, sólo se nombra a Sócrates, Crisipo y Zenón. Para la superioridad de Zenón, cf. *Consolatio ad Helviam,* XII, 4: «Homero tuvo un esclavo, Platón tres, Zenón ninguno.»

IV. 1 Aunque respecto de otras cosas quepa la duda, al menos de ningún defecto es peor el semblante, el cual en los libros precedentes hemos descrito: desabrido y violento y ahora lívido al echársele hacia atrás y retirársele la sangre, ahora al volverle al rostro todo el fuego y el aliento, enrojecido y semejante al sanguinolento con las venas hinchadas, los ojos ahora despavoridos y desorbitados, ahora clavados y estáticos en un mirar fijo; 2 añade el castañeteo de los dientes dándose contra ellos mismos y deseando devorar a alguien, no distinto al de los jabalíes cuando afilan sus defensas con el frote; añade el chasquido de las articulaciones cuando las manos, una contra otra, se apretujan y el pecho golpeado en demasía, jadeos frecuentes, alaridos sacados de lo más profundo, el cuerpo tembloroso, irreconocibles las palabras en medio de súbitos exabruptos, temblequeantes los labios y a veces apretados y resollando algo siniestro [9]. 3 Por Hércules, de las fieras, ora si el hambre las agita o el hierro clavado en sus entrañas, menos feroz es su apariencia, incluso cuando al cazador aun medio muertas con su postrer dentellada atacan, que la del hombre abrasado en ira. ¡Ea, si place escuchar sus voces y sus amenazas, sus palabras son cuales las de un espíritu destrozado! 4 ¿Acaso no querrán todos el alejarse de la cólera, una vez que hayan entendido que ella redunda inicialmente en su propio perjuicio? ¿No quieres, pues, que prevenga a quienes practican con todo su denuedo la cólera y la computan como prueba de sus energías y entre los grandes bienes de una gran fortuna consignan la venganza dispuesta, cuán nada poderoso sea, más exactamente ni siquiera libre, puede decirse el cautivo de su propia cólera? 5 ¿No quieres prevenga, a fin de que más diligente cada uno sea y a sí mismo se reconozca, que los otros defectos del espíritu a los peores sujetos atañen, la cólera, incluso en individuos sabios y sanos en otros

[9] Catálogo de rasgos ya mencionados en I, I, 3-4.

aspectos, se insinúa? [10] Hasta tal punto que algunos aluden a la ira como indicio de espontaneidad y, en general, se toma por muy llanos a los individuos a ella sujetos.

V. 1 ¿Hacia adónde apunta esto?— A que nadie se considere a salvo de ella, dado que también a los mansos y tranquilos por naturaleza los llama a la saña y a la violencia. Igual que frente a una peste nada aprovechan la robustez del cuerpo y el atento cuidado de la salud (en efecto, ataca indistintamente a enclenques y fuertes), de la misma manera, de la cólera deriva un riesgo tanto para los caracteres intranquilos como para los comedidos y remisos, en los cuales es mucho más infame y peligrosa por cuanto altera mucho más en ellos. 2 Pero, puesto que sea lo primero no irritarse, lo segundo cejar, lo tercero curar también el arrebato ajeno, explicaré primero cómo no caer en la cólera, luego cómo librarnos de ella, en último término como frenar al colérico y sosegarlo y devolverlo a su buen sentido.

3 El que no estemos irritados lo alcanzaremos, si todas las perversiones de la ira las ponemos con frecuencia ante nosotros y a ella la consideramos adecuadamente. Ha de ser acusada ante nosotros, condenada; deben ser escrutados sus perjuicios y expuestos meridianamente; a fin de que cual es, aparezca, debe ser comparada con las cosas peores [10 bis]. 4 La avaricia adquiere y acapara a fin de que alguien, al mejorar, se lucre; la cólera hace dispendio, para pocos es gratuita: ¡un amo furibundo a cuántos esclavos llevó a la huida, a cuántos a la muerte! ¡Cuánto más perdió por irritarse que lo que era la entidad de aquello por lo que se irritaba! La cólera acarreó al padre duelo, al marido

---

[10] Pero el sabio debe dominarse tal y como se ha afirmado en el libro precedente. Continúa la regla de oro, «sabiduría» = = «apatía». Cf. también II, XVII, 2.

[10 bis] El cotejo, para un hecho favorable, en *De beneficiis,* V, X, 2.

separación, al magistrado ojeriza, al candidato fracaso. 5 Peor es que la lujuria, puesto que ésta en su placer se goza, aquélla en el sufrimiento ajeno. Sobrepuja la malevolencia y la envidia: ellas, en efecto, que uno se convierta en desgraciado lo desean, ésta el hacerlo, ellas en las desgracias fortuitas se solazan, ésta no puede aguardar al destino; anhela perjudicar al que odia, no que sea perjudicado. 6 Nada hay más violento que las rivalidades: las granjea la cólera; nada hay más calamitoso que la guerra: hacia ella prorrumpe la cólera de los poderosos; pero también la cólera de la plebe y del particular es una guerra sin armas y sin ejércitos. Además la cólera, para aislarla de las cosas que inmediatamente van a seguirla, perjuicios, asechanzas, la continua angustia de las porfías mutuas, paga su castigo cuando lo demanda; la naturaleza del hombre pone en entredicho, una al afecto exhorta, otra al odio; una manda hacer el bien, otra hacer el daño [11]. 7 Agrega el hecho de que cuando la indignación proviene del excesivo pago de sí [12] y parece generosa, es pusilánime y tortuosa; todos, efectivamente, son inferiores respecto a éste por quien se consideran vejados. Mas el espíritu realmente grande y conocedor auténtico de sí no vindica una injuria, porque no la siente [13]. 8 Como los dardos rebotan en lo duro y a trueque del quebranto de lo que golpea los cuerpos consistentes quedan hendidos, así ninguna injuria reduce un espíritu grande a su propia conmoción, más frágil que aquello que lo hostiga. ¡Cuánto más hermoso es rechazar todas las injurias y afrentas como inasequible a dardo alguno! La venganza es reconocimiento de resquemor; no es grande el alma que doblega una ofensa. O uno más

---

[11] Nótese la contraposición entre cólera y naturaleza, como viene siendo de recibo. Cf., por ejemplo, I, V, 2. Para una contraposición de virtud y pasión, véase II, XIII, 2.

[12] Véase nota 54 del libro II.

[13] Cf. *De constantia sapientis,* V, 3; IX, 3, y XVI, 3. Para las ideas que continúan, cf. *De clementia,* I, V, 5.

poderoso o más débil que tú te hiere; si es más débil, perdónalo; si es más poderoso, perdónate a ti.

VI. 1 Ninguna prueba de magnanimidad es más cierta que el que nada pueda acontecer por lo cual te sientas acuciado [14]. La parte superior del mundo, la más armoniosa y cercana a los astros, ni dentro de una nube se encoge ni dentro de una tempestad es sacudida ni se revuelve en un torbellino; de toda perturbación carece; las zonas inferiores relampaguean. Del mismo modo, el alma excelsa, sosegada siempre y en su tranquila estancia instalada, reprimiendo en sus adentros todo aquello por lo que se contrae ira, es comedida, respetable, ordenada; de esto nada hallarás en el colérico. 2 ¿Pues, quién entregado al despecho y furibundo no perdió su prístino respeto?, ¿quién por su arrebato ofuscado y abalanzándose sobre otro cualquiera no se desprendió de todo lo respetable que en sí tenía?, ¿a quién le quedó orden y concierto en sus actuaciones cuando excitado?, ¿quién refrenó su lengua?, ¿quién contuvo parte alguna de su cuerpo?, ¿quién pudo dominarse a sí mismo, desmandado? 3 Nos aprovechará la siguiente saludable recomendación de Demócrito [15], gracias a la cual se hace patente la tranquilidad, si ni en lo particular ni en lo público afrontamos o demasiadas cosas o superiores a nuestras fuerzas. Nunca tan felizmente para quien anda en muchas ocupaciones el día transcurre, de suerte que de una persona o de una circunstancia no se origine un contratiempo que disponga el corazón a la ira. 4 Al igual que quien va de prisa por lugares concurridos de la ciudad, forzoso le es tropezar con muchos y en algún sitio el resbalarse, en otro engancharse, en otro salpicarse, así en este tren de vida, disipado y errabundo, sobrevienen muchos

---

[14] Ideas de este tenor se adjudican a Sócrates en *Epist. ad Lucil.*, LXXI, 7.

[15] Para la medida y el exceso, véase también *De providentia,* IV, 10. Para los inconvenientes en el tránsito, cf. *De beneficiis,* VI, IX, 1.

entorpecimientos, muchas molestias; uno ha defraudado nuestra esperanza, otro la ha desbaratado, otro la ha destruido; no han discurrido de acuerdo con lo previsto los propósitos. 5 Para con nadie la fortuna es tan rendida que, pretendiendo muchas cosas, doquier le responda; se sigue, en consecuencia, que éste al que algunas cosas acaecieron contra lo que esperaba, sea impaciente para con los hombres y las circunstancias, por motivos del todo insignificantes se irrita, ora con una persona, ora con un asunto, ora con un lugar, ora con el azar, ora consigo. 6 Así pues, para que pueda estar sosegado el ánimo, no hay que zarandearlo ni con la comisión de muchas cosas, como he dicho, fatigarlo, ni de las de envergadura ni de las acometidas por encima de nuestras fuerzas. Fácil es acomodar los fardos livianos al cuello y en esta o aquella dirección transportarlos sin tropiezo, mas los que por manos ajenas han sido cargados sobre nosotros, a duras penas los aguantamos, podidos al poco los volcamos; incluso mientras nos sostenemos bajo su peso, desproporcionados respecto de la carga, nos tambaleamos.

VII. 1 Entiende que lo mismo sucede en los menesteres públicos y privados. Los asuntos sencillos y fáciles secundan a su ejecutor, los descomunales y más más allá de la capacidad del agente ni se dan fácilmente y, si han sido abordados, abruman y desorientan a su administrador y ya parecen controlados cuando con el sujeto mismo se vienen abajo; de esta forma sucede que frecuentemente frustrada queda la voluntad del que emprende cosas que no son hacederas, pero quiere sea hacedero lo que él ha acometido [16]. 2 Cuantas veces pretendas algo, mídete inmediatamente contigo y con lo que preparas y con las cosas mediante las cuales te preparas; en efecto, te convertirá en un desabrido el pesar por una tarea inconclusa. Importa lo que sigue,

[16] De la ira se dice algo parecido en contraposición con la razón. Cf. I, XVIII, 1, y cierre del capítulo anterior.

si uno es de temperamento ardoroso o frío y apocado: al animoso un fracaso hará que le rezume enojo, al decaído y desganado, una depresión. En consecuencia, que nuestras acciones ni sean menudas ni osadas y reprobables, que a lo inmediato la expectativa acuda, nada intentemos de lo que una vez dueños nos sorprendamos incluso de haber triunfado.

VIII. 1 Hagamos el esfuerzo de no acusar una injuria, supuesto que sobrellevarla no sabemos. En compañía del pacífico en extremo y con el sumamente accesible y jamás torturado y malhumorado hay que convivir; los hábitos son tomados de lo que nos rodea [17] y como algunos trastornos se transmiten por el contagio del cuerpo, así el alma su defectos propaga a los cercanos; 2 un bebedor a sus comensales propina la inclinación hacia el vino, la intimidad con desvergonzados enerva desde luego incluso a un hombre (si lo es) recio, la avaricia en los próximos inocula su virus. Idéntico, pero al revés, es el discurso de las virtudes, de suerte que todo lo que tienen a su vera lo dulcifican; y no tanto a la salud aprovecha un lugar habitable y un clima lo suficientemente saludable como a los espíritus poco firmes el desenvolverse en medio de la gente mejor. 3 Comprobarás cuánto alcanza esta circunstancia, si notas que también los animales se amansan con nuestro trato y que a ninguna bestia, incluso la feroz, le perdura su brío, si ha tolerado largo tiempo la compañía del hombre: se cercena toda aspereza y paulatinamente en medio de la tranquilidad se olvida. Añade a esto el que no sólo por el ejemplo se vuelve mejor quien vive con hombres pacíficos, sino que no halla motivos para enojarse y no practica su defecto. 4 —¿Quiénes son ésos, preguntas?— Por distintos motivos muchos van a hacer lo mismo: te ofenderá el

[17] Nótese el ejemplo del ayo en primera instancia (II, XXI, 9), pasaje que debe contrastarse a su vez con *De beneficiis,* VI, XXIV, 1.

soberbio con su desprecio, el deslenguado con su insulto, el petulante con su atropello, el envidioso con su malevolencia, el rijoso con su provocación, el engreído y falso con su vanidad; no soportarás el ser recelado por un suspicaz, ser ganado por un contumaz, ser despreciado por un cursi. 5 Escoge a los sencillos, a los llanos, a los morigerados, los que ni tu enojo van a despertar y lo van a soportar; todavía más provechosos te serán los dóciles, los comprensivos y los afables, no, sin embargo, hasta la adulación, pues a los irascibles una excesiva complacencia les molesta [18]: 6 Era, a decir verdad, nuestro amigo una persona bondadosa, pero de enfado un tanto pronto, respecto del cual no era más seguro el halagarlo que el maldecirlo. Consta que el orador Celio [19] era muy irritable. Y con él, según cuentan, cenaba en su aposento un cliente de especial aguante, pero era difícil para él una vez enfrascado en el vis-a-vis rehuir la discusión con quien tenía al lado; juzgó lo mejor asentir a todo lo que decía y reservarse el segundo turno. No aguantó Celio que le asintiera y gritó: «Di algo en contra, para que seamos dos» [20]. Pero éste a su vez irritado de que no se irritase, pronto cejó sin contrincante. Escojamos, pues, con mejor criterio desde luego, si somos conscientes de nuestra irritabilidad, a éstos quienes se hacen caso de nuestro semblante y de nuestra expresión: ciertamente nos harán más frágiles y nos inducirán a una mala predisposición, la de no escuchar nada en contra de nuestros capricho, pero beneficiará a su defecto el concederle tregua y reposo. Incluso los difíciles e indisciplinados por naturaleza soportarán al zalamero; nada hay áspero ni que dé repeluzno para quien acaricia. 8 Cuantas veces la discusión resulte algo prolongada y violenta, a las primeras de cambio detengámonos, antes de que gane

---

[18] Véase lo afirmado en II, XXI, 3 y 4.

[19] Celio es un célebre orador al que defendió Cicerón en un famoso discurso.

[20] Esta frase recuerda el «no luchan sino dos» de II, XXXIV, 5.

dureza: se alimenta a él mismo el enfrentamiento y a los abismados hasta ese punto los domina totalmente; es más fácil abstenerse de una porfía que retirarse [21].

IX. 1 Las aficiones más arduas incluso tienen que ser dejadas por los coléricos o, al menos, practicadas sin llegar al cansancio [22] y su ánimo no debe desenvolverse en medio de demasiadas cosas, sino entregarse a artes gratificantes: que a aquél lo calme la lectura [23] de unos poemas y la historia con sus relatos lo entretenga: trátesele con más suavidad y tacto; 2 Pitágoras calmaba los sobresaltos de su alma con la lira; por lo demás, ¿quién ignora que los clarines y las trompetas son excitantes igual que otros sones son bálsamos con los que la mente se sosiega? [24] A los ojos enfermos [25] beneficia lo verde y ante ciertos tonos una vista debilitada descansa, por el brillo de otros queda deslumbrada: de esta forma a los espíritus enfermizos calman los estudios apacibles. 3 El foro, las citaciones, los juicios debemos rehuirlos y todo lo que encona la pasión, igualmente prevenir la fatiga corporal; en efecto, agota todo lo que en nosotros es afable y plácido y lo virulento despierta. Por esto, a los que su estómago les es preocupante, cuando se aprestan a acometer empresas de una mayor envergadura, atemperan a base de una dieta su bilis, que, especialmente, el cansancio revuelve, bien porque el calor lo expulsa hacia la zona media, y perjudica a la sangre y paraliza la circulación al taponarse las venas, o bien porque su

---

[21] El tema del albedrío que ya se abordó en el libro anterior (XXXIV, 6).

[22] De nuevo y por detalle el aspecto de la educación.

[23] Rasgo antiepicúreo, por cuanto esta escuela no recomendaría tan francamente la lectura. Razón y medida en la posesión de bibliotecas en *De tranquillitate animi,* IX, 4.

[24] Del efecto de la música en el ánimo ha hablado también en II, II, 4 y 6. Para las distracciones que los sabios se permiten, véase *De tranquillitate animi,* XVII, 4.

[25] Ha hecho referencia a la vista en esta circunstancia en II, XXV, 1.

cuerpo extenuado y debilitado carga sobre el espíritu; al menos, por idéntico motivo, los más coléricos son los agotados a causa de su salud o de su edad. También el hambre y la sed por las mismas causas deben ser evitadas: exasperan y abrasan los ánimos. 5 Es un viejo dicho: por el cansado pelea se busca; igualmente, a decir verdad, por el hambriento, el sediento y todo individuo al que algo abrasa. Pues como las llagas empiezan a doler al menor roce, luego también ante la sospecha de roce, de la misma forma un espíritu afectado se molesta por minucias, hasta tal punto que a algunos un saludo, una carta, un discurso, una pregunta, los mueven a pleito: jamás sin queja los tullidos son rozados [25 bis].

X. 1 Asi pues, lo más excelente es medicarse a la primera sensación del mal, conceder entonces incluso a las expresiones el mínimo de libertad y cohibir el impulso. 2 Fácil es, por lo demás, atajar sus arrebatos en el mismo instante de originarse: los síntomas de las enfermedades se anticipan, como los barruntos de una tempestad o de una lluvia llegan antes que ellas, así de la cólera, del amor y de todas esas borrascas que vejan los espíritus, existen ciertos atisbos. 3 Quienes suelen ser víctimas del ataque epiléptico [26] sienten que su salud se les escapa en el mismo momento en que el calor abandona sus extremidades y la vista se vuelve nublada y hay una convulsión nerviosa, si la memoria se desvanece y la cabeza da vueltas; así pues, con los remedios acostumbrados atajan el incipiente ataque y todo lo que con su olor o gusto enajena su espíritu, sea lo que sea, es rehusado o con cataplasmas se combate el frío y la rigidez; o en el supuesto de que la medicina sirva de poco, evitan la concurrencia y se desploman sin testigo. 4 Beneficia el reconocer la propia enfer-

---

25bis Cf. I, XIV, 5, en primera instancia.

26 El ataque epiléptico, como es sabido, obligaba a reanudar los comicios si alguien sufría tal mal durante su desarrollo; de ahí el adjetivo *comitiale* en latín.

medad y ahogar sus achaques antes de que se explayen. Veamos qué es lo que sobremanera nos excita: a uno le afectan las ofensas de palabra, a otro las de hecho; uno quiere se respete su nobleza, otro su apostura; éste desea ser tenido por muy elegante, el otro por muy docto, éste es impaciente de la soberbia, éste de la tozudez; aquél no juzga a sus esclavos dignos de encolerizarse [27] con ellos, éste dentro de su casa es cruel, fuera bondadoso; aquél el ser suplicado lo cree envidia, éste el no ser suplicado afrenta. No todos quedan heridos por idéntico avatar; así pues, conviene saber cuál es tu punto débil, para que lo guarnezcas al máximo.

XI. 1 No conviene verlo todo, oírlo todo. Muchas ofensas nos pasarían inadvertidas, de las que bastantes no las sufre quien las ignora. ¿No quieres ser irascible? No seas curioso. Quien inquiere qué es lo que se ha dicho en contra de él, quien escarba palabras malintencionadas, incluso si se han tenido privadamente, él mismo se desasosiega. Cierta interpretación le lleva a que aparenten ofensas; en consecuencia, unas cosas deben recibir largas, otras deben ser ridiculizadas, otras condonadas. 2 Hay que acorralar por distintos procedimientos la ira; muchas cosas truéquense en chiste y broma. Cuentan que Sócrates, contusionado por un encontronazo, no dijo más que: «es molesto que los hombres no sepan cuándo deben ir con casco» [28]. 3 Importa no cómo ha sido cometida la ofensa, sino cómo ha sido inferida; y no veo por qué razón es difícil la moderación, cuando conozco que también los temperamentos de los tiranos, henchidos por la fortuna y su arbitrio, han reprimido su familiar crueldad [29]. 4 Que

[27] Recuérdese que un tipo de desprecio era el no enojarse por no considerar al infractor merecedor del enfado (II, XXXII, 3). Late aquí una censura a la desconsideración del esclavo (cf. *De clementia,* I ,XVIII, 1, para contraste).

[28] Los comentaristas recuerdan que Diógenes Laercio atribuye esta afirmación a Diógenes el Cínico.

[29] Motivaciones, desde luego, más cercanas a *De clementia* que lo afirmado en otros momentos del escrito. Nepote conoce ya la

Pisístrato[30], tirano de los Atenienses, ciertamente ha pasado a la leyenda, una vez que varias cosas en contra de su crueldad un comensal ebrio hubiese proferido y no faltaran quienes deseasen ofrecerle sus manos y unos, de un lado, otros, de otro, atizaran el fuego, con espíritu sereno lo aguantó y lo siguiente a los que se encorajinaban les repuso: «que él no se irritaba contra aquél más que si uno con los ojos vendados se hubiese topado contra su persona».

XII. 1 Un nutrido grupo con su mano ha amasado sus querellas, o recelando cosas falsas o agravando las leves. Muchas veces a nosotros nos sobreviene el arrebato, muchas más veces vamos nosotros a él. El jamás debe ser requerido; incluso cuando acaece, recháceselo. 2 Nadie se dice a sí: «Esto por lo que me irrito o yo lo he hecho o he podido hacerlo»; nadie atiende a la intención del causante, sino el desnudo comportamiento: por descontado, aquél debe ser escrutado, si lo quiso o sucedió, estaba coaccionado o engañado, seguía su propio resentimiento o una recompensa, ejecutó su voluntad o su mano alquiló a otro. Algo cuenta la edad de quien delinque, algo la fortuna, de modo que el conllevarlo y sufrirlo o es humano o, por lo menos, no es humillante[31]. 3 Pongámonos en el lugar en el que se halla aquél contra quien nos irritatamos: ahora nos convierte en airados la desproporcionada apreciación de nosotros mismos[32] y lo que querríamos hacer no queremos sufrirlo. 4 Nadie se da un plazo: con todo, el más excelente antídoto contra la cólera es el tiempo, de suerte que su primer hervor lan-

---

figura del tirano justo: Milciades; Séneca, en *De beneficiis,* II, XVIII, 6, vuelve a hablar del «tirano cruel e iracundo».

[30] Pisístrato fue tirano de Atenas (560-527 a.C.).

[31] Insistencia en temas ya muy conocidos acerca de los motivos de perdón, que se relacionan con la intención. Cf. para la relación, III, XXIV, 3, v. gr.

[32] El tema del «pago de sí» si bien aquí precisado por una interiorización.

guidezca y la niebla que ciega la mente o se disipe o se haga menos densa. Algunas cosas de éstas que te traían de cabeza, una hora, ni tan siquiera un día, lo dulcificará, algunas se desvanecerán totalmente; si nada hubiera aportado el aplazamiento solicitado, quedará claro que se da en ese momento ponderación, no arrebato. Cualquiera cosa que desees saber cómo es, dejásela al tiempo: [33] nada se discierne cabalmente en el oleaje. 5 No pudo impetrar de sí Platón [34] tiempo al enfadarse con un esclavo suyo, mas mandó que al punto se quitara la túnica y ofreciera sus espaldas a los azotes con el objeto de flagelarlo él con sus propias manos; una vez que comprendió que estaba airado, según la había levantado, mantenía en el aire su mano y quedaba en pie igual que el que va a pegar; preguntado luego por un amigo (el cual había llegado por casualidad) qué cosa hacía, contestó: «Demando castigo de un hombre airado». 6 Como aturdido, persistía en el ademán de quien va a castigar, indecoroso en un varón sabio, olvidado ya del esclavo, puesto que otro al que escarmentar con mejor criterio, había encontrado. Así pues, se rehusó la prerrogativa sobre los suyos y muy sorprendido de su falta, exclamó: «Espeusipo, a ese criadillo escarmiéntalo con los vergajos, pues yo estoy enfadado». 7 Por aquello por lo que otro hubiese azotado, él no azotó: «Estoy enfadado», dijo, «haré más de lo que convenga y lo haré muy gustosamente: no quede ese esclavo a merced del dominio de quien no está en el suyo propio» [35]. ¿Alguno desea confiar la venganza al encolerizado, cuando Platón mismo se despojó a sí de su prerrogativa? Que nada te esté permitido, mientras estás encolerizado. ¿Por qué? Porque anhelas que todo te esté consentido.

---

[33] Una ponderación acerca de la «dilación». Cf. nota 66 del libro II.

[34] Recuérdese I, XII, 5. Para la relación Platón-Sócrates, cf. *De beneficiis,* V, VII, 5.

[35] Cf. *De beneficiis,* V, VII, 5, y en este libro, III, XIII, 4, y III, XXXII, 2.

XIII. 1 Lucha contra ti mismo, si deseas doblegar la cólera, ella no podrá contigo. Empiezas a ganar, si ella es arrinconada, si no se le concede asomo. Enterremos sus conatos y a ella, en la medida en que sea posible el hacerlo, mantengámosla oculta y relegada. 2 A trueque de una gran incomodidad por nuestra parte se alcanzará esto, pues ansía ella saltar, encender las miradas y alterar el semblante; mas si el desbordarse fuera de nosotros a ella le ha sido posible, queda encima de nosotros. En el profundo hondón del alma quede a recaudo y sea llevada ella, no que ella lleve [36]; más bien, en la dirección contraria torzamos todos sus brotes: serénese el rostro, la voz sea más suave, el paso más reposado; poco a poco con lo exterior lo interior se conforma. 3 En Sócrates era signo de enfado el bajar la voz, hablar con cierta parsimonia. Era manifiesto que entonces él se hacía fuerza a sí mismo. Asi pues, era sorprendido y regañado por sus familiares y no era para él la desaprobación de su latente enojo desagradable. ¿Por qué no iba a alegrarse de que su enojo muchos lo detectasen, ninguno lo experimentase? Lo hubieran experimentado, empero, a no ser que él hubiese conferido a sus amigos el derecho de reñirle, al igual que él mismo lo había adoptado respecto de sus amigos. 4 ¡Cuánto más esto debe ser practicado por nosotros! Supliquemos a los más amigos que se manifiesten ante nosotros con libertad, precisamente en el instante en que menos podemos tolerarla y no consientan nuestro arrebato, frente a un mal poderoso y para nosotros agraciado, mientras estamos en nuestro juicio, mientras somos de nosotros, requirámoslos. 5 Quienes aguantan mal el vino y recelan de la temeridad y petulancia de su borrachera encargan a los suyos que los retiren del festín; los que conocen su intemperancia durante la enfermedad prohíben se les obedezca en el período de salud quebrantada. 6 Lo mejor es prever barreras frente a los vicios sabidos y antes

[36] Cf. III, XXVII, 5.

de nada disponer de tal manera el ánimo que, incluso, afectado por acontecimientos muy graves y repentinos el arrebato o no lo sienta o, cuando ha brotado por la magnitud de una inesperada ofensa, lo haga recular hasta el último rincón y no manifieste su despecho. 7 Que esto es posible hacerlo quedará de manifiesto si de un nutrido acervo extraigo unos pocos ejemplos, de los cuales es factible aprender dos cosas: cuánto mal supone la ira cuando se vale de toda la capacidad de los individuos prepotentes y cuánto puede ordenarse a ella misma cuando queda atenazada por un miedo mayor.

XIV. 1 Al rey Cambises [37], dado en exceso al vino, Praesepes, uno de sus íntimos, le prevenía que bebiera con más sobriedad, diciendo que era humillante la borrachera en un rey al que las miradas y los oídos de todos seguían. A esto repuso él: «para que sepas cómo jamás voy a sobrepasarme, demostraré ahora que, tras beber, mis ojos y mis manos siguen en condiciones». Bebió luego con más generosidad que otras veces de copas muy capaces y ya pesado y cargado ordena al hijo de su reprensor que avance más allá del umbral y con la mano izquierda levantada por encima de la cabeza permanezca quieto. Tensó entonces su arco y atravesó el mismísimo corazón del muchacho (en efecto, había dicho que acertaría) y abierto el pecho mostró el dardo clavado en la misma víscera y mirando al padre preguntó si tenía firme su pulso. Y él dijo que Apolo no hubiera podido dispararlo más certeramente. 3 ¡Que los dioses malogren a ese esclavo más por su carácter que por su condición! Fue encomiador de una conducta de la cual ya excesivo era ser espectador. Ocasión de halago juzgó el pecho de su hijo en dos partes abierto y el corazón palpitando al fondo de la herida. Debió

[37] Cambises fue rey de Persia, sucediendo a Ciro, su padre (529-522 a.C.). Para la idea de los ojos que siguen para imitar, véase *De Clementia,* I, VIII, 4.

hacerle una contrapuesta acerca de su vanagloria y solicitarle un nuevo disparo para permitir al rey mostrar en el propio padre una mano tan certera. 4 ¡Oh rey sanguinario! ¡Oh merecedor de que contra él se volvieran los arcos de todos los suyos! Aunque hayamos maldito a éste que sus convites despide con suplicios y ejecuciones, con todo, más criminalmente aquel tiro fue ensalzado que lanzado. Veremos cómo debió comportarse un padre, permaneciendo al lado del cadáver de su hijo y de aquel despojo del cual había sido testigo y causa: esto, acerca de lo que ahora se está tratando, demuestra que la ira puede ser suprimida. 5 No maldijo al rey, ni siquiera profirió palabra alguna de infortunado, siendo así que veía traspasado su corazón, al igual que el de su hijo. Puede decirse con verdad que se tragó sus palabras; pues si algo hubiera dicho en calidad de encolerizado, nada como padre podría haber hecho. 6 Puede, digo, parecer haber obrado con más sagacidad en aquella desgracia que cuando apercibía sobre la moderación en el beber a quien era mejor bebiera vino que sangre, el que cuyas manos estuvieran ocupadas con copas suponía la tranquilidad: se sumó, pues, al número de éstos que en medio de inconmensurables desgracias demostraron cuánto cuestan a los amigos de los reyes los sanos consejos.

XV. 1 No dudo de que Harpago [38] insinuara algo parecido también a su rey, que lo era de los Persas. Ofendido con él, le sirvió sus hijos en banquete y luego le preguntó si le complacía el condimentado; después, cuando lo vio suficientemente harto de sus males mandó que le sirvieran las cabezas y le preguntó acerca de cómo había sido acogido. No le faltaron al desdichado palabras, no se le cosió la boca. «En presencia de un rey», dijo, «toda cena es placentera». 2 ¿Qué consiguió con esta adulación? Que no fuera agasajado con el resto. No prohíbo a un padre condenar el comporta-

[38] Harpago fue un noble meda y general de Ciro.

miento de un rey, no prohíbo buscar un castigo proporcionado a tal monstruosidad, mas esto entre tanto coligo, que también la cólera, originada de males descomunales, puede ser escondida y constreñirse con palabras contrarias a ella. 3 Forzoso es ese freno del propio dolor, en especial a los que les cupo en suerte tal género de vida y han sido admitidos a una mesa regia; de esta manera ante ellos se come, de esta manera se bebe, de esta manera se contesta, de los propios difuntos hay que reírse. Veremos si tanto vale la vida: esa es otra cuestión. No conllevaremos tan triste calabozo, no nos animaremos a soportar los caprichos de los carniceros: mostraremos en medio de toda servidumbre el camino abierto hacia la libertad. Si un alma está enferma y por su defecto es desgraciada, a ella le es lícito acabar sus miserias con ella misma. 4 Se lo diría también a aquel que cedió ante el rey que con flechas hería los pechos de sus amigos y a aquel otro cuyo señor sacia con las entrañas de los hijos a los padres: «¿Qué lamentas, loco?»: ¿Qué esperas, que te vengue un enemigo por el exterminio de tu gente o que un rey desde lontananza, poderoso, acuda volando? A donde quieras que mires, allí está el final de tus males. ¿Ves aquel paraje con precipios? Por ahí se baja hasta la libertad. ¿Ves aquel mar, aquel río, aquel pozo? La libertad mora allá en su fondo. ¿Ves aquel árbol esmirriado, requemado, estéril? Pende de él la libertad. ¿Ves tu cuello, tu garganta, tu corazón? Son escapatorias de la servidumbre. ¿Te descubro expedientes demasiado onerosos para ti y que exigen mucho coraje y temple? ¿Buscas cuál es el camino hacia la libertad? Cualquier vena que haya en tu cuerpo [39].

XVI. 1 Ciertamente durante el tiempo en que nada nos parece tan insoportable como para que nos

[39] El suicidio ético es un tema estoico por excelencia. Cf. en primera instancia *De providentia,* VI, 7, y *Epist. ad Lucil.,* LXIX, 6. Para un estudio detenido de este aspecto, véase M. F. Sciacca, *Muerte e inmortalidad* Barcelona, pp. 333 y ss.

expulse de la existencia, la cólera, en cualquier situación en la que nos hallemos, excluyámosla. Perniciosa es para sus servidores; en efecto, toda indignación aboca al propio tormento y sus encargos más abrumadores los experimenta cuanto más porfiadamente los sufre. De la misma manera, los lazos la fiera, mientras se debate, los aprieta; de la misma manera, los pájaros la liga, mientras, aleteando, se la sacuden, la embadurnan por todas sus plumas. No hay yugo tan prieto que no lastime menos al que lo aguanta que al que lo sacude: uno solo es el aliviadero de todos los males desmedidos, sufrirlos y plegarse a sus exigencias. 2 Pero si bien es beneficioso para los súbditos el comedimiento de sus pasiones y sobre todo de ésta, rabiosa y desenfrenada, más beneficioso es para los reyes: se fueron al traste todas las cosas cuando la fortuna consiente cuanto la ira inspira y mucho tiempo no puede permanecer el poder que a trueque de la desgracia de muchos se ejerce [40]; periclita, efectivamente, cuando a los que por separado lloran, un miedo común les une. A muchos así, en ocasiones, unos pocos los han rematado, en ocasiones, todos a una, dado que a concentrar contra un individuo sus iras un general dolor les ha forzado a ellos. 3 Con todo, los más ejercitaron su ira cual un sello regio, como Darío [41], quien el primero tras haber arrebatado el poder al mago, rigió a los Persas y gran parte del Oriente. Pues como hubiese declarado la guerra a los Escitas que le confinaban por el levante, implorado por el noble Oebazo para que de sus tres hijos le dejara uno como solaz de su padre y se sirviera del concurso de los otros dos, prometiendo más

---

[40] La idea del poder y del odio mentados a propósito del verso de Accio (I, XX, 4) reaparecen aquí, si bien en otra orientación más próxima al tema del buen gobernante que a Séneca, remachamos, le va a preocupar muy mucho en *De clementia,* cf., v. gr., I, XIV.

[41] También Valerio Máximo en la presentación que hace de Darío elogia el hecho de haber acabado con el poder de los magos: III, 2, ext. 2, y VII, 3, ext. 2.

de lo que se le pedía, afirmó que le devolvería a todos, y muertos los tendió ante la mirada de su padre, cruel hubiera sido si se hubiese llevado a todos consigo. 4 ¡Pero cuánto más accesible Jerjes! quien a Picio, padre de cinco hijos, que le solicitaba el licenciamiento de uno solo, le permitió elegir a quien quisiera, luego al que había escogido en dos partes seccionado a ambos lados del camino lo puso y con esta víctima purificó su ejército. Encontró, efectivamente, el final que mereció: derrotado y a lo largo y a lo ancho en desbandada y contemplando por doquier su abatida ruina, deambuló entre los cadáveres de los suyos en derredor.

XVII. 1 Esta ferocidad se dio en la ira de unos reyes bárbaros, a los que ninguna educación, ningún cultivo de las letras había impregnado. Te propondré del regazo de Aristóteles al rey Alejandro [42], quien a su muy estimado Clito, juntamente educado con él, también durante un banquete, atravesó y ciertamente con su propia mano, por poco adulador y a regañadientes pasar de macedonio y libre a la esclavitud persa. 2 Además, a Lisímaco, amigo igualmente suyo, lo arrojó a un león. ¿Y, por ventura, el tal Lisímaco, escabullido por una bienandanza de los colmillos de los leones, por ello, cuando reinó, fue más benigno? 3 Ciertamente al rodio Telesforo, amigo suyo, mutilado por doquier, una vez que le seccionó las narices y las orejas, dentro de una jaula como a un animal raro y desconocido durante largo tiempo lo alimentó, una vez que la deformidad de su rostro desfigurado y mutilado le había hecho perder su conformación humana; se agregaban el hambre, la suciedad y la inmundicia de su cuerpo abandonado en su propio estercolero; 4 además de esto por sus rodillas y sus manos encallecidas, que las estrecheces del lugar obligaban a emplear como pies, también sus costados ulcerados por el

[42] Juntura de dos bestias negras de Séneca, el «rey» y Aristóteles. La ironía del destino resultará amarga para el filósofo de Córdoba: otro tanto podría decirse de Nerón y de él.

roce, no menos repugnante que aterradora resultaba su apariencia para los visitantes y convertido merced a sus propias penalidades en un monstruo, ahuyentaba incluso la compasión [43]. Mas aunque del todo desemejante a un hombre era quien aquello padecía, más desemejante era quien lo provocaba.

XVIII. 1 ¡Ojalá esa saña se hubiese reducido a testimonios foráneos y no se hubiese inoculado en los hábitos romanos junto con otros vicios adventicios también la salvajada en torturas y enojos! [44] A M. Mario, a quien en cada barrio el pueblo había erigido estatuas, a quien con incienso y vino se suplicaba, L. Sila ordenó cortarle las piernas, vaciarle los ojos, amputarle la lengua y las manos y cual si lo matara todas las veces que lo hería, lentamente y uno por uno sus miembros le laceró. 2 ¿Quién era el sicario de esa orden? ¿Quién si no Catilina [45] que ya entonces en toda fechoría ponía sus manos? El ante la sepultura de Quinto Cátulo [46] lo desgarraba, abrumador sobremanera para las cenizas de un prohombre bondadoso, sobre las que un sujeto de pésima conducta, con todo popular y no tan inmerecida como excesivamente apreciado, gota a gota su sangre derramaba. Merecedor era Mario de sufrir aquello, Sila de ordenarlo, Catilina de ejecutarlo, pero indigna la República de recibir en su propio cuerpo a la vez los espadones de enemigos y justicieros. 3 ¿Y por qué busco hechos pasados? Ha poco C. César [47] a Sexto Papinio, cuyo padre era ex-cónsul, a Be-

---

[43] Cf. *Epist. ad Lucil.*, LXX, 6.

[44] Queja retórica que mitiga un tanto la decepción nacionalista. También la conoce Valerio Máximo.

[45] Tres grandes enemigos de Roma.

[46] Q. Cátulo fue colega de Mario en la guerra Cimbria y víctima de la proscripción, lo que le llevó al suicidio. Por tanto, nos encontramos ante un magnífico montaje de hechos y de ideas por parte de Séneca.

[47] Otra vez Calígula al que se sitúa en el próximo pasado, como culminación de abyección, por eso no es sincera la disculpa de XIX, 5.

tileno Beso, cuestor suyo, hijo de su procurador, y a otros, tanto senadores como caballeros romanos, en un solo día los abrió a latigazos, los torturó no a causa de una pesquisa sino por causa de su animosidad. 4 Luego hasta tal punto se mostró incapaz de retrasar su complacencia que desmedida su crueldad sin demora reclamaba, que en una galería de los jardines de su madre, la cual separa el pórtico de la ribera, paseándose con matronas y senadores degollaba a algunos de ellos a la luz de una lámpara. ¿Qué le azuzaba? ¿Qué peligro, personal o hacia su figura pública, una noche tan solo le amagaba? ¡Cuán poco le hubiese supuesto aguardar finalmente al amanecer, para no rematar a senadores del pueblo romano en sandalias! [48]

XIX. 1 ¡Cuán orgullosa haya sido su saña, a nuestro objeto atañe el averiguarlo, aunque a alguno podamos darle la impresión de desviarnos y salirnos por la tangente! ; mas ello mismo será un aspecto de la cólera que se ensaña por encima de lo usual. Había muerto a latigazos a senadores; él mismo hizo se pudiera afirmar, «suele hacerse». Había torturado por todos los procedimientos más penosos que existen en el mundo, con cuerdas, con borceguíes, con el potro, a fuego, con su expresión misma. 2 Y en este pasaje se alegará: « ¡Gran cosa si tres senadores como a esclavos inútiles entre azotes y quemaduras ha descuartizado un tipo que tenía intenciones de eliminar a todo el senado, que anhelaba que todo el pueblo romano tuviera una única cerviz para acogotar de un solo tajo y de una sola vez sus crímenes diseminados en tantos lugares y momentos! » ¿Qué hay tan inaudito como un suplicio nocturno? Admitamos que los latrocinios suelen ocultarse en la obscuridad, los escarmientos cuanto más no-

[48] Calígula debe su apodo a un tipo de sandalias. Durísima ironía de «soleatus» que aleja la imagen del niño en el campamento. Que es la encarnación de la ira se desprende del cotejo III, XIX, 1 con III, III, 6.

torios son, más aprovechan con vistas al ejemplo y a la enmienda. 3 Y en este punto se me alegará: «de lo que con tanta intensidad te admiras, para esa bestia es lo cotidiano; para esto vive, para esto vela, para esto elucubra». Ningún otro, al menos, se encontrará que haya mandado el que de todos aquellos contra los cuales ordenaba se tomaran medidas, fuera taponada la boca, introduciendo una esponja, con el objeto de que no tuvieran posibilidad de emitir palabra. ¿A quién a punto de morir no le ha sido dejado siempre un medio por el que exteriorizara su lamento? Tuvo miedo de que su extremado sufrimiento profiriera una palabra asaz franca, de escuchar algo que no quisiera; sabía, empero, eran incontables las cosas que nadie, que no fuera a morir, se atrevería a reprocharle a él. 4 Cuando no se encontraban esponjas, mandaba se rasgaran las ropas de los infortunados y que sus retales fueran introducidos en la boca. ¿Qué crueldad es ésa? ¡Séale posible el exhalar su postrer aliento, dale al alma un conducto para expirar, séale posible despedirla no a través de la herida! 5 Resulta prolijo añadir a esto el hecho de que también eliminó a los padres de los ejecutados durante la misma noche, mandando centuriones a las casas, o sea que un sujeto compasivo les libró de su duelo: ciertamente no es mi propósito describir la saña de Calígula, sino la de la cólera: la cual no sólo a título personal se enfurece sino que a pueblos enteros destroza, sino que a ciudades y a ríos y a cosas exentas de toda sensación de dolor azota.

XX. 1 Así el rey de los Persas cortó las narices a toda una población de Siria, de donde al lugar le viene el nombre de Rinoclura. ¿Juzgas que él fue comedido porque no segó las cabezas completas? Con una novedosa modalidad de escarmiento se satisfizo. 2 Algo parecido hubiesen sufrido los Etíopes, quienes a causa de la prolongadísima longevidad de su existencia son llamados Macrobios; en efecto, contra ellos, porque con sus palmas hacia arriba no habían aceptado

la esclavitud[49] y a los legados comisionados les habían dado respuestas francas, las cuales los reyes conceptúan como afrentosas, Cambises bramaba, sin aprovisionarse de víveres y por itinerarios en absoluto reconocidos, a través de vericuetos, por sequedales remolcaba toda una tropa útil para la guerra. A él en el transcurso de la primera etapa le faltaban las cosas imprescindibles y nada le suministraba una región estéril, desierta y desconocida del tránsito humano: 3 entretenían el hambre, primeramente, la parte más tierna de las hojas y los brotes de los árboles, luego cueros ablandados al fuego y todo lo que la necesidad trocaba en alimento; una vez que entre las arenas tampoco había raíces y yerbas y surgió delante de su vista un desierto desprovisto de animales, echando a suerte a uno de cada diez obtuvieron un alimento más espantoso que el hambre. 4 Arrastraba aún al rey despeñado su cólera, si bien una parte del ejército la había perdido, la otra parte la había devorado, hasta que temió que también él fuera convocado a sorteo[50]: sólo entonces dio la orden de retirada. Se le reservaba entre tanto a él exquisitas aves y los menajes para sus banquetes en camellos eran transportados, mientras que sus soldados se sorteaban quién moriría infaustamente, quién quedaría más calamitosamente con vida.

XXI. 1. Este se airó con un pueblo ignoto e inocente, con todo, vivo; Ciro[51] contra un río. En efecto, como con intención de atacar Babilonia se apresurara a una guerra, cuyo momento culminante estribaba en el sentido de la oportunidad, intentó atravesar el desbordado río Gindes por un ancho vado, lo cual es poco

[49] De un individuo se ha dicho lo mismo en III, XVII, 1. Desarrollo del tema «individuo»-«ciudadanía»; cf. también III, XXIX, 1.

[50] Observación psicológica acerca de la cobardía. Cf. I, XI, 4, y I, XIII, 4, para un desarrollo de esta afirmación.

[51] Rey de Persia, apodado el Grande. Nótese la tensión entre la actitud el rey y lo inerte del objeto de su ira. Véase lo dicho en II, XXVI, 2.

seguro, incluso cuando acusa el estiaje y queda reducido al mínimo. Allí uno de los caballos blancos que solían tirar del carro real, tragado, impresionó vivamente al rey; juró, en consecuencia, que él aquel río que se llevaba el séquito de un rey, lo achicaría al punto de que pudiera ser atravesado y hollado incluso por las mujeres. 3 Inmediatamente trasladó allí toda la dotación bélica y se aplicó a esta tarea durante todo el tiempo preciso hasta que, distribuido su cauce en ciento ochenta conductos, lo dispersó en trescientos sesenta regatos y lo dejó seco al correr sus aguas en direcciones distintas [52]. 4 De esta manera se le fue también el tiempo, importante pérdida en los asuntos importantes, y el brío de sus soldados que un trabajo inútil quebrantó y la ocasión de atacar a los desprevenidos, en tanto que él libraba una guerra declarada al enemigo contra un río. 5 Esta furia (¿qué otra cosa, a decir verdad, la vas a llamar?) también afectó a los romanos. Efectivamente, C. César [53] demolió una hermosísima quinta en Herculano, porque su madre, tiempo atrás, había estado confinada en ella, y a causa de esto le granjeó notorio sino; pues, estando en pie, la pasábamos de largo, navegando, ahora se inquiere el motivo de su demolición.

XXII. 1 Y hay que meditar estas conductas, las cuales evitarás, y, a la inversa, aquellas que has de seguir, contenidas, sosegadas, para las que ni faltó motivo de airarse ni posibilidad de vengarse. 2 En efecto, ¿qué fue más hacedero para Antígono [54] que el mandar que dos soldados rasos fueran pasados por las armas, los cuales, recostados contra la tienda del rey, hacían

---

[52] Una consideración favorable de este mismo episodio puede hallarla el lector en los versos 1017 y ss. de las *Octavas dirigidas al Rey Don Felipe Nuestro Señor* de Francisco de Aldana.

[53] No pierde ocasión Séneca de arremeter contra Calígula, pese al rasgo humano que subyace en el gesto.

[54] Dulcificación del tema del rey, aquí aparece la figura del rey bondadoso.

lo que los hombres con gran riesgo y complacencia hacen, opinaban mal acerca de su rey? Había escuchado todo Antígono, siendo así que entre quienes hablaban y quien oía, únicamente mediaba una lona, la cual él movió ligeramente y dijo: «Id más lejos, para que no os oiga el rey». 3 Este mismo, una noche, como a algunos de sus soldados les hubiera escuchado lanzando todas sus maldiciones contra el rey que les había metido en aquel camino y en un lodazal impracticable, se aproximó a los que forcejeaban hasta la extenuación y una vez que los hubo sacado, ignorantes ellos de quién les ayudaba, dijo: «ahora hablad mal de Antígono, por cuyo desacierto habéis caído en medio de estos infortunios, en cambio, desead el bien al que os ha sacado de esta hoya». 4 Este mismo con tan benevolente predisposición aguantó los dicterios de sus enemigos como los de sus súbditos. De esta manera, como en cierto pequeño fortín los griegos quedaran asediados y por la seguridad de la posición despreciando al enemigo, gastaran muchas bromas sobre la deformidad de Antígono y se mofaran ahora de su baja estatura, luego de su nariz aplastada, dijo: «me huelgo y alguna ventaja espero, si en mi campamento tengo a Sileno». 5 Una vez que a estos deslenguados los hubiese metido en cintura con el hambre, respecto de los prisioneros se produjo de manera que los que eran útiles para el servicio los alistó en las cohortes, el resto lo puso a disposición del pregonero y esto, dijo, que él no lo habría hecho a no ser que les convenía el tener un amo a ellos que tenían tan mala lengua [55].

XXIII. 1 De éste fue nieto Alejandro [55 bis], el que la lanza contra sus invitados disparaba, el que de los dos amigos, los cuales poco antes he mencionado, a uno lo arrojó a una fiera, el otro a sí mismo. De estos dos,

[55] Los comentaristas vacilan en la identificación de este Antígono.

[55 bis] Cf. III, XVII, 1. Los comentaristas señalan el error cometido por Séneca en esta filiación.

empero, el que fue echado al león, sobrevivió. 2 No heredó esta perversión de su abuelo él, ni tampoco su padre; pues si alguna cualidad hubo en Filipo, fue también sobrellevar las ofensas, importante instrumento para la gobernación de un reino [56]. Ante él Democares [57], llamado Parresiastes por su excesivo y procaz lenguaje, se había presentado entre otros legados de los Atenienses. Escuchada pacientemente la legación, Filipo, dijo: «Decidme qué podría hacer que resultase grato a los Atenienses.» Atajó Democares y dijo: «Colgarte.» 3 La indignación de los presentes ante tan inhumana respuesta se había desbordado; a ellos Filipo les mandó guardar silencio y al Tersita dejarlo ir sano y salvo. «Mas vosotros, dijo, los demás legados, anunciad a los Atenienses que mucho más altaneros son quienes esas cosas las dicen que quienes las escuchan cuando impunemente pueden ser proferidas.» 4 Muchas cosas dignas de recordación hizo también y dijo el divino Augusto, de las que se prueba que la ira a él no le dominaba. El escritor de historia, Timagenes [58], había dicho ciertas cosas contra él, otras contra su esposa y contra toda la familia y no había malgastado sus palabras; en efecto, de sobra se traían y se llevaban y en la boca de las gentes temeraria es la agudeza. 5 Con frecuencia a él César le previno usara de su lengua con más moderación, insistiendo aquél, lo excluyó de su casa. Después Timagenes en la familiaridad de Asino Polión [59] se hizo viejo y quedó al margen de toda la ciudad; ninguna puerta, al serle cerrada la casa de César, se le hurtó. 6 Las Historias que tiempo después había escrito, las leyó en público y los libros que

---

56 De nuevo la preocupación del buen gobernante.

57 Era un pariente de Demóstenes.

58 Historiador griego.

59 A. Polión, amigo de Octavio y Antonio. Con motivo del nacimiento de un hijo suyo Virgilio le dedicó la famosa Bucólica Cuarta; que a él está dirigida no es dudoso; que el niño sea el hijo no parece tan verosímil; al menos que se sepa nadie ha refutado la argumentación de S. Reinach al respecto.

contenían las gestas de César Augusto los puso sobre una hoguera; sus rivalidades las mantuvo con César; nadie receló a causa de la amistad con él; nadie lo rehuyó como al herido por el rayo[60]; hubo quien le ofreciera al caer de tan alto su acogida. 7 Soportó esto, como he dicho, César pacientemente, ni tan siquiera molesto porque sobre sus glorias y gestas había puesto las manos; jamás ante el huésped de su enemigo se quejó. 8 Esto tan sólo dijo a Asinio Polión: «alimentas a una fiera»[61]; luego, cuando le presentaba excusas, le atajó y afirmó: «Disfruta, mi Polión, disfruta» y como Polión replicase, «si lo ordenas, César al punto le vedo mi casa», «¿crees que voy a hacer eso», dijo, «cuando yo os he restituido en la amistad?». En efecto, tiempo atrás había estado con Timagenes enojado Polión y no había tenido ningún otro motivo para dejarlo que el que César había empezado a estarlo.

XXIV. 1 Dígase, pues, a sí mismo cada uno cuantas veces está soliviantado: «¿Por ventura, soy más poderoso que Filipo?» Ante él, empero, impune quedó el dicterio. ¿Por ventura, en mi casa tengo más poder que el que en toda la redondez de la tierra el divino Augusto tuvo?» El, sin embargo, se contentó con distanciarse de su ultrajador. 2 ¿Qué razón hay para que yo una respuesta algo desentonada de mi esclavo y un semblante asaz contumaz y un balbuceo que casi no llega hasta mí, con látigos y grillos los castigue? ¿Quién soy yo para que sea una profanación molestar mis oídos? Han perdonado incontables a sus enemigos: ¿yo no voy a perdonar a los indolentes, a los negligentes, a los parlanchines? 3 Que al niño su edad lo excuse, a la mujer su sexo, al extranjero su fuero, al próximo su familiaridad. Ahora por primera vez nos ofende, pensemos en cuánto tiempo nos ha compla-

---

60 A quien sufre tal percance se le considera maldito.

61 En el original la palabra está en griego, lo cual se considera en este momento de buen tono. Cf. antes II, V, 5.

cido; muchas y más veces nos ofende, conllevemos lo que durante tanto tiempo hemos conllevado. Es amigo, hizo lo que no quiso; enemigo, ha hecho lo que ha debido. 4 Del más sagaz fiémonos, al más necio dejémoslo; ante ellos sean quienes sean respondámonos a nosotros mismos lo que sigue: también los más sabios individuos han delinquido en muchas cosas, que nadie es tan comedido cuyo esmero en alguna ocasión no se le haya escapado, nadie tan maduro cuya ponderación en una actuación de sobra fogosa el azar no empeñe, nadie tan cauto ante las ofensas que en ellas, mientras las esquiva, no dé.

XXV. 1 Como a un hombre pusilánime de consuelo le sirve el que también en el transcurso de sus desgracias vacila la suerte de los grandes personajes y más serenamente a su hijo en su rincón ha llorado el que ve que las tristes comitivas también son conducidas desde el interior de palacio, así con el espíritu más sosegado el ser herido por alguien soporta, ser despreciado por cualquiera, quien a su mente se presenta el hecho de que no hay poder tan grande contra el cual no ocurra perjuicio. 2 Y si también los más sagaces delinquen, ¿de quién el error no tiene una buena excusa? Repasemos cuántas veces nuestra juventud ha sido poco diligente de su deber, en la conversación poco comedida, en la bebida poco templada. Si se ha enojado, dejémosle un desahogo en el que pueda calibrar lo que ha hecho: él mismo se castigará. En última instancia, que deba una expiación; no hay motivo para que con él hagamos lo mismo. 3 Lo que sigue no quedará en duda, se librará de la masa y a más altura se situará todo el que desprecia a sus ofensores: característico es de la auténtica grandeza el no sentirse afectado [62]. Así la fiera salvaje al ladrido de los perros, cauta, retrocede, así ineficaz contra un gran

[62] Tema del retiro. Cf., en primera instancia, *De otio,* I, 1; *De vita beata,* I, 4.

escollo la ola bate. 4 Quien no se aíra inmune a la ofensa persiste, quien se aíra se siente zarandeado. 4 Mas aquél al que ha poco por encima de todo contratiempo he situado, tiene en su entraña el soberano bien y no tan sólo al hombre sino a la propia fortuna arguye: «aunque intentes todo, eres demasiado poco como para secuestrarme mi serenidad». Impide esto la razón, a la cual mi vida, para que la rija, le he ofrendado. Más daño me ocasionaría la ira que la injuria: ¿y por qué más? De ésta su alcance es sabido, hasta dónde me ha de llevar aquélla, es incierto [63].

XXVI. 1 No puedo, afirmas, sufrirlo; penoso es soportar una afrenta.— Mientes, ¿pues quién no puede conllevar una ofensa es el que puede tolerar la cólera? Suma ahora lo que haces para soportar la cólera y ofensa. ¿Por qué conllevas la rabieta del enfermo y los improperios del enajenado y las torpes manos de los niños? Ciertamente porque dan la impresión de no saber lo que hacen. ¿Qué importa por qué defecto se convierte cada individuo en un insensato? La insensatez es en todos pareja defensa. 2 ¿Qué, pues, dices le será impune? Piensa quererlo tú, con todo no lo será; en efecto, el mayor castigo de una ofensa cometida es el haberla hecho [64] y nadie se aflige más vivamente que quien se entrega al suplicio del remordimiento. 3 Luego, hay que atender al tenor de la naturaleza de los comportamientos humanos, a fin de que de todas las incidencias seamos ecuánimes jueces; en cambio, es injusto quien un vicio común lo endosa a los individuos concretos. No es para los Etíopes entre los suyos característico el color ni el royo cabello y recogido con un nudo, entre los Germanos, a un hombre denigra; en uno no estimarás nada reprochable o disonante de

---

[63] De nuevo, el tema del exceso. Cf. II, XIII, 3.

[64] La pena como algo que afecta interiormente al individuo por su mala acción, sin que haya necesidad de esperar el castigo impuesto a tal sujeto por otra instancia exterior a él. Véase nota 18 del libro II.

lo que entre su gente sea general. Y estas cosas que he consignado de una región y de un rincón la costumbre lo excusa; mira, ahora, cuanto más justificada esté la excusa en aquellas cosas que por todo el género humano están difundidas. 4 Todos somos imprevisores y descuidados, todos inseguros, quejicantes, ambiciosos (¿por qué bajo palabras un tanto suaves un mal general camuflo?) todos somos malos[65]. Así lo que se reprende en otro, eso mismo cada uno lo encontrará en su hondón. ¿Por qué de aquél su palidez, de aquél su escualidez reprochas? Es una plaga. Así pues, más condescendientes seamos mutuamente: malos entre malos convivimos. Una sola cosa nos puede volver serenos, la conjunción de una mutua disponibilidad.— 5 El ya me ha hecho el daño, yo a él no.— Pero quizás ya a alguien has ofendido, pero lo vas a ofender. No cuentes esta hora o este día, examina la disposición entera de tu espíritu: aun en el caso de que ningún mal hayas hecho, puedes hacerlo.

XXVII. 1 ¡Cuánto más juicioso es restañar la ofensa que vengarla! Mucho tiempo la venganza consume, a merced de demasiadas ofensas se expone por dolerse de una: durante más tiempo nos encolerizamos todos de lo que hemos sido ofendidos. ¡Cuánto mejor es desviarse hacia otro derrotero y no enfrentar defectos con defectos! ¿Acaso parecería estar en sus cabales uno si la mula hostiga a coces[66] y al perro con mordiscos? Esos, dices, no saben que delinquen.— 2 En primer lugar, cuán injusto es aquel ante quien el ser hombre daña a la hora de obtener perdón. Luego, si a las demás criaturas las sustrae de tu arrebato el hecho de que carecen de discreción, en la misma situación séate cualquiera que carece de discreción: ¿pues qué importancia tiene si posee otros atributos distintos a los irracionales, si esto que en toda falta a los

[65] Culminación del pesimismo. Cf. al respecto I, III, 2.
[66] Los comentaristas recuerdan aquí a Plutarco, *De cohibenda ira,* 8.

irracionales excusa, lo posee: el obnubilamiento del espíritu? 3 Ha cometido una falta. ¿Esto sucede ciertamente por primera vez? ¿Ciertamente esto es la última? No hay razón para que te fíes de él, incluso si afirmara: «No lo haré más» y ése delinquirá y contra ese otro y toda la vida zumbará entre yerros. Con docilidad lo indócil hay que tratar. 4 Lo que en el duelo suele ser indicado muy eficazmente, también en la cólera se indicará: «¿si alguna vez vas a parar o nunca?». Si en algún momento, ¡cuánto mejor es dejar la ira que ser dejado por la ira! ¿Si siempre va a permanecer esa convulsión? ¿Ves cuán intranquila existencia te pronosticas? ¿En efecto, cuál será la del constantemente congestionado? 5 Añade ahora el que, aun cuando en justicia tú mismo te inflames y al punto motivos con los que espolearte, renueves, por ella misma la ira se pasará e ímpetus el tiempo le sustraerá: ¡cuánto mejor es que ella sea vencida por ti que tú por ella![67]

XXVIII. 1 Contra éste te vas a encolerizar, luego contra aquél; contra los esclavos, luego contra los libertos; contra los progenitores, luego contra los hijos; contra los conocidos, luego contra los desconocidos: donde quieras, por supuesto, los motivos sobran, a no ser que un espíritu conciliador acuda. De aquí para allá el extravío te transportará, de acullá hacia otra parte y apareciendo ininterrumpidamente nuevos motivos se perpetuará tu rabia[68]: ea, desgraciado, ¿y cuándo vas a querer? ¡Oh cuán precioso tiempo pierdes en una cosa vil! 2 ¡Cuánto mejor era ahora granjearte amigos, templar enemigos, servir el interés público, volcar en los asuntos domésticos tu esfuerzo, que acechar qué mal puedes propinar a otro, qué percance infligir a su dignidad, a su patrimonio o a la persona

---

[67] Cf. nota 36 de este libro.

[68] Rasgo de penetración y perspicacia psicológicas. Cf. III, XXXV, 1.

de un semejante, cuando ello a ti no puede sucederte sin porfía ni riesgo, aun en el caso de que arremetas contra un inferior! 3 Sea que lo recibas maniatado y expuesto según tu albedrío a no importa qué punición, a menudo el ímpetu excesivo de quien azota, desplaza una articulación de su sitio o deja un nervio en los dientes que había roto; a muchos el arrebato los dejó mancos, a muchos tullidos, incluso cuando toparon con una materia inerte. Añade ahora que nada tan débil ha nacido que sin riesgo para quien lo ataca, perezca: a los apocados con los más arrojados, unas veces, el dolor iguala, otras veces, el acaso. 4 ¡Qué razón hay para que muchas de estas cosas por las que nos airamos, nos ofendan más de lo que nos lastiman? Ciertamente importa mucho si uno se opone a mi voluntad o se desentiende, si roba o no da. ¿Es más, a la par ponemos si uno lo anula o dice que no, si ataja nuestra esperanza o la difiere, si obra en contra de nosotros o en su favor, por simpatía hacia otro o por ojeriza contra nosotros? 5 Es verdad, algunos no sólo tienen motivos justificados para estar en contra de nosotros, sino también honrados: uno defiende a su padre, otro a su hermano, otro a su patria, otro a un amigo, a éstos, con todo, no los perdonamos por obrar así, lo cual si no hicieran, se lo desaprobaríamos, más bien, lo cual es increíble, normalmente acerca de la conducta juzgamos favorablemente, de quien la practica, mal. 6 Mas, por Hércules, un hombre magnánimo y además justo al más denodado de sus enemigos y al más esforzado en aras de la libertad y la salvaguardia de la patria admira y con tal ciudadano y con tal soldado desea codearse.

XXIX 1 Vil es odiar al que alabas; pero cuánto más vil es odiar a uno por aquello por lo que es digno de compasión: si cautivo, atrapado de pronto en la servidumbre, retiene los flecos de su libertad y a los trabajos humillantes y laboriosos pronto no se apresta, si por su sedentarismo tarde a la carrera el caballo o el

carro de su amo no alcanza, si durante su cotidiana vela cansado el sueño lo ha podido, si la faena agrícola rehúsa o no la acomete con entereza, desde una servidumbre urbana y descansada transferido a una ímproba tarea! 2 Distingamos si uno no puede o no quiere: a muchos los perdonaríamos si empezáramos por juzgar antes que por enfadarnos. Ahora, empero, el primer impulso seguimos, luego, aunque infundios nos hayan excitado, nos obstinamos con el fin de no parecer haber principiado sin motivo y lo que es totalmente inicuo, más tesoneros nos hace la desproporción de nuestra cólera: en efecto, la mantenemos y la acrecentamos, cual si fuera una justificación de quien se aíra en justicia el airarse violentamente.

XXX. 1 ¡Cuánto mejor es calibrar cuán livianos, cuán anodinos son sus mismos comienzos! Y esto que ves sucede en los animales irracionales, lo mismo en el hombre debes colegir: por cosas fútiles y vanas nos turbamos. Al toro el color rojo lo excita, delante de una sombra el áspid se yergue, a los osos y a los leones un pañuelo los provoca: todo lo que por naturaleza es fiero y rabioso queda transtornado ante futilidades. 2 Lo mismo sucede a talantes inquietos y necios por su desconfianza ante las cosas quedan tocados hasta tal punto que ciertamente a veces como ofensas computan pequeñas ayudas, en las cuales es muy frecuente y, desde luego, muy violenta la ocasión de enfado. En efecto, con los más queridos nos airamos, supuesto que nos han servido a nosotros en menos de lo que habíamos imaginado en nuestra mente y de lo que los demás han tenido, siendo así que el antídoto contra ambas cosas está preparado. 3 Más condescendiente ha sido con el otro: que nuestras cosas nos complazcan sin la comparación, nunca será feliz a quien le atormente otro más feliz. Menos tengo de lo que esperé: pero tal vez esperé más de lo que debí. Este aspecto es muy de temer, de aquí nacen los enfados más nocivos y que han de atropellar todo lo más sagra-

do. 4 Al divino Julio lo apuñalaron más amigos que enemigos, cuyas insaciables apetencias no había colmado. Quiso, ciertamente, él (pues nadie usó más generosamente de su victoria, de la cual nada reclamó para sí, a no ser el privilegio de perdonar) pero ¿cómo podría abastecer tan desmedidos deseos, supuesto que todos codiciaban cuanto sólo uno podía tener? 5 Vio, pues, con las espadas desenvainadas en derredor de su asiento a sus compañeros, a Cimbro Tulo [69], poco antes acérrimo defensor de su facción y a los demás, después de Pompeyo solamente pompeyanos. Esta conducta atrajo contra los reyes sus propias armas y a los más leales empuja a planear la muerte de aquéllos por los que y delante de los que habían hecho promesa de morir.

XXXI. 1 A nadie que mire lo ajeno lo suyo le complace: de ahí que también con los dioses nos encolerizamos, porque alguien nos aventaja, olvidando cuántos hombres quedan a la zaga y quien a pocos envidia cuánto de inconmensurable envidia le sigue a la espalda. No obstante, tan grande es el descontento de los humanos que, aunque hayan recibido mucho, a título de injusticia queda el haber podido recibir más. 2 «Me ha dado la pretura, pero yo había esperado el consulado; me concedió las doce fasces, pero no me nombró cónsul ordinario; que por mí se datara el año quiso, pero me desasistió en el sacerdocio; he sido incorporado a un colegio, ¿mas por qué a uno solo? Coronó mi dignidad, pero a mi patrimonio nada aportó: me concedió cosas que debía dar a cualquiera, de lo suyo nada me ofreció.» 3 Ea, mejor da las gracias por lo que has recibido; el resto espéralo y de no estar colmado alégrate: entre las satisfacciones está el que no haya algo que esperar. A todos los has superado: alégrate de ser el primero en el sentir de tu amigo

[69] Cimbro, partidario de César, es la encarnación de la afirmación amarga que cierra este capítulo. Todo esto debe combinarse con los temas ya vistos de la lealtad encontrada, la amistad derrumbada...

muchos te han sobrepasado: mira a cuántos más llevas la delantera que sigues. ¿Cuál es el mayor defecto en ti, indagas? Erróneos los cálculos echas: lo dado estímalo en mucho, lo recibido en poco.

XXXII. 1 Cosas distintas en individuos diferentes nos detienen: con algunos tenemos que enfadarnos, a algunos respetamos, a algunos estorbamos. ¡Gran cosa, sin duda, haríamos, si a un pobre siervo lo metemos en el calabozo! ¿Por qué nos precipitamos a azotarlo a las primeras de cambio, a partirle al punto las piernas? 2 No se esfumará ese poder, si queda postpuesto. Deja que llegue el tiempo en que nosotros mandemos ahora al dictado de la cólera nos pronunciaríamos: cuando ella se vaya, entonces veremos en cuánto esta querella ha de ser estimada: en esto, efectivamente, sobremanera nos engañamos: a la espada recurrimos, a las ejecuciones capitales y con grilletes, encarcelamiento y hambre escarmentamos una conducta que debía ser castigada con más leves flagelos. 3 ¿Preguntas cómo nos recomiendas examinemos cuán nimias, viles y pueriles son todas las cosas por las que creemos ser ofendidos?— Yo, en verdad, a nada os animaría más que a adoptar un gran coraje y estas cosas por las que litigamos, discurrimos, nos impacientamos, ver cuán rastreras y bajas son, para nadie que piensa en algo elevado y magnífico, dignas de consideración.—

XXXIII. 1 En torno al dinero se forma mucha algarabía [70]: él agota el foro, a padres e hijos enzarza, venenos macera, espadas tanto a sayones como a legiones entrega, él está de nuestra sangre empapado, por él las noches de esposas y maridos chirrían de disputas y los tribunales de los magistrados agobia la turbamulta, los reyes se ensañan y roban, y ciudades, gracias al largo esfuerzo de generaciones levantadas, arrasan con

[70] Para una consideración más matizada de las riquezas, cf. *De vita beata,* XXIV, 5. Para la tensión, desagradecimiento-concordia, *De beneficiis,* IV, XVIII, 1.

el objeto de rebuscar el oro y la plata por entre las cenizas de sus construcciones. 2 Gusta echar un vistazo a los cofres enterrados en un rincón: éstos son por los que, en medio de gritos, los ojos se saltan, con el alboroto de los tribunales las basílicas retumban, hechos venir de remotas regiones los jueces toman asiento para juzgar de quién es más justa la avaricia. 3 ¿Y qué ni siquiera por un cofre, sino por un puñado del vil metal o el denario cargado por el esclavo un anciano que va a morir sin heredero, se parte de bilis? Y si por usura incluso una milésima parte un achacoso prestamista con los pies contrahechos y las manos ya no en condiciones de acaparar, chilla y sus ases mediante asignación durante los mismos accesos de su mal reclama. 4 Aunque todo el metálico que de todas las minas que excavamos, ahora mismo, me lo presentaras, aunque me arrojaras en medio todos los tesoros cualesquiera que sean los que ocultan, la avaricia de nuevo bajo tierra pone lo que en mala hora había sacado: todo ese montón no lo reputaría digno de que frunza la frente de un hombre de bien. ¡De cuánto escarnio han de ser acompañadas las cosas que nos arrancan lágrimas!

XXXIV. 1 Ea, ahora, examina el resto, comidas, bebidas y a causa de estos fastos la ambición, la presunción, las palabras desconsideradas, los ademanes poco decorosos del cuerpo, los tozudos jumentos y los indolentes siervos y las sospechas y las interpretaciones maliciosas de una palabra ajena, con las que se logra se compute entre las ofensas de la naturaleza la palabra dada al hombre: créeme, leves son las cosas por las que nos enardecemos no levemente, cuales las que a los niños mueven a pelea y discusión. 2 Nada de estas cosas que tan pesarosos soportamos es seria, nada es importante: de ahí, afirmo, en vosotros cólera e insensatez es que lo poco en mucho lo estimáis. Quitarme éste la herencia quiso, éste a mí por largo tiempo me recriminó entre los buscadores con vistas a una últi-

ma voluntad, éste mi hetera deseó: 3 lo que un vínculo de afecto debería ser, es motivo de discordia y enfado, el querer lo mismo. Un paso estrecho las broncas entre los transeúntes suscita, una vía ancha y espaciosamente despejada ni siquiera a las gentes hace tropezar: esas cosas que apetecéis, ya que son nimias y no pueden a otro, a no ser que a otro se le roben, ser transferidas, ellas mismas a quienes las pretenden, peleas y discusiones les promueven.

XXXV. 1 De que te haya contestado un siervo te indignas y un liberto y tu esposa y un cliente: luego, idénticamente, te quejas de la libertad sustraída a la república, la cual en tu casa tú has secuestrado. Una vez más si ha guardado silencio el interrogado, insolencia lo llamas. ¡Y que hable y que calle y que ría! — ¡Delante de su señor!, dices, mejor ante el padre de familia. ¿Por qué chillas? ¿por qué vociferas? ¿por qué unos azotes en medio de la cena pides, puesto que los siervos cuchichean, porque en un mismo lugar no hay la multitud de una asamblea, el silencio de un desierto? 3 Para esto tienes las orejas, para que no solamente lo acompasado, lo suave y lo dulcemente compuesto y armónico oigan: y bueno es que escuches risa y llanto y halagos y querellas y lo próspero y lo triste, y las voces de los humanos y los bramidos y ladridos de los animales. ¿Por qué, infeliz, te asustas a la voz de un esclavo, al tintineo del bronce o al aporreamiento de una puerta? Aunque seas tan sensible, los truenos tienen que ser escuchados. 4 Esto que de los oídos se te ha dicho, refiérelo a los ojos que de no menos molestias padecen, si han sido malformados, por una mancha sufren y por las inmundicias y por una plata poco bruñida y un estanque que no es límpido hasta su fondo. 5 Ciertamente, estos ojos que no soportan sino el mármol polícromo y brillante por su reciente pulido, que una mesa si no está dibujada de incontables vetas, que en casa no quieren pisar sino cosas más preciosas que el oro, con es-

píritu absolutamente indiferente, fuera miran las calles sucias y embarradas y la mayor parte de quienes se les cruzan harapienta, las paredes de las manzanas reconcomidas, agrietadas, desiguales. ¿Qué otro motivo hay, pues, para que a lo que a ellos en público no les molesta, en casa los incomode, sino que su parecer allí es ecuánime y tolerante, en casa malhumorado y protestón?

XXXVI. 1 Todos los sentidos han de ser dirigidos hacia la firmeza: por naturaleza son resistentes, si a ellos ceja en corromperlos el espíritu, el cual todos los días a rendir cuentas ha de ser convocado. Hacía esto Sextio, de suerte que, concluido el día, una vez que para su reposo nocturno se retiraba, preguntaba a su alma: «¿qué maldad tuya hoy has curado? ¿A qué defecto hiciste frente? ¿En qué aspecto eres mejor?». 2 Cejará la cólera y más comedida será la que sabe que cada día ante su juez ha de comparecer. ¿Pues hay algo más hermoso que esta costumbre de examinar toda la jornada? Qué sueño viene tras el reconocimiento de sí mismo; cuán sereno, cuán profundo y relajado, cuando el espíritu es felicitado o reconvenido, escrutador de sí y censor secreto, ha conocido de sus propios comportamientos. 3 Me valgo de este privilegio y cada día mi causa pronuncio ante mí. Una vez que ha sido retirada de mi vista la luz[71] y guarda silencio mi

[71] Nótese la relación existente entre obscuridad ambiental e interiorización, bien conocida de las religiones. De este pasaje acerca del examen de conciencia, que el filósofo coloca en el ámbito de la vida familiar, los comentaristas han deducido un primer matrimonio de Séneca, el cual únicamente se documentaría aquí. ¿Podría tratarse sencillamente de un ejemplo sin referencia personal alguna? El autor se sirve de la esposa para ejemplificar otras conductas. Muy claro es *De constantia sapientis,* VII, 4: «Si alguien con su esposa, como con la de otro, se acuesta, se hace adúltero, aunque ella no lo sea.» Como me hace ver mi colega la Dra. Moure Casas, el texto de *De ira* es aseverativo, y de ahí su interpretación como reflejo de una realidad. Sin embargo, y admitiendo que el ejemplo y la partícula condicional abundan en Séneca, habría que catalogar todos los símiles. No hay rastro

esposa, conocedora ella de mi hábito, toda mi jornada examino y mis comportamientos y mis palabras reconsidero; nada me escabullo yo, nada omito. En efecto, ¿en qué nada de mis extravíos voy a temer, cuando puedo decirme: 4 «mira, no lo hagas más, ahora te perdono»?. En aquel altercado con demasiado encono has hablado, en adelante no te enzarces con ignorantes: no desean aprender quienes nunca han aprendido. A aquél lo has reconvenido con más franqueza de lo que convenía, en consecuencia no lo has enmendado, sino que lo has ofendido: del resto, mira, no sólo si es verdadero lo que dices, sino si aquél a quien se le dice, es tolerante con la verdad; en ser advertido el virtuoso se complace, los peores de todos muy a regañadientes a su corregidor soportan.

XXXVII. 1 En un festín las bromas de algunos y sus palabras, proferidas para escocerte, te han afectado: el evitar reuniones plebeyas tenlo presente; más libertina, tras el vino, es la desenvoltura, ya que cuando serenos tampoco hay pudor. 2 Airado viste a tu amigo con el portero de un picapleitos o el de un ricachón, porque al entrar lo había apartado, y tú mismo al airarte por él en la extrema servidumbre te has quedado: ¿te enfadarás, pues, contra un perro guardián? También él, una vez que ha ladrado mucho, al echársele comida se amansa. 3 ¡Retírate algo más lejos y ríe! Ahora ése piensa ser alguien porque guarda el umbral asediado por una turbamulta de litigantes; ahora aquél que en el interior se tumba es feliz y afortunado y juzga de un varón dichoso e influyente prueba una infranqueable puerta [72]: ignora que la más fir-

---

de oración condicional en *De beneficiis,* VI, IV, 1: «Alguien me defendió cuando reo, pero a mi esposa ha violentado.» El carácter de ejemplo parece obvio: nadie de este texto aseverativo ha entresacado un percance semejante para su esposa, ni siquiera evocación de la situación menesterosa de Séneca.

[72] Otra melodía del tema de la puerta cerrada, bien conocido de la Elegía.

me puerta es la del calabozo. Presume en tus adentros que has de padecer mucho tú: ¿quién, por ventura, se sorprende de pasar frío durante el invierno? ¿quién, por ventura, de marearse en el mar, en la calle de ser molestado? Fuerte es el alma preparada para lo que viniere. 4 Puesto en un lugar de menos honor empezaste por enfadarte con tu anfitrión, con el maestro de ceremonias, contra el mismo que te ha sido preferido: loco, ¿qué importancia tiene que parte del lecho hundas? ¿Más honorable o más despreciable puede hacerte a ti un cojín? 5 No miraste con buenos ojos a uno, porque acerca de tu talento ha hablado mal: ¿aceptas esta ley? Así pues, Ennio, por quien no eres complacido, te odiaría y Hortensio sus enemistades te declararía y Cicerón, si ridiculizases sus poemas, sería tu enemigo. ¡Quieres tú con espíritu sereno soportar, candidato, unas votaciones!

XXXVIII. 1 Una ofensa contra ti ha cometido alguien: mayor, acaso, que el que a Diógenes [73], el filósofo estoico, cuando sobre la ira disertaba precisamente, un jovenzuelo desvergonzado le escupió. Soportó esto él con mansedumbre y prudencia: dijo: «ciertamente no me irrito, pero dudo, empero, si convendría irritarme». 2 ¡Cuánto mejor nuestro Catón! El cual como, mientras defendía un proceso, en medio de su frente, con cuanto había podido con su espesa saliva, lo había escupido Léntulo (aquél, según recuerdo de nuestros antepasados, faccioso y desenfrenado), limpió su rostro y contestó: «afirmaré ante todos, Léntulo, que se engañan aquellos que dicen no tienes boca» [74].

XXXIX. 1 Toca ahora a nosotros, Novato, disponer armónicamente el alma: o no siente la irascibili-

[73] Diógenes fue uno de los componentes de la famosa embajada llegada a Roma en 153 antes de Cristo.

[74] Muy oportuna la advertencia de Carmen Codoñer acerca del juego de palabras intraducible al español, al tener este idioma la expresión contraria. Cf. su traducción en Editora Nacional.

dad o es superior. Veamos de qué manera la cólera ajena calmaríamos; en efecto, no sólo queremos estar sanos sino curar.

2 El primer arrebato no intentaremos calmarlo con una plática: es sordo y loco; le daremos un desahogo. Los remedios en las treguas aprovechan; los ojos hinchados no los tocamos para desgastar, moviéndolos, su tensa resistencia, ni los demás males mientras hierven: los brotes de los malestares el reposo los cura [75]. Cuán poco, afirmas, vale tu remedio, si cuando por propia iniciativa mengua la ira, la calma.— En primer lugar, que más a prisa desaparezca logra; en segundo lugar, vigila que no repita; incluso el primer conato, el cual no osa calmar, engañará: apartará todos los instrumentos de venganza, solapará la cólera para que como si fuera colaboradora y compañera de su sufrimiento más peso tenga en sus decisiones, empalme plazos y con tal de encontrar una aflicción mayor, la inmediata difiera. 4 Mediante cualquier procedimiento dará descanso al enfurecimiento: si se hace más violento, o un respeto al que no resista o un temor le infundirá; si es más débil, le propinará palabras o agradables o novedosas y con el deseo de conocer lo distraerá. Un médico, cuentan, como debiera curar a la hija de un rey y sin bisturí no pudiera hacerlo, en tanto que el seno tumefacto suavemente emole, el escalpelo, metido en una esponja, le introdujo: hubiese rechazado la chica el remedio aplicado al descubierto, ella misma porque no lo vio, el dolor soportó. Algunas cosas, si no son engañadas, no son curadas [76].

---

[75] Tema de la diferencia y junción de «sabio» y «médico». Nótese el papel ejemplar representado por el enfermo en algunos pasajes que desdoblan este tema: por citar algunos: I, XIII, 5; I, XX, 3; II, XIX, 4; III, III, 4; III, IX, 4.

[76] Este ejemplo es el único relatado como tal y muy por encima por San Martín de Braga en su resumen de *De ira*. Curiosamente prescinde del detalle anatómico de la muchacha. Recuérdese lo dicho acerca del remedo. No obstante cf. I, II, 5 y con matices I, X, 4.

XL. 1 A otro dirás: «mira que tu iracundia no sea gozo de tus enemigos», a otro, «mira que la grandeza de tu alma y la fortaleza acreditada ante los demás se esfume. Me indigno, por Hércules, y no hallo límite al resquemor, mas hay que esperar un tiempo; pagará sus penas; guarda lo siguiente en tu corazón: cuando puedas, incluso por la demora le reclamarás». 2 Mas castigar al airado y dejarse llevar de la propia ira es incitarlo: lo abordarás de manera varia y suave, a no ser que a la sazón seas tan gran individuo que puedas refrenar tu ira, como hizo el divino Augusto, cuando cenaba junto a Vedio Pedión [77]. Había roto uno de sus siervos una copa de cristal, la suya: que fuera traído en volandas ordenó Vedio para que, ciertamente, no pereciera de una forma corriente: ordenaba echarlo a las morenas, las cuales tenía enormes en el interior de una piscina. ¿Quién no pensaría que esto él lo hacía por desenfreno? Era sadismo. 3 Escapó de sus manos el mancebo y acudió a los pies de César no para pedir otra cosa que morir de distinta forma, para no servir de cebo. Se conmovió por la rareza de la crueldad César y mandó que el esclavo fuera manumitido por supuesto y también que toda la cristalería se rompiera en su presencia y llenar la piscina. 4 Hubo César de castigar así a un amigo; usó bien de sus poderes. «¿De un banquete ordenas sacar a rastras a personas y que por sufrimientos de novedoso cuño sean despedazadas? ¿Si una copa tuya se ha roto, a un hombre se le va a sacar las entrañas? Tanto te complacerás que ordenarás ejecutar a uno allí donde César está.» 5 Así quien tanto poder tiene que puede acometer ira desde superior posición, la maltrata, pero sólo tal cual la he dibujado, fiera, desmedida, sanguinaria, que ya es incurable a no ser que algo mayor tema.

---

[77] Liberto, muy rico y amigo de Augusto. Reaparece en *De clementia,* I, XVIII, 2. Para la idea final, cf. I, VIII, 6, y III, XIII, 7.

XLI: Paz demos al corazón, la que otorgará un asiduo cumplimiento de las recomendaciones salutíferas y las buenas obras y una mente volcada en el anhelo de lo único honroso. A la conciencia dése satisfacción, nada con vistas a la reputación afanemos: siga, incluso, la calamidad, con tal de merecer bien. 2 Pero la turba lo fogoso admira y los osados andan en honores, los serenos son tenidos por indolentes.— Tal vez a primera vista, pero una vez que el equilibrio de su vida da fe de que no hay indolencia en su corazón sino paz, el pueblo los respeta y venera por igual. 3 Nada útil, pues, tiene en sí ese sentimiento funesto y hostil, al contrario, todos los males, espada, y fuego. Conculcado el pudor, de muerte se manchan las manos, los miembros de los hijos desparrama, nada deja limpio de crimen, no recordador de la gloria, no temeroso de la infamia, incorregible cuando desde su ira se ha encallecido en el odio.

XLII. 1 Quedemos exentos de este mal y limpiemos el espíritu y extirpemos de raíz lo que aunque tierno no importa dónde se adhiera, va a renacer, y la ira no la templemos, sino que de cuajo la removamos (¿pues a una cosa mala qué paño caliente sirve?). 2 Podremos, empero, esforcémonos tan sólo. Ninguna cosa aprovechará más que la reflexión sobre nuestra finitud. Cada uno diga a sí propio y al otro: ¿de qué vale si como engendrados para la eternidad, mover iras y perder una tan breve existencia? ¿y de qué vale los días que es posible pasar en un solaz bueno, dedicarlos al sufrimiento y tortura del otro? No admiten estas cosas pérdidas ni el tiempo sobra para malgastarlo. 3 ¿Por qué nos lanzamos a la pelea? ¿por qué nos excitamos contiendas? ¿por qué olvidados de la flaqueza concebimos odios desmedidos y para quebrantar a los frágiles nos levantamos? Ahora esos enconos que con implacable animosidad llevamos una fiebre o algún otro malestar de nuestro cuerpo nos impedirá el proseguirlos, ya a la pareja más aguerrida medianera la muerte la se-

parará. 4 ¿por qué nos atropellamos y alborotados trastornamos nuestra existencia? Permanece encima de nuestra cabeza el sino y los días perdidos computa y cada vez más cerca, cada vez más cerca viene, ese tiempo que a la muerte ajena destinas, quizás esté cerca de la tuya [78].

XLIII. 1 ¿Por qué con mejor acuerdo no ensamblas tu breve existencia y plácida a ti y a los demás la regalas? ¿Por qué no mejor, amable mientras vives para con todos, añorado cuando hayas muerto, te haces? ¿Por qué a aquel que desde demasiado alto contigo trata, deseas arramblarlo? ¿Por qué aquel que te ladra, vil ciertamente y despreciable, pero con los superiores agrio y molesto intentas machacarlo con todas tus fuerzas? ¿Por qué con el siervo, por qué con el amo, por qué con el rey, por qué con un cliente tuyo te irritas? Tente un poco: he aquí que se acerca la muerte que a todos iguales nos hace. 2 Solemos contemplar durante los espectáculos matinales de la arena la lucha entre un toro y un oso, atados el uno contra el otro, a los cuales, una vez que ambos se han lastimado, su matarife aguarda [79]: lo propio hacemos, a alguien atado con nosotros lo laceramos, siendo así que a vencido y a vencedor el final, y ciertamente pronto, les es inminente. ¡Con mejor criterio, tranquilos y en paz, lo poco que nos quede, vivamos! ¡Para nadie nuestro cadáver yazca odioso! 3 Muchas veces una riña un fuego declarado en la vecindad extinguió y la aparición de un animal al ladrón y al transeúnte ha alejado. Pelear contra males menores no aprovecha una vez que un miedo mayor ha hecho su aparición. ¿Por qué vérnoslas con luchas y asechanzas? ¿acaso algo todavía más a ese con-

---

[78] Rasgo típicamente senequiano que se apunta aquí y que hallará su desarrollo más personal y hondo en la madurez. Aquí y allá de las Cartas a Lucilio el lector encontrará pruebas de esto. En primera instancia véanse los primeros escarceos en *Consolatio ad Marciam,* X, 5, y XIX, 5.

[79] Los comentaristas remiten aquí a *Epist. ad Lucil.,* VII, 3.

tra el que te enojas, que la muerte le deseas? Aunque tú estés tranquilo, él morirá. Malgastas tus energías: quieres hacer presente lo que sucederá en su día. 4 «No quiero», dices, «de cualquier forma matarte, sino con el destierro, sino con el vilipendio, sino con un percance afligirte». Más excuso yo al que la herida de su enemigo anhela que al que la pústula; él, en efecto, no sólo es de alma perversa sino mezquina. Tanto si en los tormentos extremos piensas o en los más livianos, ¡cuán corto es el tiempo en el que él en su pesar se tortura o tú un infausto gozo del ajeno pesar te cobras! Ya nuestro aliento expiramos. 5 Entre tanto, mientras lo conduramos, mientras en medio de los humanos estamos, practiquemos el humanitarismo [80]; para nadie ni temor ni peligro supongamos; perjuicios, ofensas, insultos, zarpazos, despreciémoslos y con un alma grande las efímeras contrariedades conllevemos: en lo que echamos la vista atrás, según dicen, y nos damos la vuelta, ya la muerte se nos hace presente.

[80] Conjunción de dos ideales queridos para Séneca: la indulgencia y la «cosmopoliteia».

# Indice

Introducción de Enrique Otón Sobrino ... ... ... 9

Cuadro cronológico ... ... ... ... ... ... ... ... ... 30

Libro primero ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 33

Libro segundo ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 67

Libro tercero ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 111

## Libros en venta

**740** Julián Marías:
Biografía de la filosofía

**741** Guy de Maupassant:
La vendetta y otros cuentos de horror

**742** Luis de Góngora:
Romances

**743** George Gamow:
Biografía de la física

**744** Gerardo Diego:
Poemas mayores

**745** Gustavo Adolfo Bécquer:
Leyendas

**746** John Lenihan:
Ingeniería humana

**747** Stendhal:
Crónicas italianas

**748** Suami Vishnu Devananda:
Meditación y mantras

**749** **750** Alexandre Dumas:
Los tres mosqueteros

**751** Vicente Verdú:
El fútbol: mitos, ritos y símbolos

**752** D. H. Lawrence:
El amante de Lady Chatterley

**753** La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades

**754** Julián Marías:
La mujer en el siglo XX

**755** Marvin Harris:
Vacas, cerdos, guerras y brujas

**756** José Bergamín:
Poesías casi completas

**757** D. H. Lawrence:
Mujeres enamoradas

**758** José Ortega y Gasset:
El Espectador (Antología)

**759** Rafael Alberti:
Antología poética

**760** José Luis L. Aranguren:
Catolicismo y protestantismo como formas de existencia

**761**, **762** Víctor Hugo:
Nuestra Señora de París

**763** Jean-Jacques Rousseau:
Contrato social - Discursos

**764** Gerardo Diego:
Poemas menores

**765** John Ziman:
La fuerza del conocimiento

**766** Víctor León:
Diccionario de argot español y lenguaje popular

**767** William Shakespeare:
El rey Lear

**768** Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
El Cercano Oriente

**769** François Villon:
Poesía

**770** Jack London:
Asesinatos, S. L.

**771** Antonio Tovar:
Mitología e ideología sobre la lengua vasca

**772** H. P. Lovecraft:
El horror de Dunwich

**773** Stendhal:
Armancia

**774** Blas de Otero:
Historias fingidas y verdaderas

**775** E. M. Cioran:
Adiós a la filosofía y otros textos

**776** Garcilaso de la Vega:
Poesías completas

**777** Fyodor M. Dostoyevski:
El jugador

**778** Martin Gardner:
Carnaval matemático

**779** Rudolf Bahro:
La alternativa

**780** R. L. Stevenson:
La Isla del Tesoro

**781** Guy de Maupassant:
Mi tío Jules y otros seres marginales

**782** Carlos García Gual:
Antología de la poesía lírica griega (Siglos VII-IV a.C.)

**783** Xavier Zubiri:
Cinco lecciones de filosofía

**784** Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
La tierra de Canaán

**785** Ramón Tamames:
Introducción a la Constitución española

**786** H. P. Lovecraft:
En la cripta

**787** David Hume:
Investigación sobre el conocimiento humano

**788**, **789** Alexis de Tocqueville:
La democracia en América

**790** Rafael Alberti:
Prosas

**791**, **792** C. Falcón Martínez, E. Fernández-Galiano, R. López Melero:
Diccionario de la mitología clásica

**793** Rudolf Otto:
Lo santo

**794** Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
Los egipcios

**795** William Shakespeare:
Macbeth

**796** Rainer Maria Rilke:
Cartas a un joven poeta

**797** Séneca:
Sobre la felicidad

**798** José Hernández:
Martín Fierro

**799** Isaac Asimov:
Momentos estelares de la ciencia

**800** Blaise Pascal:
Pensamientos

**801** Manuel Azaña:
El jardín de los frailes

**802** Claudio Rodríguez:
Antología poética

**803** Auguste Comte:
Discurso sobre el espíritu positivo

**804** Emile Zola:
Los Rougon-Macquart
La fortuna de los Rougon

**805** Jorge Luis Borges:
Antología poética
1923-1977

**806** Carlos García Gual:
Epicuro

**807** H. P. Lovecraft y A. Derleth:
Los que vigilan desde el tiempo
y otros cuentos

**808** Virgilio:
Bucólicas - Geórgicas

**809** Emilio Salgari:
Los tigres de Mompracem

**810** Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
Los griegos

**811** Blas de Otero:
Expresión y reunión

**812** Guy de Maupassant:
Un día de campo
y otros cuentos galantes

**813** Francis Oakley:
Los siglos decisivos
La experiencia medieval

**814** Mary W. Shelley:
Frankenstein o el moderno Prometeo

**815** Nicolás Guillén:
Sóngoro Cosongo y otros poemas

**816** Michel Foucault:
Un diálogo sobre el poder y otras
conversaciones

**817** Georges Bataille:
El aleluya y otros textos

**818** Nicolás Maquiavelo:
El Príncipe

**819** Graham Greene:
Nuestro hombre en La Habana

**820, 821** Francisco García Pavón:
Cuentos

**822** Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
La república romana

**823** Rafael Alberti:
Marinero en tierra

**824** Molière:
Tartufo. Don Juan

**825** Emile Zola:
Los Rougon-Macquart
La jauría

**826** Horacio Quiroga:
Anaconda

**827** José Angel Valente:
Noventa y nueve poemas

**828** Jean-Paul Sartre:
Las moscas

**829** Miguel Angel Asturias:
El Señor Presidente

**830** E. H. Carr:
La revolución rusa:
De Lenin a Stalin, 1917-1929

**831** León Felipe:
Antología poética

**832** Antología de cuentos de terror
I. De Daniel Defoe a Edgar Allan Poe

**833** Ignacio Aldecoa:
Parte de una historia

**834** Jean-Paul Sartre:
La puta respetuosa
A puerta cerrada

**835** José María Arguedas:
Los ríos profundos

**836** Angel Alvarez Caballero:
Historia del cante flamenco

**837** León Felipe:
Prosas

**838** José Eustaquio Rivera:
La vorágine

**839** John Ziman:
La credibilidad de la ciencia

**840** Jorge Campos:
Introducción a Pío Baroja

**841** Albert Camus:
El mito de Sísifo

**842** Rafael Alberti:
Cal y canto

**843** H. P. Lovecraft:
En las montañas de la locura
y otros relatos

**844** Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
El Imperio Romano

**845** Lope de Vega:
Peribáñez y Fuente Ovejuna

**846** Jean-Paul Sartre:
La náusea

**847** Miguel Angel Asturias:
Leyendas de Guatemala

**848** James A. Schellenberg:
Los fundadores de la psicología
social

**849, 850** Gustave Flaubert:
La educación sentimental

**851** Juan Ramón Jiménez:
Platero y yo

**852** Fred Hoyle:
¿Energía o extinción?
En defensa de la energía nuclear

**853** Jean-Paul Sartre:
El diablo y Dios

**854** Horacio Quiroga:
Pasado amor

**855** Antonio Machado:
Juan de Mairena

**856** Cien recetas magistrales
10 grandes chefs de la cocina
española
Selección y prólogo de
Carlos Delgado

**857** Jaime Gil de Biedma:
Antología poética
Selección de Shirley Mangini González

**858** Albert Camus:
Calígula

**859** Gerald Durrell:
Encuentros con animales

**860** Ross Macdonald:
La mirada del adiós

**861** Jorge Amado:
Cacao

**862, 863** Pablo Neruda:
Antología poética
Prólogo, selección y notas de Hernán Loyola

**864** Alfredo Bryce Echenique:
Cuentos completos

**865** Antología de la poesía latina
Selección y traducción de Luis Alberto de Cuenca y Antonio Alvar

**866** Juan Carlos Onetti:
Juntacadáveres

**867** Jean-Paul Sartre:
Las manos sucias

**868** Antología de cuentos de terror
II. De Dickens a M. R. James

**869** Américo Castro:
Teresa la santa con otros ensayos

**870** C. B. Macpherson:
La democracia liberal y su época

**871** Eugène Ionesco:
Rinoceronte

**872** Juan Rulfo:
El gallo de oro

**873** Francisco de Quevedo:
Antología poética
Prólogo y selección de Jorge Luis Borges

**874** Emile Zola:
Los Rougon-Macquart
El vientre de París

**875** Rafael Alberti:
Sobre los ángeles (1927-1928)

**876** Ciro Alegría:
Los perros hambrientos

**877** Guy de Maupassant:
La casa Tellier y otros cuentos eróticos

**878** Rafael Arrillaga Torrens:
Introducción a los problemas de la Historia

**879** José María Guelbenzu:
El pasajero de ultramar

**880** Jean-Paul Sartre:
Los secuestrados de Altona

**881, 882** Alexis de Tocqueville:
El Antiguo Régimen y la revolución

**883** Fedor Dostoiewski:
Noches blancas. El pequeño héroe. Un episodio vergonzoso

**884** Albert Camus:
El malentendido

**885** Leopoldo Lugones:
Antología poética

**886** Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
Constantinopla

**887** Ricardo Güiraldes:
Don Segundo Sombra

**888** Juan Valera:
Juanita la Larga

**889** José Ferrater Mora:
Cuatro visiones de la historia universal

**890** Patricia Highsmith:
Ese dulce mal

**891** H. P. Lovecraft:
Dagón y otros cuentos macabros

**892** Jean Paul Sartre:
Nekrasov

**893** Jean Itard:
Victor L'Aveyron

**894** Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
La Alta Edad Media

**895** Otto R. Frisch:
De la fisión del átomo a la bomba de hidrógeno

**896** Emile Zola:
Los Rougon Macquart
La conquista de Plassans

**897** Albert Camus:
Los justos

**898** Doce relatos de mujeres
Prólogo y compilación de Ymelda Navajo

**899** Mario Benedetti:
Cuentos

**900** Fernando Savater:
Panfleto contra el Todo

**901** Ciro Alegría:
La serpiente de oro

**902** W. H. Thorpe:
Breve historia de la etología

**903** Horacio Quiroga:
El salvaje

**904** Stanley G. Payne:
El fascismo

**905** Jean-Paul Sartre:
Las palabras

**906** G. A. Bürger:
Las aventuras del Barón de Münchhausen

**907** Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
La formación de Inglaterra

**908** Emilio Salgari:
La montaña de luz

**909** Gerald Durrell:
Atrápame ese mono

**910** Albert Camus:
La caída

911 Leibniz:
Discurso de metafísica

912 San Juan de la Cruz:
Poesía y prosas

913 Manuel Azaña:
Antología
1. Ensayos

914 Antología de cuentos de terror
III. De Machen a Lovecraft
Selección de Rafael Llopis

915 Albert Camus:
Los posesos

916 Alexander Lowen:
La depresión y el cuerpo

917 Charles Baudelaire:
Las flores del mal

918 August Strindberg:
El viaje de Pedro el Afortunado

919 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
La formación de Francia

920 Angel González:
Antología poética

921 Juan Marichal:
La vocación de Manuel Azaña

922 Jack London:
Siete cuentos de la patrulla pesquera y otros relatos

923 J. M. Lévy-Leblond:
La física en preguntas

924 Patricia Highsmith:
La celda de cristal

925 Albert Camus:
El hombre rebelde

926 Eugène Ionesco:
La cantante calva

927 Luis de Góngora:
Soledades

928 Jean-Paul Sartre:
Los caminos de la libertad, 1

929 Max Horkheimer:
Historia, metafísica y escepticismo

930 M. Costa y C. Serrat:
Terapia de parejas

931, 932 Elías Canetti:
Masa y poder

933 Jorge Luis Borges (con la colaboración de Margarita Guerrero):
El «Martín Fierro»

934 Edward Conze:
Breve historia del budismo

935 Jean Genet:
Las criadas

936 Juan Ramón Jiménez:
Antología poética, 1
(1900-1917)

937 Martin Gardner:
Circo matemático

938 Washington Irving:
Cuentos de La Alhambra

939 Jean-Paul Sartre:
Muertos sin sepultura

940 Rabindranaz Tagore:
El cartero del rey. El asceta.
El rey y la reina.

941 Stillman Drake:
Galileo

942 Norman Cohn:
El mito de la conspiración judía mundial

943 Albert Camus:
El exilio y el reino

944, 945 José Ferrater Mora:
Diccionario de Filosofía de Bolsillo
Compilado por Priscilla Cohn

946 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
La formación de América del Norte

947 Antonio Ferres:
Cuentos

948, 949 Robert Graves:
La Diosa Blanca

950 Los mejores cuentos policiales, 2
Selección, traducción y prólogo de Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges

951, 952 Benito Pérez Galdós:
Fortunata y Jacinta

953 Nicolás Copérnico, Thomas Digges, Galileo Galilei:
Opúsculos sobre el movimiento de la tierra

954 Manuel Azaña:
Antología
2. Discursos

955 Carlos García Gual:
Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda

956 Isaac Asimov:
Grandes ideas de la ciencia

957 José María Arguedas:
Relatos completos

958 Fernando Sánchez Dragó:
La España mágica
Epítome de Gárgoris y Habidis

959 Jean-Paul Sartre:
Los caminos de la libertad, 2

960 Elías Canetti:
El otro proceso de Kafka

961 Francisco de Quevedo:
Los sueños

962 Jesús Mosterín:
Historia de la filosofía, 1

963 H. P. Lovecraft:
El clérigo malvado y otros relatos

964 Carlos Delgado:
365+1 cócteles

965 D. H. Lawrence:
Hijos y amantes

**966** Rabindranaz Tagore:
El rey del salón oscuro

**967** Consuelo Berges:
Stendhal y su mundo

**968** Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
El nacimiento de los Estados Unidos
1763-1816

**969** Gerald Durrell:
Murciélagos dorados y palomas
rosas

**970** Adrian Berry:
La máquina superinteligente

**971** Ciro Alegría:
El mundo es ancho y ajeno

**972** José Ferrater Mora:
Las crisis humanas

**973** Ramón de Campoamor:
Poesías

**974** Eugène Ionesco:
El peatón del aire

**975** Henry Miller:
Tiempo de los asesinos

**976** Rabindranaz Tagore:
Malini - Sacrificio - Chitra

**977** Benito Pérez Galdós:
Doña Perfecta

**978** Isaac Asimov:
¡Cambio! 71 visiones del futuro

**979** Elias Canetti:
La lengua absuelta

**980** Isaac Newton:
El Sistema del Mundo

**981** Poema del Mio Cid

**982** Francisco Ayala:
La cabeza del cordero

**983, 984** Werner F. Bonin:
Diccionario de parapsicología (A-Z)

**985** Benito Pérez Galdós:
Marianela

**986** Jean-Paul Sartre:
Los caminos de la libertad, 3

**987** Jesús Mosterín:
Historia de la filosofía, 2

**988** Rabindranaz Tagore:
Ciclo de primavera

**989** Gerald Durrell:
Tierra de murmullos

**990** Arturo Uslar Pietri:
Las lanzas coloradas

**991** Ciro Alegría:
Relatos

**992** Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
Los Estados Unidos desde 1816
hasta la Guerra Civil

**993** Luis Racionero:
Textos de estética taoísta

**994** Jean Genet:
El balcón

**995** Galileo y Kepler:
El mensaje y el mensajero sideral

**996** Chrétien de Troyes:
El Caballero de la Carreta

**997** Jean-Paul Sartre:
Kean

**998** Eduard Mörike:
Mozart, camino de Praga

**999** Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
Los Estados Unidos desde la Guerra
Civil a la Primera Guerra Mundial

**1000** Miguel de Cervantes:
El ingenioso hidalgo Don Quijote
de la Mancha (1605)

**1001** Miguel de Cervantes:
El ingenioso caballero Don Quijote
de la Mancha (1615)

**1002** H. P. Lovecraft:
El horror en la literatura

**1003** Rabindranaz Tagore:
La luna nueva - El jardinero -
Ofrenda lírica

**1004** Jesús Mosterín:
Historia de la filosofía, 3

**1005** Albert Einstein:
Notas autobiográficas

**1006-1007** F. M. Dostoyevski:
Los demonios

**1008** Tomás Moro.
Utopía

**1009** María Luisa Merino de Korican:
Alta gastronomía para diabéticos
y regímenes de adelgazamiento
30 menús completos

**1010** Snorri Sturluson:
La alucinación de Gylfi
Prólogo y traducción de Jorge Luis
Borges y María Kodama

**1011** Charles Darwin:
La expresión de las emociones
en los animales y en el hombre

**1012** Thomas Paine:
Derechos del hombre

**1013** Benito Pérez Galdós:
Nazarín

**1014** Patricia Highsmith:
Las dos caras de enero

**1015** Quentin Skinner:
Maquiavelo

**1016** Historia ilustrada de las formas
artísticas
1. Oriente Medio

**1017** Jean-Paul Sartre:
El muro

**1018** Tristán e Iseo
Reconstrucción en lengua castellana
e introducción de Alicia Yllera

**1019** Marvin Harris:
La cultura norteamericana
contemporánea
Una visión antropológica

**1020** Isaac Asimov:
Alpha Centauri, la estrella más
próxima

**1021** Gerald Durrell:
El arca inmóvil

**1022** Joseph Conrad:
Bajo la mirada de Occidente

**1023** Martin Gardner:
Festival mágico-matemático

**1024** Geoffrey Parker:
Felipe II

**1025** Mario Benedetti:
Antología poética

**1026** Carlos Castilla del Pino:
Estudios de psico(pato)logía sexual

**1027** Elias Canetti:
La antorcha al oído

**1028** Historia ilustrada de las formas artísticas
2. Egipto

**1029** Thomas de Quincey:
Confesiones de un inglés comedor de opio

**1030** Fernando Parra:
Diccionario de ecología, ecologismo y medio ambiente

**1031** Luis Angel Rojo y Víctor Pérez Díaz:
Marx, economía y moral

**1032** Luis Rosales:
Antología poética

**1033** Benito Pérez Galdós:
Gloria

**1034** René Descartes:
Reglas para la dirección del espíritu

**1035** Jesús Mosterín:
Historia de la filosofía
4. Aristóteles

**1036** Juan Ramón Jiménez:
Antología poética
2. 1917-1935

**1037** Albert Camus:
Moral y política

**1038** Rabindranaz Tagore:
La cosecha. Regalo de amante. Tránsito. La fujitiva

**1039** C. B. Macpherson:
Burke

**1040** Rafael Alberti:
La amante
Canciones (1925)

**1041** Paulino Garagorri:
Introducción a Américo Castro

**1042** Arthur Machen:
Los tres impostores

**1043** Jean-Paul Sartre:
Baudelaire

**1044** Isaac Asimov:
De Saturno a Plutón

**1045** Historia ilustrada de las formas artísticas
3. Grecia

**1046** Julián Marías:
Breve tratado de la ilusión

**1047** Juan Ramón Jiménez:
Poesía en prosa y verso (1902-1932) escogida para los niños por Zenobia Camprubí

**1048** Albert Einstein:
Sobre la teoría de la relatividad especial y general

**1049** Jasper Griffin:
Homero

**1050** Eugène Ionesco:
Las sillas - La lección - El maestro

**1051** Anton Chéjov:
La señora del perrito y otros cuentos

**1052** J. O. Ursom:
Berkeley

**1053** Edmondo De Amicis:
Corazón

**1054** John Stuart Mill:
El utilitarismo

**1055** Píndaro:
Epinicios

**1056** François Baratte y Catherine Metzger:
Historia ilustrada de las formas artísticas
4. Etruria y Roma

**1057** Pedro Gómez Valderrama:
La Nave de los Locos

**1058** Blaise Pascal:
Tratado de pneumática

**1059** Rabindranaz Tagore:
Las piedras hambrientas

**1060** León Grinberg y Rebeca Grinberg:
Psicoanálisis de la migración y del exilio

**1061** Niko Kazantzakis:
Cristo de nuevo crucificado

**1062** Stephen F. Mason:
Historia de las ciencias
1. La ciencia antigua, la ciencia en Oriente y en la Europa medieval

**1063** Benito Pérez Galdós:
La de Bringas

**1064** Henry Kamen:
Una sociedad conflictiva:
España, 1469-1714

**1065** José Emilio Pacheco:
Alta traición
Antología poética

**1066** Max Frisch:
La cartilla militar

**1067** Albert Camus:
El revés y el derecho

**1068** Erasmo de Rotterdam:
Elogio de la locura

**1069** Ramón María del Valle Inclán:
Sonata de primavera

**1070** Antonio Di Benedetto:
Zama

**1071** Simone Ortega:
Nuevas recetas de cocina

**1072** Mario Benedetti:
La tregua

**1073** Yves Christie:
Historia ilustrada de las formas artísticas
5. El mundo cristiano hasta el siglo XI

**1074** Kurk Phalen:
El maravilloso mundo de la música

**1075** David Hume:
Mi vida (1776)
Cartas de un caballero a su amigo de Edimburgo (1745)

**1076** Robert Boyle:
Física, química y filosofía mecánica

**1077** José Zorrilla:
Don Juan Tenorio

**1078** Germán Bleiberg:
Antología poética

**1079** Homosexualidad: literatura y política
Compilación de George Steiner y Robert Boyers

**1080** Stephen F. Mason:
Historia de las ciencias
2. La Revolución científica de los siglos XVI y XVII

**1081** Benito Pérez Galdós:
El doctor Centeno

**1082** Joseph Conrad:
El alma del guerrero y otros cuentos de oídas

**1083** Isaac Asimov:
Historia de la energía nuclear

**1084** Tania Velmans:
Historia ilustrada de las formas artísticas
6. El mundo bizantino (siglos IX-XV)

**1085** Niko Kazantzakis:
Alexis Zorba el griego

**1086** Ramiro A. Calle:
Yoga y salud

**1087** Joan Maragall:
Antología poética (Edición bilingüe)

**1088** P. L. Moreau de Maupertuis:
El orden verosímil del cosmos

**1089** Juan Ramón Jiménez:
Antología poética, 3

**1090** Jesús Mosterín:
Historia de la filosofía
5. El pensamiento clásico tardío

**1091** Martin Gardner:
Máquinas y diagramas lógicos

**1092** Arthur Machen:
El terror

**1093** Thomas de Quincey:
Suspiria de profundis

**1094** Diego Hidalgo:
Un notario español en Rusia

**1095** Abate Marchena:
Obra en prosa

**1096** Joseph Conrad:
El pirata

**1097** Benito Pérez Galdós:
Misericordia

**1098** Guy de Maupassant:
Bel Ami

**1099** Carlos Delgado:
Diccionario de gastronomía

**1100** Leonhard Euler:
Reflexiones sobre el espacio, la fuerza y la materia

**1101** Lourdes March:
El libro de la paella y de los arroces

**1102** Jorge Amado:
Sudor

**1103** F. M. Dostoyevski:
El doble

**1104** Francisco J. Flores Arroyuelo:
El diablo en España

**1105** Historia ilustrada de las formas artísticas
5. El románico

**1106** Stephen F. Mason:
Historia de las ciencias
3. La ciencia del siglo XVIII: el desarrollo de las tradiciones científicas nacionales

**1107** Pedro Antonio de Alarcón:
El sombrero de tres picos

**1108** Arthur Conan Doyle:
Estudio en escarlata

**1109** Francis Bacon:
La gran Restauración

**1110, 1111** Robert Graves:
Los mitos griegos

**1112** Miguel Salabert:
Julio Verne

**1113** Inés Ortega:
Sandwiches, canapés y tapas

**1114** Paul Hawken:
La próxima economía

**1115** Gerald Durrell:
Tres billetes hacia la aventura

**1116** Nathaniel Hawthorne:
Wakefield y otros cuentos

**1117** Peter Burke:
Montaigne

**1118** E. T. A. Hoffmann:
Cuentos, 1

**1119** Eurípides:
Alcestis - Medea - Hipólito

**1120** Manuel Vázquez Montalbán:
Historia y comunicación social

**1121** Horacio:
Epodos y Odas

**1122** Hanna Segal:
Melanie Klein

**1123** Roland Recht:
Historia ilustrada de las formas artísticas
8. El gótico

**1124** Benito Pérez Galdós:
Miau

**1125** Ramón Villares:
Historia de Galicia

**1126** Anthony Quinton:
Francis Bacon

**1127** Marco Aurelio:
Meditaciones

**1128** Julio Cortázar:
Los relatos
4. Ahí y ahora

**1129** Gayo Julio César:
Comentarios a la Guerra Civil

**1130** Harold Lamb:
Genghis Khan, emperador de todos los hombres

**1131, 1132** Albert Camus:
Carnets

**1133** Thomas de Quincey:
Del asesinato considerado como una de las bellas artes

**1134, 1135** F. M. Dostoyevski:
Crimen y castigo

**1136** Manuel Toharia:
El libro de las setas

**1137** Patricia Highsmith:
La casa negra

**1138** F. Gareth Ashurst:
Fundadores de las matemáticas modernas

**1139** Bartolomé de las Casas:
Obra indigenista

**1140** Carlos Delgado:
El libro del vino

**1141** Isaac Asimov:
Opus 100

**1142** Antón Chéjov:
Un drama de caza

**1143** Alvar Núñez Cabeza de Vaca:
Naufragios

**1144, 1145** Benito Pérez Galdós:
Angel Guerra

**1146** Jorge Amado:
Doña Flor y sus dos maridos

**1147** Pierre-Simon de Laplace:
Ensayo filosófico sobre las probabilidades

**1148** Juan Perucho:
Cuentos

**1149** Cristóbal Colón:
Los cuatro viajes. Testamento

**1150** D. H. Lawrence:
El zorro. Inglaterra mía

**1151** Arquímedes:
El método

**1152** Benito Pérez Galdós:
El audaz

**1153** Historia ilustrada de las formas artísticas
9. Asia I
India, Pakistán, Afganistán, Nepal, Tíbet, Sri Lanka, Birmania

**1154** Leo Frobenius:
El Decamerón negro

**1155** Stephen F. Mason:
Historia de las ciencias
4. La ciencia del siglo XIX, agente del cambio industrial e intelectual

**1156** Graham Greene:
El agente confidencial

**1157** Fernando Savater:
Perdonadme, ortodoxos

**1158** Fernando Pessoa:
El banquero anarquista y otros cuentos de raciocinio

**1159** Inés Ortega:
El libro de los huevos y de las tortillas

**1160** Fernando Arrabal:
Fando y Lis - Guernica - La bicicleta del condenado

**1161** C. Romero, F. Quirantes, E. Martínez de Pisón:
Guía física de España
1. Los volcanes

**1162** Cornell Woolrich (W. Irish):
Las garras de la noche

**1163** Josep Pla:
Madrid-El advenimiento de la República

**1164** Jorge Amado:
Gabriela, clavo y canela

**1165** Julián Marías:
Hispanoamérica

**1166** John Stuart Mill:
Autobiografía

**1167** Rabindranaz Tagore:
Mashi - La hermana mayor

**1168** Miguel de Unamuno:
El sentimiento trágico de la vida

**1169** Isaac Asimov:
Marte, el planeta rojo

**1170** Ulrico Schmidel:
Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay - 1534-1554

Nacido en una familia hispano-romana, Lucio Aneo SENECA (Córdoba aprox. 3 a.C. - Roma, 65 d.C.) pasó muy joven a la capital del imperio, donde frecuentó las sectas pitagóricas y estudió Retórica y Gramática. Empezó su carrera política como cuestor en tiempos de Calígula; posteriormente fue desterrado por Claudio a Córcega acusado de adulterio. Encargado de la educación de Nerón, Séneca ejerció gran influencia en los primeros tiempos de su reinado, para irla perdiendo paulatinamente, hasta que finalmente el emperador le ordenó suicidarse, lo que Séneca hizo con entereza estoica. Su obra es amplia y abarca distintos campos del saber y de la literatura; desde el punto de vista filosófico es un vulgarizador, como se pone de manifiesto en DE LA COLERA, una reflexión abiertamente polémica y con una intención ejemplar. Frente a los epígonos del aristotelismo y el platonismo, el estoicismo romano —y Séneca especialmente— se muestra cauteloso ante los excesos teóricos y las tentaciones iluministas. En este sentido, el estoicismo romano —como señala Enrique Otón Sobrino, traductor y prologuista de esta edición— sintoniza con el epicureísmo en que el hombre, en medio de los avatares, ha de alcanzar la «apatia», la impasibilidad. De Séneca en esta misma colección: «Sobre la felicidad» (LB 797), versión y comentarios de Julián Marías.

Cubierta: Daniel Gil. Fotografía: Flash Press

El libro de bolsillo Alianza Editorial